

Agosto

Tracy Letts
PREMIO PULITZER

VERSIÓN DE LUIS GARCÍA MONTERO



EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA PELÍCULA

se

Tras la desaparición del patriarca de los Weston una calurosa noche de verano, el clan se ve obligado a reunirse en la casa familiar de Pawhuska, Oklahoma, donde los sentimientos reprimidos durante años estallan en un torrente de emociones. Todos estarán bajo la influencia de Violet, una mujer que cuando no está absolutamente drogada por las píldoras suelta veneno por la boca, y se enfrentarán con su pasado y su presente, entre secretos y verdades a medias.

Con diálogos inteligentes y plagados de ingenio, acidez, ironía, tragedia y mucho, mucho humor negro, la obra combina el drama con la comedia negra.



Tracy Letts

Agosto

ePub r1.0

Titivillus 16.11.15

Título original: *August: Osage County*
Tracy Letts, 2008
Traducción: Ana Riera
Adaptación: Luis García Montero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Historia de la obra

Agosto se estrenó en Chicago en junio de 2007, por la Steppenwolf Theatre Company (Directora Artística: Martha Lavey, Director Ejecutivo: David Hawkanson). Dirigida por Anna D. Shapiro, escenografía de Todd Rosenthal, vestuario de Ana Kuzmanic, iluminación de Ann G. Wrightson, sonido de Richard Woodbury, música original compuesta por David Singer, coreografía de la lucha escénica de Chuck Coyl, *casting* por Erica Daniels, libreto de Edward Sobel, asesoría de dialecto por Cecile O'Reilly, dirección escénica de Deb Styer, ayudante de dirección escénica: Michelle Medvin. El reparto fue el siguiente:

BEVERLY WESTON	Dennis Letts
VIOLET WESTON	Deanna Dunagan
BARBARA FORDHAM	Amy Morton
BILL FORDHAM	Jeff Perry
JEAN FORDHAM	Fawn Johnstin
IVY WESTON	Sally Murphy
KAREN WESTON	Mariann Mayberry
MATTIE FAE AIKEN	Rondi Reed
CHARLIE AIKEN	Francis Guinan
LITTLE CHARLES AIKEN	Ian Barford
JOHNNA MONEVATA	Kimberly Guerrero
STEVE HEIDREBRECHT	Rick Snyder
SHERIFF DEON GILBEAU	Troy West

El estreno en Broadway fue en el Imperial Theatre, el 4 de diciembre de 2007. Producida por Jeffrey Richards, Jean Doumanian, Steve Traxler, Jerry Frankel, Ostar Productions, Jennifer Manocherian, The Weinstein Company, Debra Black, Daryl Roth, Ronald Frankel, Marc Frankel, Barbara Freitag y Phil Mickelson, y Rick Steiner y and Staton Bell Group. Reparto y equipo artístico fueron los mismos, excepto que el *casting* adicional fue realizado por Stuart Howard, Amy Schecter y Paul Hardt; y el reparto tuvo los siguientes cambios:

JEAN FORDHAM	Madeleine Martin
STEVE HEIDREBRECHT	Brian Kervin

El Centro Dramático Nacional produjo la adaptación al castellano de la obra, que se estrenó en Teatro Valle Inclán el 7 de diciembre del 2011. Versión de Luis García Montero, traducción de Ana Riera y dirección de Gerardo Vera. El reparto fue el siguiente:

BEVERLY WESTON	Miguel Palenzuela
VIOLET WESTON	Amparo Baró
BARBARA FORDHAM	Carmen Machi
BILL FORDHAM	Antonio Gil
JEAN FORDHAM	Irene Escolar
IVY WESTON	Alicia Borrachero
KAREN WESTON	Clara Sanchis
MATTIE FAE AIKEN	Sonsoles Benedicto
CHARLIE AIKEN	Abel Vitón
LITTLE CHARLES AIKEN (PICHU)	Markos Marín
JOHNNA MONEVATA	Marina Seresesky
STEVE HEIDREBRECHT	Gabriel Garbisu
DEON GILBEAU, JEFE DE POLICÍA	Chema Ruiz

La adaptación cinematográfica de la obra ha corrido a cargo de John Wells y el reparto está compuesto por actores de reconocido prestigio: Meryl Streep, Julia Roberts, Ewan McGregor, Sam Shepard, Margo Martindale, Chris Cooper, Abigail Breslin, Dermot Mulroney, Juliette Lewis y Benedict Cumberbatch. Se estrenó en Estados Unidos en diciembre de 2013, llegando a las pantallas españolas en enero de 2014.

*A Howard Stark, mi difunto mentor.
Por el poema August: Osage County
A Nicole Wiesne, con todo mi amor.
A Shawn y Shari, Dana y Deborah.
A Billie Letts, Barbara Santee y Dewey Dougless.
Su fortaleza es una maravilla.
A Bill y Virginia Gipson. Con amor y dejándoles partir.*

Personajes

La familia WESTON:

BEVERLY WESTON:

sesenta y nueve años

VIOLET WESTON:

la esposa de BEVERLY, sesenta y cinco años

BARBARA FORDHAM:

hija de BEVERLY y VIOLET, cuarenta y seis años

BILL FORDHAM:

marido de la anterior, cuarenta y nueve años

JEAN FORDHAM:

hija de BARBARA y BILL, catorce años

IVY WESTON:

hija de BEVERLY y VIOLET, cuarenta y cuatro años

KAREN WESTON:

hija de BEVERLY y VIOLET, cuarenta años

MATTIE FAE AIKEN:

hermana de VIOLET, cincuenta y siete años

CHARLIE AIKEN:

marido de MATTIE FAE, sesenta años

LITTLE CHARLES AIKEN (PICHU):

hijo de MATTIE y CHARLIE, treinta y siete años

Otros:

JOHNNA MONEVATA:
ama de llaves, veintiséis años
STEVE HEIDEBRECHT:
prometido de KAREN, cincuenta años
JEFE DE POLICÍA DEON GILBEAU:
cuarenta y siete años

Marco:

Agosto de 2007. Una casa de campo en las afueras de Pawhuska,
Oklahoma, noventa y seis kilómetros al noroeste de Tulsa.

El hijo vuelve a casa, y su progenitor trata de morder el anzuelo. El anciano, o la anciana, según los casos, no tienen nada que decirle a su hijo. Todo lo que quieren es que ese hijo se siente a su lado durante un par de horas y que luego duerma bajo el mismo techo que ellos. Ese sentimiento no es amor. No quiero decir con ello que el amor no exista. Solo hago hincapié en que hay un sentimiento que es distinto del amor, pero que, a veces, se conoce con el nombre de amor. Pero, en sí mismo, ese sentimiento no es amor. Es tan solo algo que se lleva en la sangre. Una especie de codicia o avidez de la sangre y es consustancial a la especie humana. Es lo que distingue al hombre del resto de los animales de la creación. Cuando nacemos, nuestros padres pierden algo de sí mismos, que somos, precisamente, nosotros, y se parten los cuernos tratando de recuperarlo. Saben que no podrán lograrlo nunca del todo, pero intentan recuperar la porción más grande que pueden de sus hijos. Por eso la alegre reunión familiar, con merienda al aire libre, bajo los arcos, viene a ser como bucear en el estanque de los pulpos del acuario.

ROBERT PENN WARREN, *Todos los hombres del rey*

PRÓLOGO

Una laberíntica casa de campo en las afueras de Pawhuska, noventa y seis kilómetros al noroeste de Tulsa. La casa, que tiene más de cien años, fue probablemente construida por una familia de colonos prósperos. La casa se fue modernizando por medio de añadidos, renovaciones y reparaciones hasta aproximadamente 1972, momento en el que dejaron de hacerse cambios estructurales.

La planta baja:

Hay tres estancias principales comunicadas entre sí. A la derecha está el comedor. Hay una mesa de estilo misionero para ocho personas; y un aparador a juego con la vajilla de porcelana. Sobre la mesa cuelga una destartalada lámpara de araña de varios pisos, que arroja una lúgubre luz amarillenta. Al fondo, una arcada conduce a una pequeña salita: en ella, junto a una silla tapizada, hay una mesita con un teléfono antiguo de disco. Todavía más al fondo hay una puerta que comunica con un vestíbulo, off.

En la parte central y frontal del escenario se encuentra la sala de estar. En ella hay un sofá cama, un televisor, un tocadiscos de alta fidelidad y un piano eléctrico Wurlitzar.

A la izquierda se encuentra el despacho. En él hay una mesa de tamaño medio con un montón de libros, documentos legales, carpetas de Manila y papel de carta. Al fondo una arcada conduce a la entrada principal de la casa, a un descansillo y a las escaleras que llevan al piso de arriba. Más al fondo, una puerta permite tener una vista parcial de la cocina. Más a la izquierda se halla el porche delantero, cuyo suelo está cubierto de malas hierbas y algunos periódicos locales enrollados.

El primer piso:

La escalera llega hasta un descansillo (sobre la sala de estar de la planta baja). Vemos un banco tapizado junto a la ventana, un vestíbulo que conduce al dormitorio, off, y otra escalera que lleva al desván.

El desván:

Una sola estancia, en el centro, con el techo inclinado, convertido en un dormitorio sencillo.

La casa está repleta de libros.

Todas las ventanas de la casa están tapadas con trozos de plástico barato. Los plásticos están pegados con cinta adhesiva negra, de modo que no entra nada de luz exterior.

BEVERLY .- «Qué larga es la vida...» T. S. Eliot. Vaya, tiene mérito el haberse tomado la molestia de escribir esta frase. ¡Un genio! No es que fuera el primero en decirlo... y mucho menos en pensarlo. Pero lo puso en un papel y lo firmó con solemnidad, muy seguro de sí mismo. Se puede ser un estúpido con gafas o un genio. Él no lo dudó ni un momento, y ahora, si quieres repetir esa frase, debes añadir su nombre. «Qué larga es la vida» T. S. Eliot.

Y tiene razón, ya lo creo. Por lo menos, en su caso. Creo que llegó a los setenta y seis... No está mal para la época. Escribió la frase con poco más de treinta años, así que fue un adivino.

Pobre Eliot, vamos a ser justos. Pocos poetas habrían sido capaces de salir airosos de ese infierno..., un infierno. No es difícil imaginarse cómo habrían reaccionado Hart Crane o John Berryman si hubieran tenido que enfrentarse a la encantadora Viv, la primera mujer de Eliot. Esos poetas suicidas habrían salido corriendo en busca del puente más cercano. Eliot superó la prueba sin despeinarse, engominado, con la chaqueta cruzada y orgulloso de ser anglicano. Era religioso y sabía negociar con los sentimientos de culpa, así que la dejó en el asilo que le quedaba más cerca de casa y siguió con su vida. ¡Bendito sea Dios! El instinto de supervivencia merece toda mi admiración.

Berryman, mi viejo poeta loco, lo dejó claro: «El mundo se ha convertido en un lugar en el que ya no me apetece vivir». Admiro

mucho a Eliot como poeta, pero como persona tengo poco que ver con él. Es una debilidad como otra cualquiera, pero siento más simpatía por los que están condenados a sufrir.

VIOLET .— (*voz en off*)... hijo de puta...

BEVERLY .— Violet, mi mujer. Toma pastillas..., más de la cuenta. Las pastillas tienen consecuencias desagradables, por ejemplo en su equilibrio. Por fortuna ese es un problema menor. Las pastillas consiguen también que no precise equilibrio. Si anda se cae..., pero apenas anda.

Mi mujer toma pastillas y yo bebo. Es el trato, uno de los principales acuerdos de nuestro pacto matrimonial. No es que yo beba porque ella tome pastillas, y no sé si ella toma pastillas porque yo bebo. Pregúnteselo usted, si quiere. Las razones carecen de importancia. El caso es que ella toma pastillas y yo bebo. Como comprenderá, eso ha hecho que nos cueste llevar una vida normal: limpiar la ropa, barrer la casa, ir al supermercado, pagar las facturas. Ya ve, gilipolleces. Podría sentirme culpable, prometerme con los dedos cruzados que voy a dejar el alcohol, cultivar la esperanza de salvar nuestras vidas. Pero he decidido no dar la batalla.

Por eso está usted aquí. No me resulta cómoda la decisión. Sé lavar mi ropa interior, lo he hecho toda mi vida... yo o mi mujer. Pero no quiero que nada entorpezca mi dedicación a la bebida. Nadie me ha convencido todavía de las ventajas de la sobriedad.

Pero no se preocupe, no ha venido usted a un mal sitio. Me las he arreglado para mantenerlo en orden. Anoche quemé un montón de... desperdicios. Vamos a decirlo así. Una factura pagada puede significar mucho para una persona viva. Pero cuando muere, las palabras y los números no son más que papel. Peor, peor que papel mojado. (*JOHNNA se seca el sudor de la frente. BEVERLY se saca un pañuelo del bolsillo y se lo ofrece*) Está limpio.

JOHNNA .— (*Mientras se seca el sudor de la frente*) Gracias.

BEVERLY .— Hace mucho calor, lo siento. Tendrá que perdonarnos. Mi mujer es de sangre fría. No confía en el aire acondicionado. Ni siquiera en agosto.

JOHNNA .– Mi padre era igual. Estoy acostumbrada.

BEVERLY .– Yo conocí a su padre.

JOHNNA .– ¿A mi padre?

BEVERLY .– Sí, al señor Younbird. Esto es un pueblo. He comprado muchas sandías en su puesto de frutas. También vendía petardos, ¿verdad?

JOHNNA .– Sí, señor.

BEVERLY .– Alguna vez se los compré a mis hijas. ¿De qué murió?

JOHNNA .– Un ataque al corazón. Le dio mientras descargaba uvas en una bodega.

BEVERLY .– Bueno, no es mal sitio para morir en Oklahoma. Lo siento. (*Se termina la copa y se sirve otra*).

JOHNNA .– Gracias, señor.

VIOLET .– (*Voz en off*) ¿Bev...?

BEVERLY .– (*Murmura para sus adentros unos versos*)

Esta es la noche de la vieja casa,
negra, inmensa, anónima y maldita.

Las luces iluminan, con luz tenue, el descansillo del primer piso. VIOLET, recién salida de la cama, con la ropa arrugada y fumando un Winston, mira de soslayo la oscura escalera.

VIOLET .– ¡Bev!

BEVERLY .– ¿Qué?

VIOLET .– ¿Tú has colido...?

BEVERLY .– ¿Cómo?

VIOLET .– ¿Qué si has...?

Pausa larga. VIOLET se queda mirando fijamente, esperando una respuesta. BEVERLY también se queda mirando fijamente, en espera de que acabe la pregunta.

BEVERLY .– ¿Qué dices, cariño?

VIOLET .– Oh, maldita sea... ¿Tú... has? ¿Ha venido la policía?

BEVERLY .– No, no ha venido.

VIOLET .– ¿Esto es una ventana? ¿Estoy mirando a través de una ventana?

BEVERLY .– Anda, baja, por favor.

VIOLET se lo piensa; luego desciende por las escaleras que llevan al despacho, y se queda perpleja al ver a JOHNNNA.

VIOLET .– Ah. *(Distraídamente)*. Hola.

JOHNNNA .– Hola.

VIOLET .– *(Dirigiéndose a BEVERLY)*. No sabía que tuvieras visitataaaa.

BEVERLY .– Te presento a Johnna, la chica de la que te hablé.

VIOLET .– Que tú dijiste a mí que es una mujer.

BEVERLY .– ¿Cómo dices?

VIOLET .– Una mujer. Mu-jer. Muuu... jer.

BEVERLY .– Sí, cariño, una muchacha. La voy a contratar para que se ocupe de la casa.

VIOLET .– Ah, se trata de la mujer que pensabas contratar. Creí que te referías a la otra mujer.

BEVERLY .– ¿Qué otra mujer?

VIOLET .– ¿Eh?

BEVERLY .– Se ocupará de la cocina, y limpiará, y te acompañará al hospital y...

VIOLET .– *(Intentando articular las palabras de forma exagerada)* Un contrato pensando en la casa... No te aclaras. Piensas en la casa. Creí que pensabas en una muuuu-jer para ser contratada.

BEVERLY .– No te entiendo.

VIOLET .– *(De repente encantadora, dirigiéndose a JOHNNNA)* Hola.

JOHNNNA .– Hola.

VIOLET .– Lo siento. *(Hace una reverencia)* Bienvenida.

JOHNNNA .– Gracias, señora.

VIOLET .– Soy Violet. ¿Cómo te llamas?

JOHNNA .– Johnna.

VIOLET .– Eres muy guapa.

JOHNNA .– Gracias.

VIOLET .– ¿Eres india?

JOHNNA .– Sí, señora.

VIOLET .– ¿De qué tribu?

JOHNNA .– Cheyene.

VIOLET .– Mírame. ¿Soy guapa?

JOHNNA .– Sí, señora.

VIOLET .– (*Hace de nuevo una reverencia*) ¿Y así? (*Hace otra reverencia*)
¿O así? (*Otra reverencia inclinándose más, tropieza, recupera el equilibrio*).

BEVERLY .– Ten cuidado.

VIOLET .– (*Todavía dirigiéndose a JOHNNA*) Ahora tú eres la casa. Lo siento.
Es que tomo una medicina para mis mús... muscular.

BEVERLY .– Deberías volver a la cama, amor mío.

VIOLET .– ¿Por qué no te vas a que te folle un pez?

BEVERLY .– Está bien.

VIOLET .– (*Dirigiéndose a JOHNNA*) Perdón. Seré buena, *emplagolosamente* buena. In... cre... *líblemente* buena.

Apaga el cigarrillo en el cenicero que hay sobre la mesa de BEVERLY... mira fijamente a JOHNNA como si fuera a decir algo... y se marcha repentinamente.

BEVERLY .– Ya le comenté cuando hablamos por teléfono que la había recomendado el doctor Burke. Piensa que es usted la persona indicada para hacerse cargo de las necesidades de esta casa.

JOHNNA .– Estudié un año en la Facultad de Enfermería, en Tulsa. Lo dejé cuando murió mi padre. Cuidé primero a mi madre durante su enfermedad, y luego a mi abuela.

BEVERLY .– El doctor me ha dicho que está acostumbrada a los trabajos duros.

JOHNNA .– He limpiado casas, he cuidado niños...

BEVERLY .– Supongo que Burke le advirtió que buscamos una interna.

JOHNNA .– Sí, señor.

BEVERLY .– No va a encontrar aquí una vida fácil. Nuestro horario es poco convencional. Intentamos no distinguir entre el día y la noche.

JOHNNA .– Necesito el trabajo.

BEVERLY .– Bueno, el trabajo en sí... no es el problema. Yo preciso muy poca atención. Soy una especie de cactus. Mi mujer tiene cáncer. Deberá llevarla en coche a Tulsa para sus últimas sesiones de quimioterapia. Puede utilizar ese enorme trasto americano que está aparcado en el garaje. Puede utilizar cualquier cosa, cualquiera, toda esta basura que hemos acumulado, el trabajo de una vida. ¿Entendido? Si va a vivir con nosotros, quiero que se sienta en su casa.

JOHNNA .– Sí, señor.

BEVERLY .– Por favor, quiero que me llame Beverly. ¿Tiene alguna pregunta?

JOHNNA .– ¿Qué tipo de cáncer?

BEVERLY .– Dios mío, por poco se me olvida lo más importante. Tiene cáncer de boca.

JOHNNA .– ¿Qué medicamentos toma?

BEVERLY .– Valium, Vicodin, Darvon, Darvocet, Percudan, Percocet. Toma Xanat por su cuenta para completar la medicación. Y Oxycontin cuando lo necesita. Una vez se tomó dos peces negros, para asegurarse de que le prestaba atención. Y, por supuesto, Dilaudid. No se me puede olvidar el Dilaudid.

BEVERLY estudia a la chica. Se termina la copa.

Mi mujer, Violet... Violet, mi mujer, piensa que no necesita tratamiento para su adicción. Ya se sometió a uno hace años, y salió completamente

curada. Luego decidió volver a las trincheras... Me iba a preguntar por qué no sigue algún tratamiento, ¿a que sí?

JOHNNA .– No, señor.

BEVERLY .– Mejor, eso me tranquiliza. Espere un momento... (*BEVERLY avanza tambaleándose, con paso vacilante, tanto por la fatiga como por la bebida, y examina la estantería*) Son mis libros, mi último refugio: placeres sencillos, como encontrar cebollas silvestres al borde del camino, o como un amor feliz.

Coge un libro de la estantería y se lo da a JOHNNA.

JOHNNA .– T. S. Eliot.

BEVERLY .– Léalo, o no lo lea, da igual. No es un requisito para el trabajo.

Es solo por gusto. Todos mis libros están a su disposición.

Damos vueltas al higo chumbo,
al higo chumbo, al higo chumbo,
damos vueltas al higo chumbo...

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

IVY, MATTIE FAE y CHARLIE están en la sala de estar. MATTIE FAE se está tomando un whisky escocés. CHARLIE tiene puesto un partido de béisbol en la televisión, con el volumen bajo, y está pendiente del resultado mientras se toma una cerveza.

En otras partes de la casa: VIOLET habla por teléfono en la salita; JOHNNNA está limpiando en la cocina.

MATTIE FAE .– Ya lo ha hecho otras veces.

IVY .– Lo sé.

MATTIE FAE .– ¿Te acuerdas, Charlie? Desaparecía sin avisar, y luego ni se molestaba en llamar.

CHARLIE .– Siempre ha sido muy raro.

MATTIE FAE .– Desaparecía, y ya está. Una vez se pasó, y le dije a Vi: «Haz las maletas de ese hijo de puta y pónselas en la puerta». Se lo dije. Ya sabes que tu padre siempre me ha caído bien, pero...

IVY .– Lo sé.

MATTIE FAE .– En serio, siempre me ha caído bien. Fui yo quien se lo presenté.

CHARLIE .– Tú no se lo presentaste.

MATTIE FAE .– Anda que no.

CHARLIE .– Habías quedado con Beverly, le diste plantón y la enviaste en tu lugar.

MATTIE FAE .– En eso consiste una presentación. Era demasiado viejo para mí. Y Violet... Violet la tímida, incapaz de conocer a un hombre...

CHARLIE .– Nadie la llamaba Violet la tímida.

MATTIE FAE .– Charlie y tu padre siempre se han llevado muy bien. Iban a pescar juntos.

IVY .– Lo sé.

MATTIE FAE .– Pero desaparecía sin decir nada, sin dejar una nota, y yo estaba obligada a cuidar de mi hermana.

CHARLIE .– Tú no estás obligada a nada. No tienes por qué entrometerte en ningún matrimonio.

MATTIE FAE .– Es el matrimonio de mi hermana. Ivy me comprende, tiene hermanas. Como me llamo Mattie Fae que se lo dije: «Vi, haz las maletas de ese hijo de puta y pónselas en la puerta». Le dije: «Coge todos esos malditos libros que tanto le gustan y enciende una hoguera en el patio. Coge también sus papeles, y tíralos, tíralo todo». Eso le dije.

CHARLIE .– Los libros no se queman.

MATTIE FAE .– ¿Puedes dejar de contradecirme?

CHARLIE .– Los libros de Beverly no habían hecho nada malo. ¿Qué culpa tenían?

MATTIE FAE .– Bueno, ella no los quemó, así que...

CHARLIE .– Pues claro que no.

MATTIE FAE .– Mira, Charlie Aiken, si alguna vez se te pasa por la cabeza la idea de desaparecer...

CHARLIE .– No pienso irme a ninguna parte.

MATTIE FAE .– Bueno, pues si se te ocurre...

CHARLIE .– No se me ocurre...

MATTIE FAE .– Prefiero avisarte, porque entonces...

CHARLIE .–... ni pienso irme.

MATTIE FAE .– Y, además, no eres ningún ratón de biblioteca. (*Se dirige a IVY*) Creo que jamás he visto a Charlie leyendo un libro.

CHARLIE .– ¿Es una crítica? ¿Ahora te molesta que no lea?

MATTIE FAE .– No, digo la verdad. ¿Cuál fue el último libro que leíste?

CHARLIE .– Maldita sea. Beverly era profesor. Los profesores leen libros. Yo trabajo de tapicero, y los tapiceros...

MATTIE FAE .– No eres capaz de acordarte de un libro.

CHARLIE .– Lo que quiere saber Ivy es dónde está su padre. No tiene por qué aguantarnos.

MATTIE FAE .– Todos estamos preocupados por Beverly.

CHARLIE .– Pues deja de meterte conmigo.

MATTIE FAE .– Pasará lo de siempre, estoy segura. Volverá y se arreglarán las cosas.

IVY .– No. Creo que esta vez es diferente.

MATTIE FAE .– Yo también.

CHARLIE .– ¿Por qué?

MATTIE FAE .– Porque la otra vez...

CHARLIE .– No te lo he preguntado a ti. (*Dirigiéndose a Ivy*) ¿Por qué dices que esta vez es diferente?

IVY .– Porque creo que la otra vez solo estaban poniéndose a prueba. Conozco a mis padres.

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a CHARLIE*): Justo lo que yo iba a decir. (*Dirigiéndose a IVY*) Tu padre era un hombre muy complicado.

IVY .– Lo sé.

CHARLIE .– ¿Puedes dejar de decir «era»?

MATTIE FAE .– Lo siento. Era y es muy complicado.

CHARLIE .– Pero siempre tranquilo y agradable.

IVY .– Se parece a Pichu.

CHARLIE .– Sí, exacto, se parece a nuestro hijo.

MATTIE FAE .– Pero bueno, no se parecen en nada.

CHARLIE .– Se refiere a su forma de ser complicada...

MATTIE FAE .– Nuestro Pichu no es complicado. Lo que pasa es que está en el paro.

CHARLIE .– Es muy observador.

MATTIE FAE .– Lo único que observa es la televisión.

CHARLIE .– Yo estoy de acuerdo con Ivy.

MATTIE FAE .– Pues yo no.

CHARLIE .– Lo que ha dicho es que Pichu y Beverly se parecen, tienen en común su... complejidad.

MATTIE FAE .– Cariño, para ser complicado hay que ser inteligente.

CHARLIE .– Se trata de nuestro hijo. ¿Estás diciendo que nuestro hijo es tonto?

MATTIE FAE .– Digo que no es inteligente.

CHARLIE .– ¿Qué es lo que te pasa? (*Dirigiéndose a IVY*) Tu primo es muy inteligente.

MATTIE FAE .– Estoy sudando. ¿No sudáis vosotros?

CHARLIE .– Estamos a treinta grados. Claro que estamos sudando.

MATTIE FAE .– Tócame la espalda.

CHARLIE .– No quiero tocarte la espalda.

MATTIE FAE .– Las gotas de sudor me resbalan por la espalda.

CHARLIE .– Te creo. (*Dirigiéndose a IVY*) Ivy, quiero hacerte una pregunta. ¿Cuándo empezó todo esto? Me refiero a lo de tapar las ventanas con plásticos y cinta adhesiva.

IVY .– Hace un par de años.

MATTIE FAE .– No puede ser. ¿Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvimos aquí?

CHARLES: ¿Y qué pretenden con esto?

MATTIE FAE .– No se sabe si es de día o de noche.

IVY .– Creo que ese es justamente el propósito.

CHARLIE .– ¡Qué ocurrencia! No me parece que sea bueno tapar las ventanas.

MATTIE FAE .– Desde luego que no. Todos necesitamos la luz del sol.

CHARLIE .– ¿Y de quién fue la idea?

IVY .– No me imagino a papá tomando esa decisión.

CHARLIE .– No, supongo que no. La verdad es que todo esto resulta muy deprimente. (*MATTIE FAE empieza a despegar la cinta adhesiva de una de las ventanas*) No hagas eso.

MATTIE FAE .– Aquí hace falta la luz del sol.

CHARLIE .– Pero si es de noche, y además no es tu casa, no puedes entrar en una casa que no es la tuya y empezar a cambiar...

MATTIE FAE .– Dos años, dos años sin venir. No me lo puedo creer.

Entra VIOLET.

VIOLET .— Me ha dicho que ha llamado a todos los hospitales. Pero en ninguno saben nada de Beverly.

MATTIE FAE .— ¿Quién? ¿Te refieres a la patrulla de tráfico?

VIOLET .— No, al jefe de policía, al hijo de Gilbeau.

MATTIE FAE .— ¿Gilbeau? No me digas que C. J. Gilbeau es el jefe de policía.

VIOLET .— C. J. no, su hijo Deon. Fue al colegio con las chicas.
(*Dirigiéndose a IVY*) Estaba en tu clase.

IVY .— No, creo que iba a la clase de Barbara.

MATTIE FAE .— ¿De verdad?

CHARLIE .— ¿Pero de quién habláis?

MATTIE FAE .— Nosotras crecimos junto a C. J. Gilbeau. Valiente hijo de puta, un delincuente juvenil.

VIOLET .— Su hijo Deon es ahora el jefe de policía.

MATTIE FAE .— C. J. era el hijo del cura y ya sabes...

CHARLIE .— No me digas más.

MATTIE FAE .— Sí, ya sabes cómo son.

VIOLET .— Estuvo en la cárcel, ¿te acuerdas?

MATTIE FAE .— Claro, ¿no me voy a acordar? ¿A quién mató?

VIOLET .— A un bóxer.

MATTIE FAE .— Es verdad, por matar al perro de aquel hombre, un bóxer.

VIOLET .— Su hijo Deon es el jefe de policía. Te envié una suscripción de la revista municipal. ¿Es que no la lees?

MATTIE FAE .— No, no la leo.

VIOLET .— *Pawhuska Información*. Los tipos importantes de Tulsa podéis seguirnos la pista a los paletos del pueblo.

MATTIE FAE .— No, no la leo.

VIOLET .— Pues si la leyeras sabrías que su hijo Deon es ahora el jefe de policía de tu pueblo.

IVY .— ¿En qué hospitales ha preguntado?

VIOLET .— Me ha dicho que en todos.

IVY .— ¿Y qué más te ha dicho?

VIOLET .— Que el barco ha desaparecido (*Pausa*).

IVY .— ¡Mamá!

VIOLET .— Mandó a un policía al muelle para preguntar si alguien lo había visto por allí..., y el barco de Beverly no estaba.

MATTIE FAE .— ¡Oh no!

VIOLET .— En los últimos meses han robado algunos barcos. Me dijo que es mejor no hacer conjeturas. Eso me dijo, pero estaba preocupado.

VIOLET empieza a subir la escalera.

CHARLIE .— Vi, ¿crees que hay alguna posibilidad de que Bev cargara el barco en el remolque y se lo llevara? Si pensaba irse a otro sitio...

MATTIE FAE .— El remolque está fuera, junto al cobertizo. Lo vi cuando llegamos.

VIOLET se marcha. Ivy va tras ella. JOHNNNA entra, ocupada con sus quehaceres domésticos. CHARLIE levanta la botella de cerveza vacía.

CHARLIE .— Perdona, querida... ¿Sería tan amable de traerme otra cerveza?

MATTIE FAE .— No te pases, no es ninguna camarera. Ve tú a por la cerveza.

JOHNNNA cruza la estancia, coge la cerveza vacía...

JOHNNNA .— Yo la traeré (*y se marcha*).

MATTIE FAE .— ¿Estás cómodo, eh? Viendo el partido de béisbol y pidiendo cerveza. Parece como si no te importara lo que está ocurriendo.

CHARLIE .— ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme quieto como una momia? Tú te estás tomando un whisky.

MATTIE FAE .— Es un cóctel.

CHARLIE .– Es un whisky solo.

MATTIE FAE .– Me lo tomo para demostrar un poco de clase.

CHARLIE .– No hace falta estar aquí sentados, mudos, secos, llorando en la oscuridad.

MATTIE FAE .– Pues hagamos una fiesta, vamos a divertirnos.

CHARLIE .– Mattie Fae...

MATTIE FAE .– Pídele a esa chica india que improvise unos aperitivos. Podemos llamar a algunos amigos.

CHARLIE .– Lo de los aperitivos no es mala idea.

MATTIE FAE .– ¿A que no? Huele como si estuviese cocinando algo.

CHARLIE .– Sí.

MATTIE FAE .– Vamos a ver lo que está preparando. Ven a la cocina.

CHARLIE .– ¿Para qué? Estoy viendo el partido.

MATTIE FAE .– Acompáñame. *(Lo coge de la mano y lo levanta del sofá).*

CHARLIE .– Lo del barco no me gusta nada.

CHARLIE sigue a MATTIE FAE hacia la cocina y de camino coge la cerveza que le traía JOHNNA. Las luces se desplazan hacia VIOLET e IVY, que están en el descansillo del primer piso. Mientras hablan, bajan las escaleras y entran en el comedor.

VIOLET .– ¿Has llamado a Barb?

IVY .– Sí.

VIOLET .– ¿Cuándo?

IVY .– Esta mañana.

VIOLET .– ¿Y qué dijo?

IVY .– Que estaba de camino. Viene con Bill.

VIOLET .– ¿Conduce ella?

IVY .– Supongo que no.

VIOLET .– ¿Por qué?

IVY .– Boulder está muy lejos.

VIOLET .– ¿Traen a Jean?

IVY .– No lo sé.

VIOLET .– ¿Te dijo cuándo iba a llegar?

IVY .– No, solo que estaba en camino.

VIOLET .– Y tú, ¿qué le contaste?

IVY .– Le dije que papá había desaparecido.

VIOLET .– ¿Solo eso?

IVY .– ¿Es que hay algo más?

VIOLET .– ¿Le dijiste el tiempo que lleva desaparecido?

IVY .– Cinco días.

VIOLET .– ¿Se lo dijiste?

IVY .– Creo que sí.

VIOLET .– ¿Y qué dijo?

IVY .– Que estaba en camino.

VIOLET .– Ya está bien, Ivy, a ver si te aclaras. ¿Estaba enfadada? ¿Le quitó importancia? Cuéntame lo que dijo.

IVY .– Dijo que estaba en camino.

VIOLET .– No tienes remedio. (*Se toma una pastilla*) Maldigo a tu padre por lo que me está haciendo pasar. ¿Has visto su despacho? Todos los papeles en desorden. No tiene ni pies ni cabeza. Hace una semana, sin venir a cuento, contrató a esa india para que se encargara de la casa. Y ya ves, ahora hay una extraña viviendo conmigo. No sé qué decirle a esa chica. ¿Cómo se llama?

IVY .– Johnna.

VIOLET .– Siempre se encargaba él de pagar las facturas, de llamar por teléfono. De repente me lo deja todo. Tú sabes que esta casa se cae a pedazos. Pasa algo con el sótano, o con la bomba del sumidero o con los cimientos. No tengo ni idea. No puedo ocuparme yo sola de todo.

IVY .– He llamado a Karen.

VIOLET .– ¿Y qué dijo?

IVY .– Dijo que intentaría venir.

VIOLET .– No me será de mucha ayuda. Tú tampoco. (*Se toma otra pastilla*) Necesito a Barb.

IVY .– No sé qué puede hacer Barb.

VIOLET .– ¿Qué te has hecho en el pelo?

IVY .– Me lo he alisado.

VIOLET .– ¿Y por qué demonios te lo has alisado?

IVY .– No lo sé.

VIOLET .– ¿De verdad que te gusta?

IVY .– Me apetecía cambiar.

VIOLET .– Eres muy guapa, eres la más guapa de mis tres hijas. Pero siempre vas hecha un desastre. ¿Por qué no te maquillas nunca?

IVY .– ¿Es que necesito maquillaje?

VIOLET .– Todas las mujeres necesitan maquillaje. El que te diga lo contrario miente. Fíjate si era guapa Elizabeth Taylor. Más que ninguna. No necesitaba maquillaje. Pero llevaba una tonelada. Y ponte derecha.

IVY .– Mamá.

VIOLET .– Pareces una lesbiana. Tienes los hombros caídos, te has alisado el pelo y no te maquillas. Eres guapa, podrías casarte con un hombre decente. Bastaría con que te arreglaras un poco, eso es lo que quiero decir.

IVY .– No estoy buscando un hombre.

VIOLET .– Pues deberías. Todos necesitamos a alguien.

IVY .– No estoy buscando un hombre.

VIOLET .– Escúchame. Sé que hay montones de perdedores ahí fuera. Pero que tú dieras con uno no significa que...

IVY .– Barry no era un perdedor.

VIOLET .– Era un gilipollas. Y te lo advertí desde el primer momento, ¿o no? En cuanto lo vi llegar con su ridículo coche eléctrico, su estúpida barba naranja y su turbante.

IVY .– No era un turbante.

VIOLET .– No hay quien te entienda. Tienes cuarenta y tres años...

IVY .– Cuarenta y cuatro.

VIOLET .– Cuarenta y cuatro. Quizá se te haya pasado la edad de tener hijos. Eso no es malo. Si no quieres tenerlos, no hay problema. Pero no me

digas que no te apetece tener un marido.

IVY .– Un marido. En Pawhuska.

VIOLET .– No se conoce gente donde una vive, sino donde una trabaja. ¿Tú no trabajas en una facultad? Pues fíjate en la gente que sale por la puerta de la biblioteca.

IVY .– Claro, me casaré con algún estudiante. Me gustan los chicos de dieciocho años, recién llegados de uno de esos pueblos llenos de paletos.

VIOLET .– Supongo que en el campus de Tulsa sigue habiendo profesores. Los había cuando tu padre daba clase allí...

IVY .– Barry era profesor en la Universidad de Tulsa...

VIOLET .– Sí, de «Estudios medioambientales». Barry era un desgraciado.

IVY .– Estás equivocada.

VIOLET .– Te dejó, ¿no? Para mí eso lo convierte en un...

IVY .– No me dejó. A veces ocurre, las cosas no funcionan.

VIOLET .– Está bien, sí, cariño, lo siento, lo siento. Pero las cosas quizá habrían funcionado si te hubieras maquillado un poco. (*Se toma otra pastilla*) ¿Cuántas me he tomado?

IVY .– No llevo la cuenta. (*VIOLET se toma otra pastilla*) ¿Te duele la boca?

VIOLET .– Es inaguantable. Tengo la boca ardiendo.

IVY .– ¿Y te sienta bien fumar?

VIOLET .– ¿Le sienta bien a alguien?

IVY .– Pero tú tienes un cáncer en la boca.

VIOLET .– Ivy, no has elegido un buen momento para pedirme que deje de fumar.

IVY .– No te estoy pidiendo nada.

VIOLET .– Pues ya está.

IVY .– ¿Tienes miedo?

VIOLET .– Claro que tengo miedo. Y te agradezco mucho que estés conmigo, cariño. Gracias a Dios una de mis hijas se quedó a vivir cerca de mí. En mi época, las familias permanecían juntas.

IVY .– Eran otros tiempos.

VIOLET .– ¿Llamaste a Mattie Fae?

IVY .– La tía Mattie Fae está aquí.

VIOLET .– Ya lo sé, tonta. ¡Como para no saberlo! Te pregunto si la llamaste tú.

IVY .– Pensaba que la habías llamado tú.

VIOLET .– Supongo, no me acuerdo.

IVY .– Tienes muchas cosas en la cabeza.

VIOLET .– Llega y se cree con derecho a organizarme la vida.

IVY .– No sé cómo la aguanta el tío Charlie.

VIOLET .– Porque fuma mucha hierba.

IVY .– ¿De verdad?

VIOLET .– Pero mucha. *(Las dos se ríen)*.

IVY .– ¿Hierba? ¿Has dicho hierba?

VIOLET .– ¿Y cómo la llamas tú?

IVY .– Por cierto, ¿ahora te gusta Clapton?

VIOLET .– ¿Qué?

IVY .– Hay un álbum de Eric Clapton en el tocadiscos.

VIOLET .– Siempre lo he tenido.

IVY .– No lo sabía.

VIOLET .– Ya lo sabes. Me gusta. Tiene mucho ritmo. No soy tan vieja.

Mientras BARBARA y BILL llegan con las maletas, las luces del comedor se atenúan y las del porche se intensifican. VIOLET e IVY se marchan y, durante el diálogo siguiente, MATTIE FAE y CHARLIE salen de la cocina y cruzan hasta el comedor. Llevan platos con tarta de manzana recién sacada del horno.

BARBARA .– ¿Qué hace Jean?

BILL .– Fumar.

BARBARA .– Ojalá no la hubieras animado.

BILL .– Yo no la he animado.

BARBARA .– Dices «fumar» y parece que estás encantado. No sé cómo te gusta que tu hija fume a los catorce años.

BILL .– ¿Estás preparada para lo que te espera?

BARBARA .– No. Es imposible.

BILL .– Bueno. Tómate unos segundos. *(Se quedan de pie, inspirando los aromas de la noche, cogiendo aire).*

BARBARA .– Maldita sea, qué calor.

BILL .– Has perdido la costumbre.

BARBARA .– Sí. Me he echado a perder en Colorado.

BILL .– Esa fue una de las razones por las que nos fuimos de aquí.

BARBARA .– No, no es verdad.

BILL .– ¿Crees que tu madre habrá puesto el aire acondicionado?

BARBARA .– ¿Estás loco? ¿No te acuerdas de los periquitos?

BILL .– ¿Los periquitos?

BARBARA .– Seguro que te he contado la historia. A mi madre se le ocurrió una vez comprarse un periquito. No sé por qué, pero fue a la tienda y se compró uno. Volvió a los dos días porque se le había muerto, armó la de San Quintín y le dieron otro periquito. Se murió al día siguiente. Así que exigió un tercer periquito y se lo dieron. La chica de la tienda decidió venir a la casa para averiguar qué diablos pasaba con la asesina en serie de periquitos.

BILL .– ¿Y?

BARBARA .– El calor, el puto calor.

BILL .– ¡Jesús!

BARBARA .– Son pájaros tropicales, ¿entiendes? Viven en el trópico. *(Se oye un golpe. Ella mira hacia fuera)* ¿En qué estaría pensando?

BILL .– ¿Quién?

BARBARA .– La gente a la que se le ocurrió fundar este pueblo. ¡Qué ganas de colonizar! ¿A quién se le ocurriría plantar una bandera en este infierno? Alemanes, holandeses, irlandeses, gilipollas. ¿Por esto jodimos a los indios?

BILL .– Bueno, el genocidio estaba bien visto en aquel tiempo.

BARBARA .– No lo entiendo.

BILL .– Si lo que quieres que te explique es la naturaleza profunda del oeste medio, te equivocas de...

BARBARA .– Oye, que esto no es el medio oeste. Michigan pertenece al medio oeste, Dios sabrá por qué. Pero nosotros nacimos en las Grandes Llanuras, un estado mental, ya sabes, una especie de enfermedad, parecida a la melancolía.

BILL .– ¿Le pasa a usted algo? No, es solo que sufro de Llanuras.

Ambos se ríen. Él alarga la mano y le acaricia el cuello con ternura.

BARBARA .– No. *(Ella se aparta bruscamente. Apartan la mirada el uno del otro en una situación embarazosa. Refiriéndose a JEAN)* ¿Qué pasa? ¿Es que se está fumando todo el paquete?

BILL .– Ya está aquí. *(JEAN llega al porche de delante, con su maleta)* ¿Qué tal?

JEAN .– Bien, preparada.

BARBARA .– Yo también. *(Le da un beso rápido)* Estás preciosa. Me va a dar un sofoco, pero... vamos allá. *(Las luces iluminan la entrada justo cuando BARBARA, BILL y JEAN entran)* ¡Mamá!

Las luces iluminan el comedor. MATTIE FAE y CHARLIE se desplazan desde el comedor hasta la entrada. Los saludos que siguen son rápidos y se superponen unos a otros. Van desde el tono fuerte de MATTIE FAE hasta el suave de IVY.

MATTIE FAE .– ¡Dios mío, Barbara!

BARBARA .– Hola, tía Mattie Fae.

MATTIE FAE .– Dame un abrazo, sobrina. *(Por encima del hombro de BARBARA)* ¡Hola, Bill! ¡Pero qué delgado estás!

BILL .– Hola, Mattie Fae.

MATTIE FAE .– ¡Cómo ha crecido esta niña! ¡Cielo santo! ¡Ven a darle un achuchón a tu tía Mattie Fae!

MATTIE FAE y JEAN se abrazan. BILL y CHARLIE se dan la mano.

BILL .– Hola, Charlie.

CHARLIE .– Bill. Has perdido unos cuantos kilos, ¿verdad?

MATTIE FAE .– *(Todavía dirigiéndose a JEAN)* Enorme, estás enorme. Y qué tetas más grandes tienes. ¡La última vez que te vi parecías un muchachito!

BARBARA y CHARLIE se abrazan.

CHARLIE .– Hola, bonita.

BARBARA .– Me alegro de verte, tío Charlie.

CHARLIE .– Lo mismo digo.

MATTIE FAE .– Si no lo veo no lo creo, cómo está Jean, es increíble. ¿Y tú qué, Bill? ¡Dame otro achuchón!

CHARLIE le aprieta el hombro a JEAN y le da un beso en la sien.

CHARLIE .– Me alegro mucho de verte.

JEAN .– Y yo.

CHARLIE .– *(Imitándola cariñosamente)* Y yo, y yo.

Aparece VIOLET en las escaleras, seguida de IVY. VIOLET se echa a llorar, corre hacia BARBARA y la abraza con fuerza. IVY observa desde la escalera.

BARBARA .– Tranquila, mamá. Ya estoy aquí, ya estoy aquí. *(VIOLET llora. Los otros se muestran respetuosos, pero incómodos, ante la escena)*

Tranquila, ya estoy aquí.

BILL .– (*Dirigiéndose a CHARLIE*) ¿Entonces seguimos sin saber nada?

CHARLIE .– Nada.

MATTIE FAE .– Nada de nada.

VIOLET .– ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

BARBARA .– Tranquila, ya hablaremos de eso. ¿Has visto a Bill y a Jean?

VIOLET los busca, desorientada.

VIOLET .– Sí. Hola, Bill.

BILL .– Hola, Violet. (*VIOLET y BILL se dan un beso*) Siento mucho todo esto. (*VIOLET abraza a BILL y llora*).

VIOLET .– Estoy muy asustada.

MATTIE FAE alarga la mano y le acaricia la espalda a VIOLET.

MATTIE FAE .– ¿Y cómo vas a estar? Pobrecita.

VIOLET .– Te estás quedando en los huesos.

BILL .– Estoy como siempre.

VIOLET .– No, muy delgado. (*VIOLET ve a JEAN*). Basta con mirarte.

MATTIE FAE .– ¿A que parece otra? ¡Fíjate en las tetas!

JEAN .– Vale, todo el mundo me ha visto ya las tetas.

MATTIE FAE .– Es que son enormes.

CHARLIE .– Mattie Fae.

VIOLET abraza a JEAN.

VIOLET .– Estás preciosa. Gracias por venir a verme.

JEAN .– Por favor, abuela.

BARBARA .– Ivy, no me había dado cuenta de que estabas ahí arriba.

IVY .– (*Mientras baja las escaleras*) Es que ya no se cabía ahí.

BARBARA .– Fíjate, Bill, mira qué bien está. Tienes muy buen aspecto.

BILL .– Sí, muy buen aspecto.

VIOLET .– Se ha alisado el pelo.

BARBARA .– Ya lo veo, le queda fenomenal.

IVY y JEAN se saludan con la mano.

IVY .– Hola, Jean.

JEAN .– Hola.

VIOLET lleva a BARBARA hacia la sala de estar. Los demás la siguen.

VIOLET .– Barbara o Bill, cualquiera de los dos. Necesito ayuda para ordenar los papeles. Quiero que echéis un vistazo a las cosas de Beverly.

BARBARA .– No te preocupes, mamá. Nos vamos a quedar unos días.

IVY .– Yo pensaba ayudarte.

VIOLET .– No, la mesa está hecha un desastre y yo me hago un lío...

BILL .– Yo me ocuparé, Violet.

BARBARA .– (*Dirigiéndose a CHARLIE*) ¿En qué habitación dormís?

MATTIE FAE .– No podemos quedarnos, nos vamos esta noche.

VIOLET .– ¿Os vais?

MATTIE FAE .– Sin más remedio, Vi. Salimos tan deprisa que no le dijimos a nadie que cuidara de los perros.

VIOLET .– ¿Vais a conducir una hora y media de noche?

MATTIE FAE .– Charlie tarda menos. Además, sé que te apetece estar con tus hijas.

VIOLET .– ¿No puedes llamar a alguien para que se encargue de los perros?
¿Y Pichu? ¿No se puede ocupar de ellos?

CHARLIE .– Bueno, sí, supongo que podría...

MATTIE FAE .– No, no puede. Tenemos que regresar.

CHARLIE .– Mattie Fae, quizá deberíamos llamar...

MATTIE FAE .– Ya lo hemos hablado.

CHARLIE .– Lo sé, pero...

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a VIOLET*) Tienes a mucha gente en casa y te van a faltar camas...

VIOLET .– Podéis quedaros en casa de Ivy.

IVY .– (*Nerviosa*) Sí, claro. Yo tengo espacio de sobra.

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a CHARLIE*) Pero si ya lo hemos hablado.

BARBARA .– Bueno, poneos de acuerdo. Vamos a ver, mamá. ¿Puede quedarse Jean en el desván?

VIOLET .– No, allí es donde duerme esa chica. No sé ni cómo se llama.

IVY .– Johnna.

BARBARA .– ¿Quién es Johnna?

VIOLET .– Es la india que vive en mi desván.

BARBARA .– ¿Qué es qué?

Entra JOHNNA.

JOHNNA .– Hola, soy Johnna. Bienvenidos.

ESCENA SEGUNDA

BARBARA, BILL y VIOLET están en el comedor tomando café y tarta. Las pastillas de Violet están empezando a surtir efecto.

En el resto de la casa: JOHNNA está leyendo un libro en el dormitorio que tiene en el desván; JEAN está escuchando su iPod en el descansillo del primer piso.

VIOLET .– El sábado, el sábado por la mañana. Esa chica, la india, nos preparó un bizcocho. Desayunamos, y luego nosotros..., él salió por la puerta, por esa puerta que está ahí. Y eso fue todo.

BARBARA .– Entonces, esa fue la última vez que lo viste.

VIOLET .– Me fui a la cama el sábado por la noche y me levanté el domingo por la mañana... y Beverly no había regresado. No le di demasiada importancia, pensé que se había ido de juerga.

BARBARA .– ¿Por qué iba a hacer eso? Podía beber tranquilamente en casa. A menos que tú se lo hubieras prohibido.

VIOLET .– Nunca me metí en la afición de tu padre por la bebida.

BARBARA .– ¿De verdad?

VIOLET .– Barbara..., te lo prometo. Podía beber hasta caerse *inconscientiu... inconscientie...*

BARBARA .– Inconsciente.

BILL .– Y el domingo seguiste sin noticias tuyas...

VIOLET .– Nada de nada. Empecé a preocuparme, y entonces fue cuando me acordé de la caja de seguridad. Teníamos una cantidad enorme de dinero en esa caja, y algunas joyas caras. En esa caja estaba mi anillo de diamantes valorado en más de siete mil dólares...

BARBARA .– Espera un momento, mamá, me parece que me estoy perdiendo. ¿Qué tiene que ver la caja de seguridad?

VIOLET .– Bueno, ya sé lo que vas a decirme. Pero tu padre y yo teníamos un acuerdo, un, un acuerdo. Si nos ocurría algo a uno de los dos, el otro debía encargarse de vaciar la caja de seguridad.

BARBARA .– ¿Por qué?

BILL .– Porque si no, el contenido pasa al Estado y se considera parte del testamento.

VIOLET .– Exacto, hay que pagar impuestos.

BARBARA .– Eres una cínica de mierda.

VIOLET .– Sabía que te ibas a enfadar.

BARBARA .– (*Perdiendo la paciencia*) Está bien, de acuerdo, ¿y la caja de seguridad?

VIOLET .– Tuve que esperar hasta el lunes. Abrió el banco, vacié la caja, llamé a la policía y denuncié la desaparición. El lunes por la mañana.

BARBARA .– ¿Y acabas de llamarme hoy, jueves?

VIOLET .– Yo no te he llamado.

BARBARA .– Le dijiste a Ivy que me llamara. Cinco días después.

VIOLET .– Cariño, no quería preocuparte.

BARBARA .– ¡Santo Dios!

BILL .– Vi, ¿está segura que no ocurrió nada? ¿Algún incidente? ¿Algo que pudiese provocar su desaparición?

VIOLET .– ¿Te refieres a una pelea?

BILL .– Sí.

VIOLET .– No, y eso que nos peleábamos mucho... ya lo sabes. Esta vez no, simplemente se marchó.

BARBARA .– Tal vez solo necesitaba estar algún tiempo alejado de ti.

VIOLET .– Eres muy agradable.

BARBARA .– Oye, que no es ningún crimen. Es muy duro estar casado.

BILL .– Incluso en las mejores circunstancias.

BARBARA .– Así que ni un «hasta luego», ni un «voy a darme una vuelta».
(*VIOLET dice que no con la cabeza*) Papá el misterioso.

VIOLET .– Sí, un hombre muy raro. Lo primero que me de..., que me atrajo de él, fue lo misterioso que era. Se notaba en cualquier reunión que era

el más inteligente. Si abría la boca... te dejaba pasmada. Pero se limitaba a callarse, con su media sonrisa... y sin decir ni mu. Qué sexy.

BARBARA .– Ya ves, el misterio ha resultado un arma de doble filo.

BILL .– ¿Y no recuerdas alguna cosa, algo extraño...?

VIOLET .– Contrató a esa mujer sin preguntarme. La contrató para que viniera a vivir en nuestra casa. Unos días antes de desaparecer.

BARBARA .– ¿No te gusta que esté aquí?

VIOLET .– No sé qué hace aquí. Es una desconocida. Tengo a una india metida en casa.

BILL (*Riendo*): ¿Tienes algún problema con los indios?

VIOLET .– No sé qué decirle a un indio.

BARBARA .– Mamá, ahora se les llama americanos nativos.

VIOLET .– ¿Y por qué? ¿Quién lo ha decidido?

BARBARA .– Así es como les gusta a ellos.

VIOLET .– No son más nativos que yo.

BARBARA .– En realidad, sí lo son.

VIOLET .– ¿Qué tiene de malo la palabra *indio*?

BARBARA .– No cuesta ningún trabajo llamarles como ellos quieren.

VIOLET .– Por la misma regla de tres podríamos decir que los dinosaurios son americanos nativos.

BARBARA .– Será india, pero hace la mejor tarta de manzana que he probado en mi vida.

BILL .– Eso es verdad. Deliciosa.

VIOLET .– ¿Una cocinera? Contrató una cocinera. No tiene ningún sentido. Nosotros no comemos.

BARBARA .– Todo muy saludable.

VIOLET .– Queso, galletas saladas, un bocadillo de jamón. Pero no me acuerdo cuándo fue la última vez que encendimos el horno.

BARBARA .– Ahora te preparan tarta de manzana. No está mal.

VIOLET .– No está mal para vosotros. Pero vosotros os iréis pronto y me dejaréis sola.

BARBARA .– (*En tono de advertencia*) Mamá.

VIOLET .– Mamá... ¿Cuándo fue la última vez que viniste?

BARBARA .– No empieces con eso...

VIOLET .– En serio, cuándo, ni siquiera me acuerdo.

BARBARA .– Estoy muy ocupada, mamá, pero te llamo, te escribo, te envío regalos...

VIOLET .– No escribes...

BARBARA .– Te envío regalos por tu cumpleaños y por el día de la madre...

VIOLET .– Porque estás muy ocupada.

BARBARA .– No me repitas.

BILL .– Vamos, ya está bien...

VIOLET .– Sí, ya sois mayorcitos. Podéis ir donde queráis...

BARBARA .– Tengo muchas obligaciones, tengo una hija que empieza el instituto en un par de...

VIOLET .– ¿De verdad? La última vez que la vi estaba empezando la Primaria.

BARBARA .– No pienso seguir esta discusión.

VIOLET .– Vosotros dos me importáis un pimiento. Pero de vez en cuando me gustaría ver a mi nieta.

BARBARA .– Pues ahora la estás viendo.

VIOLET .– Tu padre, no. Le partiste el corazón cuando te fuiste.

BARBARA .– Eso me parece terriblemente injusto.

BILL .– ¿Voy a tener que separaros?

VIOLET .– Tú sabes que eras la favorita de Beverly. ¿O no? ¿No lo sabías?

BARBARA .– No quiero saberlo. Preferiría pensar que mis padres querían a todas sus hijas por igual.

VIOLET .– Y a mí me gustaría seguir creyendo en Papá Noel. Pero no, resulta que Papá Noel no trae los regalos de Navidad. Si tuvieras más de un hijo sabrías que los padres tienen siempre un favorito. Mattie Fae era la favorita de mi madre. ¿Te lo puedes creer? Pues sí, y me acostumbré. Y tú eras la favorita de tu padre.

BARBARA .– Fantástico. Gracias.

Pausa.

VIOLET .– Le partiste el corazón.

BARBARA .– ¿Y qué se supone que debía hacer? En Colorado le ofrecían a Bill el doble de dinero del que ganaba en Tulsa...

BILL .– Yo que tú ni le contestaba.

BARBARA .– Y estaban dispuestos a contratarme a mí también. No teníamos más remedio que aceptar esa oferta. Papá lo sabía. ¿Qué piensas? ¿Que él no hubiese aceptado si le llegan a ofrecer lo mismo que a Bill?

VIOLET .– En eso te equivocas. Nadie habría conseguido sacar a Beverly Weston de Oklahoma. Y no pienses que no tuvo propuestas para salir de aquí. Cuando apareció su libro tuvo muchas invitaciones.

BILL .– Estoy seguro.

VIOLET .– Su libro de poemas fue un éxito. Recibió ofertas de todos los rincones del país. De lugares mucho mejores que Colorado.

BARBARA .– Ahora quieres hablar mal de Colorado.

VIOLET .– No es muy difícil.

BILL .– Barbara, por Dios.

BARBARA .– El libro de papá salió publicado hace cuarenta años. El mundo académico es hoy muy distinto. Es extremadamente competitivo.

VIOLET .– Por favor, dime algo que no sepa del mundo académico.

BARBARA .– Papá me dio su aprobación, y eso que ni siquiera se la pedí.

VIOLET .– Eso es lo que te hizo creer.

BARBARA .– Y ahora tú vas a contarme la verdad, alguna terrible confesión que papá hizo a mis espaldas.

BILL .– Vale, ya es suficiente. Las dos tenéis los nervios de punta...

BARBARA .– Beverly no dijo nada terrible a tus espaldas...

BILL .– Vi, vamos a dejarlo.

VIOLET .– Estaba decepcionado. No le gustó que te acomodaras de esa forma.

BARBARA .– ¿Se refería a Bill? ¿Qué te dijo?

VIOLET .– Tu padre pensaba que tenías mucho talento como escritora.

BARBARA .– Pues se equivocaba. Además, ¿qué importancia tiene eso? Es mi vida. Puedo hacer lo que quiera. Así que estaba decepcionado porque me conformé con una familia fantástica y una carrera como profesora. Vaya montón de gilipolleces.

VIOLET .– Gilipolleces, gilipolleces. Digamos todos gilipolleces. Bill, ánimo, di gilipolleces.

BILL .– Gilipolleces. (*BILL se marcha en dirección a la cocina*).

BARBARA .– ¿Estás colocada?

VIOLET .– No.

BARBARA .– Escúchame. ¿Te estás tomando algo?

VIOLET .– Un relajante muscular.

BARBARA .– No estoy dispuesta a pasar de nuevo por eso.

VIOLET .– ¿A pasar por dónde?

BARBARA .– Por la mierda de las pastillas.

VIOLET .– Son relajantes musculares.

BARBARA .– No estoy dispuesta...

VIOLET .– No sé de qué estás hablando.

BARBARA .– Del pabellón psiquiátrico. De tus llamadas a las tres de la mañana diciendo que había gente en el patio trasero.

VIOLET .– Te gusta mucho dramati...

BARBARA .– De la policía, de todo lo demás. Sabes perfectamente de qué te estoy hablando. Te gastaste una fortuna en esa mierda de pastillas...

VIOLET .– ¡Deja de gritarme!

BARBARA .– Y luego te gastaste otra fortuna tratando de curarte.

VIOLET .– No es lo mismo, entonces no tenía ninguna razón.

BARBARA .– Ahora sí la tienes, y estás enganchada de nuevo.

VIOLET .– No estoy enganchada, déjame.

BARBARA .– No sé si lo estás o no. Lo único que digo es que no voy a pasar...

VIOLET .– No lo estoy. Me duele.

BARBARA .– Te refieres a la boca.

VIOLET .– Sí. Es la boca. Me quema la boca a causa de la quimioterapia.

BARBARA .– ¿Te duele mucho?

VIOLET .– (*Empezando a lloriquear*) Sí, me duele. Ten... tengo cáncer. En la boca. Y me quema que te... cagas. Y Beverly ha desaparecido y tú me estás gritando.

BARBARA .– No te grito.

BILL regresa.

VIOLET .– Cuando te enteraste de que tenía cáncer, estabas muy ocupada. Pero tu padre desaparece y vienes corriendo.

BARBARA .– Lo siento, yo... tienes razón. Lo siento mucho. (*VIOLET* llora. *BARBARA* se arrodilla delante de ella y le coge la mano) ¿Sabes? Creo que papá cogió un poco de whisky, un cartón de tabaco, un par de novelas policíacas... Sí, creo que salió con el barco, que puso rumbo a un lugar agradable y buscó un rincón tranquilo. Estará cerca de la orilla, pescando, y leyendo, y bebiendo. Con un poco de suerte, es posible incluso que esté escribiendo. Ya verás como no corre ningún peligro. Entrará por esa puerta cuando menos te lo esperes.

Las luces del comedor se atenúan y las del desván se intensifican. Johnna sigue en el desván leyendo; JEAN deja el iPod y sube las escaleras.

JEAN .– Hola.

JOHNNA .– Hola.

JEAN .– ¿Molesto?

JOHNNA .– No, ¿necesitas algo?

JEAN .– No, pensé que quizá te apetecería fumar una pipa conmigo.

JOHNNA .– No, gracias.

JEAN .– ¿Y te importa que yo fume aquí?

JOHNNA .– Yo, no, yo...

JEAN .— Es que no puedo ir a otro sitio. Mi habitación está justo al lado de la de mi abuela, y si me voy a la calle le va a parecer extraño.

JOHNNA .— Entiendo.

JEAN .— A mis padres no les importa. No vas a tener un problema con ellos.

JOHNNA .— No te preocupes.

JEAN .— ¿De verdad que no te importa? (*JOHNNA asiente. JEAN saca una pequeña pipa de cristal del bolsillo y un paquete de tabaco vacío donde lleva un poco de marihuana. Se hace la pipa*) Metí la marihuana bajo el tapón del desodorante de papá antes de que saliera el vuelo y luego estuve allí, sentada, sudando a mares, como en la película *María, llena eres de gracia*. ¿La has visto?

JOHNNA .— Creo que no.

JEAN .— No les importa que fume maría. A mamá un poco. Piensa que es malo para mí. Creo que en realidad le molesta porque papá también fuma, y a ella le gustaría que no lo hiciera. Papá es mucho más enrollado que mamá. Bueno, no es cierto. Solo es más enrollado en eso. (*JEAN fuma. Ofrece la pipa encendida a JOHNNA. Conteniendo la respiración*) ¿Estás segura?

JOHNNA .— Sí. No. Estoy bien.

JEAN .— No, no es más enrollado. Él y mi madre ya no viven juntos.

JOHNNA .— Lo siento.

JEAN .— Ahora se está tirando a una de sus estudiantes, algo que a mí no me parece nada enrollado. Sé que tiene muchos partidarios, por ejemplo, esos tarados que trabajan con él en el departamento de humanidades y que también se están tirando a sus estudiantes. O quieren tirárselas. Unas Lo-li-tas. No me importa que mi padre se folle a quien quiera. Es profesor, y los profesores conocen a estudiantes. Pero la cagó en la forma de planteárselo a mi madre, y no le dio una oportunidad para que intentara arreglar las cosas. La putada es que ahora mamá no me quita ojo. Es como si tuviera miedo a que sufra algún trauma posdivorcio. Puedo acabar convirtiéndome en una heroinómana, o disparando a alguien en el colegio. O, Dios me libre, perdiendo la virginidad. La

ruptura con mi padre ha hecho que mamá encabece una patrulla defensora del himen. ¿Tienes novio?

JOHNNA .– No, ahora mismo no.

JEAN .– Yo tampoco. Estuve casi un año con un chico que se llamaba Josh.

Pero era un retrasado mental. ¿Siguen juntos tus padres?

JOHNNA .– Están muertos.

JEAN .– Ay, lo siento.

JOHNNA .– No te preocupes. No pasa nada.

JEAN .– Mierda, perdóname, de verdad, ahora me siento mal.

JOHNNA .– No pasa nada.

JEAN .– ¿Estabas muy unida a ellos?

JOHNNA .– Sí.

JEAN .– Perdona, es otra estupidez. ¡Qué pregunta! ¿Estás muy unida a tus padres?

JOHNNA .– No todo el mundo lo está.

JEAN .– Es verdad, a eso me refería. (*JOHNNA coge una fotografía enmarcada y se la pasa a JEAN*) Gracias. ¿Son ellos?

JOHNNA .– El día de su boda.

JEAN .– Qué bonita. Me encanta cómo van vestidos. (*JOHNNA sonríe. JEAN le devuelve la fotografía y se pasea por la habitación*) Es una habitación fantástica. Un refugio. Aquí solía dormir yo cuando veníamos a pasar unos días.

JOHNNA .– Lo siento.

JEAN .– No, a mí no me importa. No es más que una habitación. (*Cambiando de tema*) ¿Qué estás leyendo?

JOHNNA .– T. S. Eliot.

JEAN .– Es muy enrollado.

JOHNNA .– Me lo prestó tu abuelo.

JEAN .– El abuelo es raro. A mamá se le fue la cabeza cuando la tía Ivy llamó esta mañana. No conseguía calmarla. Supongo que es normal, pero no estoy acostumbrada a ver a mi madre así. Y estamos muy

unidas. Nunca se había puesto tan mal. ¿Entiendes? ¿Tus padres perdieron la cabeza alguna vez?

JOHNNA .– No eran de ese tipo de personas.

JEAN .– A eso me refiero. Imagínate que un buen día descubres que se les ha ido la olla. (*JEAN alarga la mano y toca una bolsita en forma de tortuga que JOHNNA lleva colgada al cuello*) Me gusta tu collar.

JOHNNA .– Gracias.

JEAN .– ¿Lo has hecho tú?

JOHNNA .– Mi abuela.

JEAN .– Es una tortuga, ¿no?

JOHNNA .– Sí.

JEAN .– ¿Tiene algo dentro?

JOHNNA .– Mi cordón umbilical.

JEAN retrocede, se limpia la mano en los pantalones. JOHNNA se ríe.

JEAN .– ¿Lo dices en serio?

JOHNNA .– Sí.

JEAN .– Pues me parece un poco asqueroso.

JOHNNA .– Es algo completamente higiénico.

JEAN .– ¿Cómo se te ocurrió? ¿Es...?

JOHNNA .– Es una tradición cheyene.

JEAN .– Así que eres cheyene.

JOHNNA .– Sí. Cuando nace un bebé cheyene se deja secar su cordón umbilical y se mete en una bolsita, que luego se cose. Una tortuga si es niña y una lagartija si es niño. Y la llevamos colgada el resto de nuestra vida.

JEAN .– Vaya.

JOHNNA .– Si la perdemos, es como quedarnos sin raíces. Nuestra alma ya no pertenecería a ningún sitio, a ninguna familia. Al morirnos, vagaría por la Tierra buscando un lugar al que pertenecer.

JEAN .— No digas nada de la separación de papá y mamá. ¿Vale? La abuela no lo sabe.

ESCENA TERCERA

BARBARA abre el sofá que hay en la sala de estar. BILL entra procedente del despacho con un libro delgado y de tapa dura.

BILL .– Mira lo que he encontrado. ¿No es fantástico?

BARBARA .– Tenemos varios ejemplares en casa.

BILL .– Pero nunca había visto una edición de tapa dura. Se me había olvidado que hubo un tiempo en el que se publicaban libros de poesía en tapa dura. Ni siquiera recordaba que hubo un tiempo en el que se publicaban libros de poesía.

BARBARA .– No voy a poder dormir con este calor.

BILL .– Costará mucho en una librería de viejo.

BARBARA .– Seguro que no.

BILL .– Nunca se sabe. *Los pájaros*. Primera edición, tapa dura, en perfecto estado. Con una beca de la Academia... Premio Wallace Stevens. Este libro fue muy importante.

BARBARA .– No fue tan importante.

BILL .– En el mundo de la poesía, sí.

BARBARA .– Es un mundo muy pequeño.

BILL .– *(Leyendo el libro)* «Se lo dedico a mi Violet.» Qué bonito. Debió de sentirse muy presionado después de su publicación. Dudaría mucho cada vez que escribiese una palabra. Darle vueltas a todo. ¿Qué va a decir la crítica? ¿Lo compararán con mi libro anterior?

BARBARA .– ¿Se ha ido Jean a la cama?

BILL .– Acaba de apagar la luz. De todas formas, debe llegar un momento en el que uno diga: «ya está bien, a hacer puñetas». Se puede escribir libremente, sin darle importancia a lo que digan los demás. No sé, yo mismo...

BARBARA .– Por favor, ¿puedes dejar de hablar de ese libro?

BILL .– ¿Pero qué te pasa?

BARBARA .– Se te cae la baba de pura envidia por esos... treinta poemas de los cojones que mi padre escribió en los años sesenta. ¡Por el amor de Dios!

BILL .– Te equivocas. No es envidia, es admiración...

BARBARA .– Y por eso te has acordado de los premios...

BILL .– Hablaba solamente por el valor...

BARBARA .– Mi padre no escribió más. Tuvo muchas razones para no escribir. Muchas. Y aunque te cueste creerlo, la opinión de la crítica no fue una de ellas. Ya sé lo importantes que son para ti esas historias, pero...

BILL .– Yo no he hecho nada. ¿Por qué me atacas?

BARBARA .– Estoy segura de que eso también se lo dices a *Sissy*, para que pueda tranquilizarte y consolarte: «No, Bill, si tú no has hecho nada».

BILL .– ¿Pero qué tiene que ver? ¿Por qué lo sacas ahora a relucir?

BARBARA .– Son síntomas de la menopausia masculina. Problemas con la energía creativa y necesidad de follarte a una niña con pañales.

BILL .– Esta bien, mira. Estoy aquí por ti, porque quiero estar contigo en un momento difícil. Pero no pienso quedarme secuestrado en esta habitación, indefenso como un rehén, para que puedas atacarme a tu gusto.

BARBARA .– Lo siento, no pretendía tratarte como a un rehén. Será mejor que te vayas.

BILL .– No pienso irme a ninguna parte. He venido a Oklahoma para estar contigo y ahora tienes que aguantarme. Y se llama Cindy.

BARBARA .– Ya sé cómo se llama. Podrías tener la gentileza de caer en la cuenta de que te estoy tomando el pelo.

BILL .– Violet tiene la habilidad de ponerte agresiva. ¿Lo sabías?

BARBARA .– Ella no tiene nada que ver.

BILL .– Yo creo que sí. Sientes tanta furia hacia ella, que arremetes contra mí.

BARBARA .— Te juro por Dios que como me psicoanalices, te arranco la piel a tiras. No necesito la ayuda de mi madre para ponerme furiosa.

BILL .— ¿Tienes ganas de discutir? ¿Es eso? De acuerdo, escoge un tema, vale, y dime cuál es, para que yo también tenga alguna posibilidad...

BARBARA .— ¡El tema soy yo! ¡Yo soy el tema, narcisista, hijo de puta! ¡Lo estoy pasando fatal! ¡Necesito ayuda!

JEAN aparece en el descansillo de la primera planta y se sienta en la escalera a escuchar.

BILL .— Me declaro culpable, soy un narcisista, el resultado despreciable de una generación de narcisistas.

BARBARA .— No eres capaz, ¿verdad que no? No eres capaz de hablar de mí. Ni siquiera dos segundos.

BILL .— ¡Me acusas de narcisista! ¡Y si trato de hablar de ti, me acusas de psicoanalizarte!

BARBARA .— No te costará mucho trabajo comprenderme. Las cosas duelen. He dormido contigo durante veinte años, te vas y me dejas sola.

BILL .— Ahora estoy aquí.

BARBARA .— Los hombres siempre decís tonterías como esa. El pasado y el futuro existen también.

BILL .— ¿Y si evitamos una guerra de sexos?

BARBARA .— ¿De verdad creéis que basta con el aquí y el ahora? ¡Ahora estoy aquí! Una gilipollez, trampas para no hablar de lo que os da miedo.

BILL .— No me entusiasma demasiado la idea de decir cosas que puedan herirte.

BARBARA .— ¿Cómo qué?

BILL .— Nooo.

BARBARA .— ¿Qué? Dilo. El daño ya está hecho. Deberías saber que digas lo que digas no podrás herirme más de lo que me has herido.

BILL .— Te equivocas. Creo que te pones en plan masoquista porque deseas que te haga más daño.

BARBARA .— ¿Qué?

BILL .— Barbara, por favor, ahora ya tenemos bastante con lo de tus padres. No volvamos a hablar de lo otro.

BARBARA .— ¿No volvamos? ¿Es que lo hemos hablado alguna vez? Me expulsaste de mi sitio. Y todavía no sé qué ocurrió. ¿Te aburro? ¿Te intimidó? ¿Te repugno? ¿Tiene que ver únicamente con los placeres de la carne fresca? ¿Te apetecía probar un coño jovencito? Es que necesito saberlo.

BILL .— ¿Ahora? ¿Necesitas saberlo ahora? ¿Quieres mantener esta discusión mientras Beverly sigue desaparecido, con tu madre loca de remate y con tu hija a menos de seis metros? ¿De verdad tiene que ser ahora?

BARBARA .— No, tienes razón. Voy a tumbarme y a dormir como un ángel. Al lado de mi maridito.

Se mete tranquilamente en la cama, bajo las sábanas.

BILL .— Debemos hacerlo bien. Vamos a hablarlo con cuidado. Y sin prisas. Estaremos en mejores condiciones cuando tu padre haya regresado a casa.

BARBARA .— Bill, mi padre está muerto. *(Se da la vuelta, dándole la espalda a BILL).*

ESCENA CUARTA

Las luces intermitentes rojas y azules propias de la policía se reflejan en el exterior de la casa. El JEFE DE POLICÍA GILBEAU está de pie en el porche delantero. El resto de la casa está a oscuras.

JOHNNA con una bata, golpea con suavidad la caja del estéreo que hay en la sala de estar.

BARBARA .– ¿Sí?... ¿qué?

JOHNNA .– Perdón... soy Johnna.

BARBARA .– ¿Cómo?

JOHNNA .– Perdón...

BARBARA .– ¿Qué ocurre?

JOHNNA .– Ha venido el jefe de policía.

BILL .– Encienda la luz.

JOHNNA enciende una lámpara, deslumbrando momentáneamente a BILL y BARBARA.

JOHNNA .– Ha venido el jefe de policía. *(Pausa. Asimilan sus palabras. Luego BILL y BARBARA salen como pueden de la cama)* ¿Despierto a la señora Weston?

BARBARA .– No sé. ¿Bill?

BILL .– Sí, será mejor que la despierte.

JOHNNA sale de la habitación. JEAN aparece en el descansillo de la primera planta, con cara de sueño, mientras BARBARA y BILL se visten a toda prisa. Barbara sube las escaleras.

JEAN .– ¿Qué pasa?

BARBARA .– Ha venido el jefe de policía.

JEAN .– ¿Cómo?

BARBARA .– Vuelve a la cama, cariño.

JEAN .– ¿Por qué ha venido la policía?

BARBARA .– No lo sé, cariño, por favor, vuelve a la cama.

Voz en off, se oye un intento de espabilar a VIOLET. JOHNNNA golpea la puerta del dormitorio de VIOLET.

JOHNNNA .– ¿Señora Weston? (*Golpea de nuevo*) Señora Weston.

BARBARA golpea enérgicamente.

BARBARA .– ¿Mamá?... Mamá, despierta.

VIOLET .– ¿Sí?

BARBARA .– Despierta, ha venido el jefe de policía.

VIOLET .– ¿Le has llamado tú?

BARBARA .– No.

VIOLET .– Yo ni sé llamé.

BARBARA .– Mamá, está aquí el jefe de policía. Tienes que levantarte y bajar.

VIOLET .– ¿Ha venido?

BARBARA .– ¿Qué dices?

VIOLET .– Que ha venido el gafe. Voy a darte... turc... truc.

BILL .– (*Al pie de la escalera*) Vamos.

BARBARA .– (*Dirigiéndose a BILL*) ¿Qué?

BILL .– Vamos, déjala ahí.

BARBARA desciende las escaleras hasta la mitad, arrastrada por JOHNNNA, mientras BILL hace pasar al JEFE DE POLICÍA GILBEAU y le estrecha la

mano.

BILL .– Bill Fordham, el marido de Barbara.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Hola. Barbara...

BARBARA .– ¿Deon? Pero si eres Deon...

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí. Lo siento. Me temo que traigo malas noticias.

BARBARA .– ¿Qué?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Hemos encontrado a su padre. Está muerto.

BILL .– ¡Dios santo!

BARBARA empieza a lamentarse de inmediato y cae de rodillas en la escalera. JOHNNA pasa el brazo alrededor del cuerpo de BARBARA y coloca la otra mano con firmeza en su frente. JEAN se sienta en uno de los escalones.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Lo siento.

BILL .– ¿Qué ha ocurrido?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Recibimos una llamada de la patrulla del lago diciendo que habían encontrado el barco del señor Weston en un banco de arena. Teníamos pensado dragar esa zona del lago esta mañana. Pero acabamos de recibir otra llamada. Unos pescadores se lo han encontrado.

BILL .– ¿A estas horas de la noche?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Esa gente se levanta muy temprano.

BILL .– Se ahogó. Así es cómo murió. Se ahogó.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, señor.

BILL .– ¿Existe alguna posibilidad... la más mínima posibilidad de que no sea él?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– El cuerpo apareció muy cerca del barco. Estamos bastante seguros.

BARBARA se seca de repente los ojos, se deshace del brazo de JOHNNNA y se levanta.

BARBARA .– De acuerdo. Vale. ¿Qué debemos hacer ahora?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Necesito que algún familiar me acompañe para identificar el cadáver.

BILL .– ¿En la comisaría?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No, señor. Todavía está en el lago.

BARBARA .– Yo no voy a ser capaz de hacerlo.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Lo siento.

BILL .– Yo iré. Puedo ir yo.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Tiene que ser un familiar directo. Pero si va a ser Barbara la encargada, le sugiero que la acompañe.

BARBARA .– Bill, no puedo hacerlo.

BILL .– No tenemos elección, cariño.

JEAN .– Yo puedo ir. Soy una pariente directa.

BARBARA .– No, no, lo haré yo. Lo haré yo.

JOHNNNA sale en dirección a la cocina, enciende la luz y prepara una cafetera.

BILL .– Enseguida vamos con usted. Nos arreglamos en un minuto.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, señor. Barbara. *(Esta se gira hacia él)* Lo siento muchísimo. Es la parte más dura de mi trabajo. Y en este caso... se trata de una persona a la que conozco... solo quiero que sepas... que lo siento mucho.

Ella asiente.

BILL .– ¿Qué quieres que hagamos con tu madre?

BARBARA .– Yo... yo... a la mierda. *(Se ríe)* Iré. Voy a vestirme.

BILL .– Subo enseguida. Jean, ayuda a tu madre, ¿quieres?

BARBARA y JEAN se marchan por el descansillo del primer piso. BILL lleva al jefe de policía al despacho.

¿Se puede determinar de alguna forma si... quiero decir, si ha sido un accidente o un suicidio?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No hay forma de saberlo con seguridad.

BILL .– ¿Qué cree usted que sucedió? ¿Qué opina usted?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Suicidio. Yo diría suicidio. Pero la causa oficial de la muerte es que se ha ahogado. Eso es todo.

BILL .– Entiendo.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Debo advertirle algo. El cuerpo se ha pasado tres días enteros en el agua.

BILL .– Sí.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Creo que debería preparar a su mujer. Si puede.

BILL .– ¿Prepararla?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Contarle lo que le pasa a un cuerpo. Está muy hinchado. Y tiene un color horrible. Los peces se han comido los ojos.

BILL .– Santo Dios. ¿Cómo puede alguien tirarse al agua y negarse a nadar?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Hay que ir muy en serio.

BARBARA y JEAN entran de nuevo en el descansillo del primer piso y las luces se desplazan hacia allí. Jean se sienta en el banco de la ventana mientras BARBARA se pasa el cepillo por el pelo.

JEAN .– ¿Y la tía Ivy?

BARBARA .– Pasaremos por su casa a la vuelta y se lo contaremos. Dios mío, también tengo que llamar a Karen. ¿Para qué coño me estoy cepillando el pelo? *(Tira el cepillo. Se desploma en el banco de la ventana, junto a su hija)* Salí con ese chico. Con ese hombre.

JEAN .– ¿Qué hombre?

BARBARA .– Con el jefe de policía.

JEAN .– ¿De verdad?

BARBARA .– Sí, en el instituto. Fue mi pareja en el baile de graduación.

JEAN .– ¡Qué fuerte!

BARBARA .– Pobre. El día del baile, su padre se emborrachó y le robó el coche. A su propio hijo. Le robó el coche y se perdió. Creo que en algún lugar de México. Deon apareció en mi casa con un esmoquin horrible. Se notaba que había llorado. Me confesó que no tenía coche para llevarme al baile. Me dio tanta pena que le dije que podíamos ir andando. Cuatro kilómetros y medio. Se me rompió un tacón. Y nos pusimos perdidos de barro. Al final nos rendimos..., compramos unas cervezas y nos colamos en la iglesia. Pasamos toda la noche hablando y besándonos. Y ahora está aquí, para informarme de que... esto es surrealista. Gracias a Dios que no podemos adivinar el futuro. Si nos dijeran lo que iba a pasar, no nos levantaríamos nunca de la cama. *(Clava los ojos en su hija)* Escúchame bien. Muérete después que yo. ¿De acuerdo? Puedes hacer lo que quieras, ir donde quieras, destrozar tu vida. Pero... debes sobrevivir. Vive más que yo, por favor.

JEAN .– Haré todo lo que esté en mi mano.

Entra BILL.

BILL .– ¿Estás lista?

BARBARA .– Un momento.

La luz se traslada al despacho, donde espera el jefe de policía. VIOLET, que lleva un pijama de seda, baja las escaleras con paso vacilante y se dirige al despacho.

VIOLET .– Ezz una historia.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Hola, Violet.

VIOLET .– Barely ha vuelto.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Cómo dice?

VIOLET .– ¿Es vuelto Beber-ly a casa?

estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí
estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí
estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí estáis, y aquí
estáis...

Cae el telón.

ACTO SEGUNDO

Está claro que alguien ha aireado la casa, posiblemente JOHNNA. El ambiente apagado y grisáceo ha sido reemplazado por el claro fulgor de lo funcional.

Nota:

Alguien ha reorganizado el despacho. Las pilas de papeles están más ordenadas y los libros están en las estanterías. La mesa del comedor está puesta, con la vajilla de porcelana, velas y un centro floral. En una esquina del comedor hay una «mesa para niños» con dos cubiertos. La cocina está limpia y resulta acogedora; las humeantes cazuelas borbotean y huelen a col rizada y a berzas.

Al levantarse el telón:

Son las tres de una de esas tardes interminables típicas de Oklahoma. Acaban de enterrar a BEVERLY WESTON.

VIOLET, ahora relativamente sobria y con un vestido negro elegante y moderno, se encuentra en el despacho de BEVERLY con un frasco de pastillas en la mano.

En el resto de la casa: KAREN y BARBARA están en el comedor. JOHNNA en la cocina.

VIOLET .— Agosto... tu mes. Las langostas están furiosas. «El salmo veraniego se convierte en furia veraniega.» Claro que agosto se queda detrás de la puerta, ahí fuera. Aquí dentro... ¿quién sabe? Está bien... de acuerdo. «El carruaje ocupado solo por nosotras», dum-de-dum... mm, lo mejor que tengo... Emily Dickinson es todo lo que tengo... algo... todo. «Las cabezas de los caballos apuntaban hacia la eternidad.» *(Se toma una pastilla)* Esta por mí... una por mí. *(Coge el ejemplar de tapa dura del libro de su marido, Los pájaros, y lo abre por*

la página de la dedicatoria) «Se lo dedico a mi Violet.» Lo haré grabar en mármol. (Deja caer el libro sobre la mesa. Se toma una pastilla) Esta por las chicas. Dios las bendiga. Siento decirte que ellas son todo lo que puedo dedicarte. No tengo nada más. Nada. ¿Crees que voy a llorar por ti? ¿Crees que voy a representar ese papel? Se acabó el teatro. Tú lo decidiste. Tú respondes por ello. Yo no. Esta desgracia no es cosa mía.

Las luces pasan a iluminar el comedor. BARBARA y KAREN, con sus vestidos negros, están doblando las servilletas, cogiendo comida de una bandeja.

KAREN .— Ahora solo me preocupa el presente. Hoy, aquí y ahora. Me pasé la mayor parte de mi juventud pensando en el porvenir, ya sabes, ay, con quién me casaré, tal vez un abogado, tal vez un futbolista, será moreno, será guapo y ancho de espaldas. Me encerraba en la habitación de arriba. La almohada era mi marido y yo le preguntaba por la oficina, ¿qué tal el día?, y luego por la cena, ¿te ha gustado?, y por las vacaciones, ¿dónde piensas llevarme este invierno? Y él me sorprendía con unos billetes de avión para ir a Belice y nos besábamos... Quiero decir que besaba a la almohada, sí, me lo hacía con la almohada, y luego confesaba que había ido al médico y que estaba embarazada. Así contado suena patético, ya lo sé. Pero todo era muy inocente... Luego la vida real va por otro camino, se hace con el mando, siempre lo hace.

BARBARA .— Así es.

KAREN .—... y las cosas nunca son como tú las habías imaginado. Esa almohada fue mi mejor marido. Ningún hombre real ha estado a la altura de mis expectativas. Todos eran mucho menos interesantes que papá o Bill. Ya sabes que siempre te he envidiado. Yo no conseguí encontrar a nadie como Bill. Muchas veces me he acusado a mí misma: «La culpa es tuya. Eres incapaz de conseguir nada que merezca la pena. Te has engañado a ti misma pensando que eres mejor de lo que eres». No sé si te acuerdas de Andrew...

BARBARA .— Claro que me acuerdo.

KAREN .— Lo amaba con todas mis fuerzas. Cada vez que salía algo mal, me sentía responsable. Es culpa mía, debo cambiar de actitud. Si me engañaba o me llamaba hija de puta, no me atrevía ni a protestar. No, tú lo quieres, lo quieres para siempre, ahora mismo vas a pedir perdón y a cambiar tu forma de ser. Hasta que un buen día me miré al espejo y me dije: «Ya está bien, imbécil», y lo dejé. Pero no te creas que fue fácil. Empecé a dudar, a avergonzarme de mis propios recuerdos, a sentirme otra vez culpable. Que si he metido la pata, que dónde me equivoqué. Acabé muerta, incapaz de hacer nada. No puedes avanzar porque no puedes dejar de recordar. Y estuve años así, muerta, quiero decir, bueno, ya sabes... Años castigándome, odiándome a mí misma. Y entonces fue cuando empecé a leer todos esos libros y quise asistir a todos esos coloquios...

BARBARA .— Y te metiste en la cienciología, ¿no? O en algo parecido.

KAREN .— Sí, eso es, y al final olvidé todas las culpas, me liberé de todo. Simplemente me dije: «No, yo soy lo primero. Solo yo, aquí y ahora, con mi música y mi copa de vino y mi gato *Bloomers*, y no necesito nada más, puedo vivir sola mi vida». Y conseguí la licencia, me dediqué por entero a mi trabajo, vendí más casas que nadie, y entonces conocí a Steve. Ocurre así con los hombres, tan solo encuentras algo interesante cuando no lo buscas. Te das la vuelta de repente y está ahí. Claro que no tiene nada que ver con lo que una soñaba, las exigencias pierden importancia... Quiero decir que, cuando me lo montaba con la almohada, nunca imaginé que sería un Steve. Pero aquí está, ya sabes, un tipo que pertenece al club de campo y a la cámara de comercio, diez años mayor que yo, y muy bien aprovechados, alguien que ha visto mucho mundo. Además es un buen hombre. Bueno conmigo y bueno para mí.

BARBARA .— Me alegro mucho, Karen...

KAREN .— Le salen bien los negocios, y es porque tiene ideas muy buenas, y no le asusta ponerlas en marcha. Tú sabes, no le da miedo hacer cosas. Creo que a los hombres se les da mejor que a las mujeres lo de hacer cosas. ¿No crees? Hacer, lanzarse y hacer, bien o mal, ya veremos luego lo que ocurre. Y lo más importante para mí es que gracias a él ahora

solo pienso en el presente. Vivo el presente. Mi preocupación, mi vida, mi mundo, es el presente. Me importa un carajo el pasado, los errores que cometí, la forma en la que pensaba. No pienso caer otra vez en esa trampa. Y me he dado cuenta de que una no puede planificar el futuro. En cuanto lo haces, pasa algo, sabes, algo terrible...

BARBARA .– Sí, va tu padre y se ahoga.

KAREN .– ¡Exacto! ¡Exacto, eso es justamente lo que te estoy diciendo! Ocurre siempre algo inesperado. No hay remedio. Por eso hay que aceptar las cosas tal y como vienen, aquí y ahora. Hoy Steve tenía una cita muy importante con unos peces gordos del Gobierno, algo que llevaba planeando desde hace meses. Un buen negocio. Y en cuanto nos enteramos de lo de papá, llamó y canceló la reunión. Tiene muy claras sus prioridades. ¿Y sabes qué es lo más fuerte? *(Barbara espera)* ¿Sabes qué es lo más fuerte?

BARBARA .– ¿Qué es lo más fuerte?

KAREN .– Que vamos a ir a Belice de luna de miel.

Entra JOHNNA de la cocina. Trae una jarra con té helado.

BARBARA .– Lo siento. He tenido un sofoco.

KAREN .– Fíjate, yo no le había contado mi fantasía sobre Belice. Pero llegó y me sorprendió con dos billetes para después de la boda.

BARBARA .– *(Dirigiéndose a JOHNNA)* Dios, huele que alimenta. ¿Qué es?

JOHNNA .– Bueno... pollo asado, patatas fritas, un guiso de judías verdes... algo de verdura.

BARBARA .– ¿Ha traído Mattie Fae su guiso de judías verdes?

JOHNNA .– Vaya, no lo sé. Igual no debía haberlo preparado.

BARBARA .– No, te lo agradezco. El de Mattie Fae será incomedible.

JOHNNA se marcha.

KAREN .– Es lo que te decía, ¿no te parece increíble lo de Belice?

BARBARA .– Fantástico.

KAREN .– Ya sé que acabas de conocerle, ¿pero a qué te gusta? ¿Qué opinas de él?

BARBARA .– Tan solo hemos hablado un minuto, cuatro palabras.

KAREN .– ¿Pero qué impresión te ha dado? ¿Te has hecho una idea?

BARBARA .– Parece muy agradable, cariño...

KAREN .– Lo es, y...

BARBARA .– Pero lo que yo opine no tiene importancia. No soy yo la que se va a casar con él...

KAREN .– ¿Vendrás a la boda, verdad?

BARBARA .– Claro, ¿cuándo me has dicho que es?

KAREN .– El día de Año Nuevo. Sé que tú y Bill tenéis vacaciones. Por eso he escogido esa fecha. Para mí es muy importante que vengáis.

BARBARA .– ¿Dónde va a ser? ¿Sarasota?

KAREN .– En Miami. ¿No sabías que ahora vivo en Miami?

BARBARA .– Es verdad, sí lo sabía...

KAREN .– Es donde tiene los negocios Steve...

BARBARA .– Sí, sí.

KAREN .– Por fin soy feliz. Es lo que intento decirte. He sido muy desgraciada la mayor parte de mi vida..., de mi vida adulta. No creo que fueras consciente de eso. Sé que la vida nos ha llevado por caminos muy diferentes, a ti, a mí, a Ivy, y quizá no estemos tan unidas como... tan unidas como otras familias.

BARBARA .– Sí, tenemos que hablar las tres muy en serio, tenemos que pensar qué vamos a hacer con mamá...

KAREN .–... pero creo que una de las razones es que no quería que mi familia supiese lo infeliz que era mi vida. Pero ahora soy... bueno, soy de verdad feliz. Y me encantaría que nos conociéramos un poco mejor.

BARBARA .– Claro, claro. (*KAREN rodea a BARBARA con sus brazos*) De acuerdo. Vale. (*Se separan*) Dios santo, ¿pero a dónde han ido a comprar el vino?

KAREN .– Ves, así es él. Steve no conoce a nadie, pero se ha subido con Bill y Jean en el coche y se ha ido a comprar vino. ¡Como si fuera uno más de la familia!

(Las luces iluminan el rellano de la primera planta. Entra IVY seguida de VIOLET, que lleva en la mano un vestido y unos zapatos de tacón. Las sigue MATTIE FAE, examinando una caja de fotografías. Al igual que VIOLET, MATTIE FAE lleva un vestido negro. Ivy lleva un traje negro. Durante la escena siguiente, BARBARA y KAREN se van hacia la cocina)

IVY .– Es que no quiero.

VIOLET .– No te pasará nada por probártelo...

MATTIE FAE .– *(Refiriéndose a las fotografías)*: Mira, es preciosa, Vi...

IVY .– La verdad, todo esto me parece un poco morboso...

MATTIE FAE .– Mira esta, Ivy...

VIOLET .– ¿Qué tiene de morboso?

IVY .– No estoy preparada para ver estas fotografías justo ahora...

VIOLET .– Es un vestido precioso y muy moderno.

IVY .– A mí no me pega, mamá...

MATTIE FAE .– ¿Dónde estabais?

VIOLET .– A ti no te pega nada, ese es el problema...

MATTIE FAE .– Vi...

VIOLET .– *(Mirando la fotografía)* Nueva York. Es de la promoción del primer libro. Nueva York...

IVY .– Querrás decir que tu estilo no es el mío. Tengo mi propio estilo...

MATTIE FAE .– «Nueva York, 1964.»

VIOLET .– Cariño, te has puesto un traje para ir al funeral de tu padre. Una mujer no se pone un traje para ir a un funeral...

IVY .– Ya estamos... Mira que eres rara. Es un traje negro.

VIOLET .– Parecías la ayudante de un mago.

IVY .– Sabes lo que te digo...

MATTIE FAE .– Pichu nos ha comentado que igual se traslada a Nueva York.

IVY .– ¿Por qué tienes que...?

MATTIE FAE .– ¿Te imaginas a mi hijo en Nueva York?

VIOLET .– Pues no le desanimes ahora.

MATTIE FAE .– No duraría ni un segundo en esa ciudad. Lo destrozarían.

IVY .– ¿Por qué tienes que...?

MATTIE FAE .– A veces lo mataría yo misma.

IVY .– ¿Por qué tienes que insultarme?

VIOLET .– Deja de quejarte.

MATTIE FAE .– ¡Se ha quedado dormido! ¡Para el funeral de su tío! ¡Al mediodía!

IVY .– Habrá pasado algo, seguro que tiene un motivo.

MATTIE FAE .– No lo justifiques. Es lo que hace Charlie. Siempre lo ha hecho. «Vaya, se ha quedado dormido, ¡voy a la estación de autobuses a recogerlo!».

IVY .– Eres injusta con él.

MATTIE FAE .– Tiene treinta y siete años y no sabe conducir.

VIOLET .– Es un chico diferente. En eso te doy la razón.

MATTIE FAE .– ¡Todo el mundo sabe conducir!

IVY .– Creo que estás siendo muy...

MATTIE FAE .– ¡Si hasta los monos saben conducir!

VIOLET .– ¿Puedes quitarte ese traje barato y probarte el vestido, por favor?
Hazlo por mí.

IVY .– ¿Quién te ha dicho que es barato?

MATTIE FAE .– Mira, Vi. Esta puede servirnos.

VIOLET .– No, quiero ponerla en el aparador durante la comida. Una más grande. Tengo un marco que...

IVY .– Me ha costado un ojo de la cara. Es lo más caro que tengo.

VIOLET .– Qué importa lo que hayas pagado. Las armaduras también son muy caras, y nadie se pone una armadura en un funeral.

MATTIE FAE .– Vaya, esta es grande, pero salís los dos.

VIOLET .– ¿Por qué quieres deshacerte de tu ropa?

MATTIE FAE .– ¿Te da igual si salís los dos?

VIOLET .— Voy a deshacerme de toda esta mierda. Voy a mirarme al espejo...

IVY .— ¿Al espejo?

VIOLET .— Sí, para ver el horror que soy. Ya está bien de mentiras. Quiero cortar por lo sano.

MATTIE FAE .— Vi, ¿crees que esta?

VIOLET .— En serio, voy a deshacerme de todo. No pienso engañarme el resto de mi vida. Los recuerdos se van a ir a la basura. Quiero que toda la mierda del despacho desaparezca. Que desaparezca toda esta ropa que ya no puedo ponerme. Que todo desaparezca. Todo. Mira estos zapatos. *(Levanta los zapatos de tacón)* Maldita sea, ¿puedes imaginarme con ellos? Aunque no me cayese al suelo, ¿puedes imaginar algo más repugnante que mis tobillos hinchados y mis varices? Sí, las uñas, las uñas de mis pies. Puedo excavar con ellas.

MATTIE FAE muestra a VIOLET una fotografía.

MATTIE FAE .— ¿Es algo así lo que quieres?

VIOLET .— *(Coge la fotografía)* Mírame. *(Muestra la fotografía a Ivy)*
Mírame.

IVY .— Estás guapísima, mamá.

VIOLET .— Estaba guapísima. Ya no.

MATTIE FAE .— Venga...

IVY .— Sigues siendo guapa.

VIOLET .— No, conmigo puedes ahorrarte las mentiras piadosas. Las mujeres son guapas cuando son jóvenes. Luego dejan de serlo. Hay hombres que pueden conservar su atractivo sexual durante muchos años. Desde luego, no me refiero a los hombres que van en pantalón corto y con una riñonera en la cintura. Pero algunos hombres, si se lo proponen..., mantienen su virilidad a pesar de las arrugas y el hastío. Las mujeres, no. Simplemente envejecen, engordan y se arrugan.

MATTIE FAE .— ¡Qué tontería!

VIOLET .– ¿Por qué resulta sexy una chica joven? Piensa en la última vez que viste a una chica mona en un centro comercial. De las que todo el mundo dice «qué bien está», «cómo está de buena». ¿Qué es lo que tenía? La piel tirante, las tetas firmes y el culo por encima de las rodillas...

MATTIE FAE .– Gracias, pero yo sigo siendo muy sexy.

VIOLET .– Mira, Mattie Fae, eres menos sexy que una caja de cartón mojado. Igual que yo. No te engañes. ¿Por qué no podemos dejar de engañarnos? ¿No crees que saldríamos ganando, si dejásemos de mentirnos sobre estas cosas? Es mejor aceptar la verdad. Las mujeres mayores no son atractivas. Yo puedo vivir con eso. ¿Y tú?

MATTIE FAE .– Puedo vivir con lo que me de la gana, pero no estoy de acuerdo. ¿Qué me dices de Sofía Loren? ¿Y de Lena Horne? Tenía ochenta años y seguía siendo sexy.

VIOLET .– La tierra es redonda. Vamos a aceptarlo. Y ahora pruébate el vestido.

IVY .– Lo siento, pero no pienso hacerlo.

VIOLET .– Ivy.

IVY .– De acuerdo. ¿Qué importa? El calor que hace aquí nos vuelve imbéciles a todos.

VIOLET .– A unos más que a otros. Escúchame. No sabes atraer a los hombres. Yo sí. Es algo que siempre he...

IVY .– ¡Es un funeral! Acabamos de enterrar a mi padre. No pretendo atraer...

VIOLET .– No me refiero a hoy, no te hagas la tonta. Es algo que puedes ponerte en otra...

IVY .– Ya tengo novio. ¿Estás tranquila? Ya tengo novio.

MATTIE FAE dirige su atención a Ivy.

VIOLET .– Dijiste... Me dijiste que no andabas buscando a un hombre...

IVY .– Te lo dije, porque ya tengo uno. ¿Vale? Ahora podéis dejar de meteros en mi vida.

VIOLET .– No, no pienso dejar de meterme en tu vida.

MATTIE FAE .– Tienes razón, vamos a seguir metiéndonos...

IVY .– Ojalá pudierais ver la pinta de lunáticas que tenéis.

VIOLET .– ¿Quién es?

IVY .– Nadie, olvídalo...

VIOLET .– ¿Pero estás tonta? No, ni hablar, quiero saber con quién...

IVY .– No pienso decir ni una palabra.

MATTIE FAE .– Ivy, por favor, dínoslo...

IVY .– No.

MATTIE FAE .– ¿Es alguien del instituto?

VIOLET .– Espero que no hayas vuelto con Barry el perdedor.

IVY .– No, no es Barry.

VIOLET .– Gracias a Dios.

MATTIE FAE .– Dinos algo, cuántos años tiene, a qué se dedica...

VIOLET .– Vamos a dejarlo. No pienso deciros nada a ninguna de las dos.

MATTIE FAE .– ¡Tienes que contarnos algo!

IVY .– No, no tengo por qué.

VIOLET .– Ivy, ¿estás enamorada?

IVY .– (*Aturdida*): Yo... yo no... yo...

IVY suelta una carcajada embarazosa y se marcha por el descansillo de la primera planta. VIOLET y MATTIE FAE se quejan y salen tras ella.

Las luces iluminan el porche de delante justo cuando JEAN entra a la carrera. Va corriendo hasta la televisión, la enciende, sintoniza un canal y se sienta excesivamente cerca. BILL y STEVE HEIDEBRECHT la siguen, vestidos con trajes negros y cargados con bolsas del supermercado.

STEVE .– No, se trata de mantener las cuentas en paraísos fiscales hasta que reciben la aprobación.

BILL .– ¿Para ganar tiempo?

STEVE .– Hasta la aprobación. Hay mucho papeleo, mucha burocracia. No sé si sabes algo sobre la política de Florida...

BILL .– Solo lo que leo y eso es...

STEVE .– Vale, vale. Esa clase de negocio exige...

BILL .– Perdona, ¿qué negocio dijiste que era?

STEVE .– Pues ya sabes, sobre todo trabajos de seguridad. La situación de Oriente Medio es todavía muy peligrosa. Hay una cantidad tremenda de dinero en juego...

BILL .– Trabajos de seguridad. ¿Quieres decir... mercenarios?

Entra BARBARA procedente de la cocina.

BARBARA .– Dame. El vino. (*BARBARA saca una botella de vino de la bolsa que lleva BILL*).

STEVE .– Bueno, yo prefiero considerarlos misioneros en lugar de mercenarios.

BARBARA .– (*A JEAN, refiriéndose a la televisión*) ¿Por eso tenías tanta prisa en llegar a casa?

JEAN .– Sí.

BARBARA .– ¿Qué demonios hay en la tele tan importante como para que no puedas...?

JEAN .– *El fantasma de la ópera*. 1925. Lon Chaney.

BILL .– Qué guay.

BARBARA .– Por Dios, Jean, puedes conseguirla en cualquier videoclub.

JEAN .– No, es que han restaurado el color de mi escena favorita.

BILL .– ¿En serio? La de... ¿cómo se llamaba?, cielo, ¿«El baile de las máscaras»?

JEAN .– Eso es.

BARBARA .– Ahora lo comprendo todo. Vamos a ver. Cuando te he dicho que fueras a la tienda con tu padre, te has puesto histérica. Eh, mírame. Y casi te dio un síncope cuando te enteraste de la hora del funeral de tu

abuelo. ¿Era por eso? ¿El problema es que querías llegar a tiempo para ver *El fantasma de la ópera*? ¿Es que te importa todo una mierda?

JEAN .- ¿Te molesta que vea una película?

BARBARA la fulmina con la mirada y se marcha. BILL recoge las bolsas y se va con ella a la cocina.

STEVE .- ¿Así que eres cinéfila?

JEAN .- Sí.

STEVE .- Bien, eso me gusta. Yo también. ¿La has visto alguna vez?

JEAN .- Claro.

STEVE .- Es muy buena. ¿Sabías que Chaney se encargaba de su propio maquillaje?

JEAN .- Sí, lo sabía.

STEVE .- Por lo visto resultaba muy doloroso. Tenía que deformarse. Se colocaba sedales en los orificios de la nariz, y tiraba hacia arriba...

JEAN .- Sí, lo sé.

STEVE .- ¿Has visto alguna de las versiones nuevas? Son bastante malas.

JEAN .- He visto la versión en la que sale Claude Rains.

STEVE .- Sí, muy mala, ¿no? El fantasma maricón. Todo un escándalo.

JEAN .- No lo recuerdo bien, era muy pequeña.

STEVE .- Claro. (*STEVE se sienta en el sillón. Miran la película durante unos instantes*) Ya no eres tan pequeña, supongo.

JEAN .- ¿Qué?

STEVE .- Digo que ya no eres una niña.

JEAN .- No, ya no.

STEVE .- ¿Cuántos años tienes? ¿Diecisiete?

JEAN .- Quince.

STEVE .- Bueno. Quince. Ya no eres una niña. (*Miran la televisión*) Ya no eres una niña. (*Cambiando de repente de conversación*) ¿Sabes lo que hacía yo a tu edad?

JEAN .- ¿Qué?

STEVE .– Tratamiento de ganado. ¿Sabes qué es?

JEAN .– No suena demasiado bien.

STEVE .– Matadero. Higiene. Higiene de matadero.

JEAN .– Parece repugnante.

STEVE .– Pero me daba para comer. (*STEVE olfatea el aire*) Vaya, vaya.
Espera. ¿A qué huele?

JEAN .– A comida. Viene de la cocina.

STEVE .– No, es otra cosa. A ver...

Sigue olfateando el aire; sigue el supuesto olor hasta que se encuentra en el suelo, inclinado sobre JEAN. La olfatea a ella.

JEAN .– ¿Qué estás haciendo?

STEVE .– ¡Guau! ¿Estoy oliendo lo que creo que estoy oliendo?

JEAN .– ¿Qué estás oliendo?

STEVE .– ¿Qué crees que huelo?

JEAN .– Creo que hueles la comida de la cocina.

STEVE .– No. Prueba otra vez. (*Aspira fuerte, sorbiendo el olor de JEAN*).

JEAN .– ¿Qué estás...?

STEVE .– ¿Es... marihuana?

JEAN .– No lo sé. (*Ella se huele la manga*).

STEVE .– ¿Fumas marihuana?

JEAN .– No.

STEVE .– A mí puedes contármelo.

JEAN .– No.

STEVE .– ¿Me lo parece a mí, o hace mucho calor aquí?

JEAN .– Hace calor.

STEVE .– ¿Tienes calor?

JEAN .– Sí...

STEVE .– ¿Cuánto calor tienes?

JEAN .– Mucho calor.

STEVE .– Mucho calor.

JEAN .– Sí.

STEVE .– Sí... y eres una pequeña fumeta. (*JEAN guarda silencio*) Pues estás de suerte. Porque resulta que tengo un poco de mierda realmente cojonuda. Porque resulta que tengo algunos contactos realmente buenos. Y porque te voy a poner en onda.

JEAN .– Sería fantástico. Me he fumado la última pipa y necesito que me hagan flipar de verdad.

STEVE .– ¿Que qué?

JEAN .– Necesito que me hagan flipar de verdad.

STEVE .– ¿Qué es lo que necesitas?

JEAN .– Que me hagan flipar.

STEVE .– ¿Cómo? ¿Necesitas...?

Ella resopla sonriendo y lo aparta de un empujón.

JEAN .– Tú eres un bicho.

STEVE .– Solo estoy tonteando contigo. (*Entra KAREN procedente de la cocina y ve a STEVE en el suelo inclinado con JEAN*) Hola, cariño.

KAREN .– ¿Qué estás haciendo?

STEVE .– El tonto con tu sobrina.

KAREN .– Vamos a comer ya.

STEVE .– Qué bien, estoy muerto de hambre.

KAREN .– ¿Te has acordado de comprar tabaco?

STEVE .– Ya está. (*Dirigiéndose a JEAN*) ¿A que te acabo de decir que estaba seguro de que se me había olvidado algo? Lo siento. Sabía que había olvidado algo...

KAREN .– Se lo pediré a mamá.

JEAN .– Yo tengo tabaco.

KAREN .– ¿Tienes tabaco?

JEAN .– Camel Light.

STEVE .– Fuma la misma marca que nosotros.

KAREN .– Jean, cariño, eres muy joven para fumar.

STEVE .– *(Con falsa severidad)* Sí, demasiado joven...

KAREN .– *(Golpeándole en broma)* Oye, tú, no la animes...

STEVE .– Venga, que ya no es una niña...

KAREN .– ¿Puedes darme un par de cigarros?

JEAN .– Por supuesto. *(JEAN saca un paquete de tabaco del bolso).*

STEVE .– Oye, no la animes...

KAREN .– Cállate. *(Coge los cigarros)* Gracias, guapa. Y deja de fumar.
(JEAN vuelve a mirar la televisión. KAREN se arrima a STEVE y le habla como si fuera una niña pequeña) Hola, tonto. *(STEVE la abraza. Se besan. Él mueve las manos y le pellizca el culo. Ella deja escapar una risita tonta y luego se separa)* Ven al patio de atrás, quiero enseñarte nuestro refugio.

Ella sale delante. Él la sigue pero se detiene...

STEVE .– *(Dirigiéndose en voz baja a JEAN)* Luego te pongo en onda. *(Le acaricia la cara con la mano. Se marcha).*

Las luces iluminan el porche delantero, al que llegan CHARLIE y PICHU.

PICHU .– Lo siento, papá.

CHARLIE .– Deja de disculparte, no es para tanto. Y espera un momento.
Péinate. *(Le da un peine).*

PICHU .– Mamá estará furiosa conmigo.

CHARLIE .– No te preocupes por ella.

PICHU .– ¿Qué dijo?

CHARLIE .– Ya conoces a tu madre. No sabe lo que dice.

PICHU .– Puse el despertador. De verdad.

CHARLIE .– Ya me lo has dicho.

PICHU .– Quería estar aquí.

CHARLIE .– Pues ya estás aquí.

PICHU .— Quería mucho al tío Bev, lo sabes...

CHARLIE .— Deja de disculparte.

PICHU .— Se habrá ido la luz. Cuando me desperté, el reloj estaba parpadeando. Eso es que se ha ido la luz, ¿verdad?

CHARLIE .— No pasa nada.

PICHU .— ¡He faltado a su funeral!

CHARLIE .— No es más que una ceremonia. Un rito. Lo importante es lo que uno siente.

PICHU .— Seguro que he decepcionado al tío Bev.

CHARLIE .— Por desgracia, tu tío Bev tiene cosas más importantes en las que pensar. No está para perder el tiempo en rencores. Y, además, nunca fue rencoroso. *(PICHU empieza a sollozar)* Vamos, hijo. No pasa nada, nada.

PICHU .— Sí pasa. Ya sé como son estas cosas. Sé la fama que tengo, y cuando ocurre algo así... es por la gente...

CHARLIE .— Bueno...

PICHU .—... no he llegado al funeral del tío Bev, y sé lo que piensan de mí...

CHARLIE .— ¿Quién, quién piensa de ti? ¿Qué piensan de ti?

PICHU .— Todos ellos. Sé lo que dicen.

CHARLIE .— Nadie dice nada sobre ti...

PICHU .— Sé cómo son. Y esta vez no faltan motivos. Siento haberte fallado, papá.

CHARLIE .— No me has fallado. Tú nunca me fallas. Escúchame... Te equivocas, todo el mundo te quiere. Lo único que pasa es que algunos no son capaces de ver lo que yo veo: un hombre delicado, muy cariñoso, con muchas cosas que ofrecer. Ahora coge esto... *(Le da un pañuelo)* Dame el peine. Ponte derecho. Mírales a los ojos. Y no seas tan duro contigo mismo.

PICHU .— Te quiero, papá.

CHARLIE .— Y yo a ti, hijo.

CHARLIE le da una palmada en la espalda a PICHU mientras entran en la sala de estar.

Las luces iluminan el comedor; BARBARA y BILL entran en el comedor procedentes de la cocina. JOHNNA de vez en cuando les interrumpe, ya que va de la cocina al comedor y del comedor a la cocina, llevando comida a la mesa.

BILL .– No la pagues con Jean. No entiende nada de lo que pasa. ¿Crees que tiene la más mínima idea de...?

BARBARA .– El fantasma de la ópera...

BILL .– ¿Es que no te acuerdas de cuando tenías catorce años?

BARBARA .– Tiene edad suficiente como para mostrar un poco de carácter. Pero supongo que eso se aprende de los padres.

BILL .– ¡Socorro! Te estás acostumbrando a la artillería pesada. Eso es porque te faltan argumentos.

BARBARA .– ¿Seguro? Nuestra responsabilidad como padres es educar, formar a nuestra hija.

BILL .– Eso lo he entendido.

BARBARA .– Y últimamente no te has comportado como un padre, de modo que no podemos pretender...

BILL .– Que tú y yo nos estemos peleando no significa que yo sea menos...

BARBARA .– No significa, no significa... ¿Tú qué sabes? Quizás ella, a sus catorce años, lo vea de otro modo, quizá lo considere un «abandono»...

BILL .– Vamos...

BARBARA .– Quizá ella piense que su padre está «ausente», o quizá que no está «presente», o quizá incluso que es «un hijo de puta».

BILL .– Jean es un poco más inteligente que todo eso, ¿no crees?

BARBARA .– Sí, muy inteligente, la no sé qué maldita escena de *El fantasma de la ópera*... Ya sé que a ti eso te la pone dura...

BILL .– Barbara, por favor...

BARBARA .– Una mierda...

BILL .– No la estoy defendiendo.

BARBARA .– *(Levantando la voz)* No le echo la culpa a ella, porque no se puede esperar nada de ella si su padre es un egoísta hijo de puta.

BILL .- (*Levantando la voz*) Estoy de tu parte. ¿Por qué discutimos si estoy de tu parte? Barbara... Barbara, ¡cálmate!

BARBARA .- ¡Pues sé un padre! ¡Ayúdame!

BILL .- ¡Coño! Ya está bien, soy su padre.

BARBARA .- ¡Un padre *in absentia*, solo de nombre!

BILL .- ¡No he *olvidado* mis responsabilidades!

BARBARA .- ¡Se dice *olvidado*, señor perfecto!

BILL .- ¡Ya sé que se dice olvidado!

BARBARA .- ¡Pues *olvítame* tú y la madre que te parió!

BILL .- No hay manera, esas son tus reglas. Primero vamos a hablar, es conveniente hablar, y enseguida a insultarnos como bestias. Hay que someterse a tu capricho...

BARBARA .- Eso quedó claro desde el principio. Tú eras la parte sensata del matrimonio y yo una histérica peligrosa.

BILL .- No es justo.

BARBARA .- ¡Estoy harta de ser justa! ¡Ya he visto de qué me sirve! ¡Estoy harta de oír que las mujeres debemos aguantar y controlarnos! Tú eres el que tienes que madurar. Madura de una vez. Porque mientras vives tu quinta pubertad, el mundo se está desmoronando, yo no puedo sostenerlo y tu hija es la primera víctima.

BILL .- Lo único que necesita nuestra hija es comprender lo que pasa en esta casa de locos. Tú la has traído a aquí.

BARBARA .- Esta casa de locos es mi casa.

BILL .- Piensa en lo que acabas de decir. ¿Quieres? Aunque sea unos segundos.

BARBARA .- Jean está aquí, conmigo, porque se trata de un acontecimiento familiar.

BILL .- Está aquí contigo porque es un parachoques, una barrera que has puesto ante la locura peligrosa de tu madre.

BARBARA .- Para que fuese creíble ese diagnóstico deberías conservar un poco de credibilidad.

BILL .- No puedes evitarlo, ¿verdad?

BARBARA .– Eres un blanco demasiado fácil.

BILL .– La que se sacrifica por los demás, la buena madre, la santa esposa...

BARBARA .– Es lo que hay. Cuando empezaste a cepillarte a Pippi Calzaslargas, ya sospechabas que ibas a tragar con un poquito de mi santurronería y mi indignación particular. ¿O no?

BILL .– Quizás por eso me largué.

BARBARA .– Llega el momento de la confesión, por fin lo dices todo...

BILL .– Deberías ser más sincera contigo misma. Resulta imposible vivir con alguien tan dura y tan débil a la vez. Eres una mujer maravillosa, divertida, decente, y te quiero, pero no hay quien te aguante.

Las luces iluminan toda la casa:

BILL sale al porche para recuperarse.

KAREN y STEVE vuelven a entrar y se encuentran con BARBARA en la salita.

MATTIE FAE baja por la escalera y se dirige a la sala de estar, donde JEAN, CHARLIE y PICHU están viendo la televisión.

VIOLET e IVY vuelven a entrar en el descansillo de la primera planta.

JOHNNNA .– Ya está la cena.

STEVE .– Te lo dije. Siempre que enciendo un cigarro, me avisan para comer.

KAREN .– (*Dirigiéndose a BARBARA*) ¿Cuándo fue la última vez que alguien cortó el césped del jardín?

BARBARA .– No sé.

KAREN .– Quería enseñarle a Steve nuestro refugio. Pero no está. ¿Sabes qué pasó?

BARBARA .– No, no lo sé...

STEVE .– Barb, ¿pensarás que soy un grosero si me quito la americana?

KAREN .– ¿Estás bien?

BARBARA .– Sí, estoy bien.

STEVE .– Barbara, ¿puedo...?

BARBARA .– Sí, claro.

KAREN .– Pobre... Lo has pasado muy mal, ¿verdad?

STEVE .– Habrá sido un horror para ti.

KAREN .– Así es la vida. Sé lo que pasa en estos casos. Una piensa «seré incapaz de tragar un solo bocado». Pero luego te sirves un plato de comida caliente y de repente te mueres de hambre.

Una pausa. BARBARA parece darse cuenta por fin de dónde está.

BARBARA .– Tienes razón. ¡A comer!

STEVE .– ¡A comer!

Se desplazan desde la cocina hasta el comedor.

MATTIE FAE .– Pero bueno, mira quién está aquí. Siento haberte despertado esta mañana, cariño.

PICHU .– Mamá, lo siento muchísimo...

MATTIE FAE .– Estoy segura de que...

CHARLIE .– Ahora está aquí y eso es lo que importa.

MATTIE FAE .– No, eso no es lo que importa.

PICHU .– Debió de irse la luz, porque el despertador estaba...

MATTIE FAE .– Otra vez no, Pichu, no me cuentes el mismo rollo.

CHARLIE .– Cielo, el chico solo intenta explicarse...

MATTIE FAE .– Deja de de hablar por él, tiene treinta y siete años...

CHARLIE .– Por favor, no discutamos ahora.

MATTIE FAE .– No estoy discutiendo.

PICHU .– Ya sé que te he fallado, mamá...

MATTIE FAE .– ¡Qué novedad!

CHARLIE .– Contrólate, hay cosas más graves...

MATTIE FAE .– No pienso seguir hablando de este asunto. Tengo ganas de comer. ¿Has traído mi guiso?

CHARLIE .– No, ahora voy a por él.

MATTIE FAE .– ¿Has dejado el guiso recalentándose dentro del coche?

CHARLIE .– Voy a por él, voy a por él.

PICHU .– Ya voy yo.

PICHU sale de casa.

IVY .– En serio, no cuentes nada...

VIOLET .– No sabía que fuese un secreto.

IVY .– Pues ya lo sabes.

VIOLET .– ¿Por qué te pones así? Estás saliendo con alguien, eso es maravilloso...

IVY .– No te atrevas...

VIOLET .– Lo normal sería que te apeteciese contarlo, darle a toda la familia una noticia buena..., en un día como hoy...

IVY .– No es asunto vuestro.

VIOLET .– Solo quieren lo mejor para ti.

IVY .– No es asunto vuestro. Por favor no lo cuentes.

VIOLET .– No pienso hacerte caso.

IVY .– ¿Y por qué no? ¿Te cuesta tanto trabajo?

VIOLET .– Ni siquiera has querido probarte mi vestido.

IVY .– ¡No pienso negociar contigo!

VIOLET .– Hija mía, qué melodramática eres...

IVY .– Estás insoportable. Me bajo a comer.

VIOLET .– (*Sarcástica*) No sé por qué estoy así, con el día tan bueno que he tenido. Insoportable, estoy insoportable, y sin motivos...

IVY .– Mamá, todos hemos tenido un día duro.

IVY baja las escaleras y entra en la sala de estar justo cuando MATTIE FAE y CHARLIE se reúnen en el comedor con BARBARA, KAREN, STEVE y

JOHNNA. Poco a poco empiezan a sentarse. BILL entra de nuevo procedente del porche y se dirige a la sala de estar.

KAREN .– Tiene muy buen aspecto. (*Dirigiéndose a JOHNNA*) ¿Lo has hecho todo tú?

MATTIE FAE .– ¡Qué mesa tan impresionante!

JOHNNA .– Sí.

BARBARA .– Lo ha hecho todo ella sola.

STEVE .– El pollo tiene un aspecto delicioso.

MATTIE FAE .– ¿Hay sillas para todos?

BARBARA .– Creo que sí...

CHARLIE .– ¿Dónde quieres sentarte?

MATTIE FAE .– Aquí está bien, aquí mismo.

KAREN .– Siéntate a mi lado, cariño.

STEVE .– Vale.

BARBARA .– ¿A quién le toca sentarse con Jean en la mesa de los niños?

MATTIE FAE .– Que se siente Pichu.

CHARLIE .– ¿Lo dices en serio?

KAREN .– Nooo, vamos a ver...

MATTIE FAE .– ¿Y quién si no? ¿Quieres sentarte tú?

CHARLIE .– Pensaré que intentas castigarlo.

JOHNNA .– Me siento yo, no pasa nada.

MATTIE FAE .– ¿Después de todo lo que has hecho para preparar esta comida fabulosa...?

JOHNNA .– No me importa.

BILL .– Jean, vamos a comer.

JEAN .– Supongo que no puedo comer aquí.

BILL .– Supones bien.

IVY .– ¿Está Pichu por aquí?

BILL .– Sí, creo que sí.

JEAN .– De todos modos me vais a poner en la mesa de los niños.

BILL .– No estoy de humor para otro problema, ¿me oyes?

IVY .– ¿Lo habéis visto?

BILL .– Creo que ha salido a buscar algo... (*IVY sale al porche de delante. JEAN se dirige dando fuertes pisotones hacia el comedor. BILL la detiene*) Por favor, no me montes un número.

JEAN .– Yo no.

BILL .– Sabes que tu madre te necesita en plena forma.

JEAN .– No es mamá la que me está molestando ahora.

BILL .– Déjalo. Lávate las manos.

JEAN .– ¿Que me lave las manos? No voy a entrar en un quirófano.

JEAN y BILL entran en el comedor. Mientras los familiares siguen instalándose para la comida, las luces pasan a iluminar el porche delantero. PICHU regresa con el guiso de MATTIE FAE. IVY le saluda.

IVY .– Hola.

PICHU .– Hola.

IVY .– ¿Estás bien?

PICHU .– La verdad es que no.

IVY .– Tu madre nos contó que te quedaste dormido.

PICHU .– No lo sé. No sé si me quedé dormido sin querer o si fue a propósito. Esto me daba mucho miedo. Lo siento.

IVY .– Por favor...

PICHU .– Sé que este ha sido uno de los peores días de tu vida y siento no haberme portado como...

IVY .– No sigas. Oye, entre nosotros no tenemos que disimular. (*Ella lo abraza, lo besa...*)

PICHU .– Ten cuidado. Quedamos en ser prudentes.

IVY .– Me han pillado.

PICHU .– ¿Qué?

IVY .– No a nosotros, no. Solo a mí. Les dije que salía con alguien. No les he dicho con quién. Es mejor que lo sepas, por si hacen preguntas...

PICHU .– Está bien... yo le conté a mamá lo de Nueva York. Solo le dije, ya sabes, que estaba considerando la idea de irme a vivir a allí.

IVY .– Me lo ha dicho.

PICHU .– Parece que está de acuerdo. ¿A que sí?

IVY .– Creo que lo estamos haciendo bien. Es mejor contárselo poco a poco.

(Él la mira fijamente) ¿Qué? *(Él la mira fijamente y sonríe)* Charles...

PICHU .– Te adoro.

Las luces vuelven a iluminar el comedor. Sentados alrededor de la mesa: BARBARA, BILL, MATTIE FAE, CHARLIE, KAREN y STEVE. JEAN y JOHNNA están sentadas en la mesa de los niños. Todos los hombres se han quitado la americana.

MATTIE FAE .– La comida se va a enfriar.

BARBARA .– *(Gritando)* ¡Mamá! Vamos a comer.

CHARLIE .– ¿Me pasas el guiso, por favor?

MATTIE FAE .– Mi guiso está a punto de llegar.

CHARLIE .– También comeré del tuyo...

BILL .– ¿Alguien quiere un poco de vino?

KAREN .– Yo, por favor.

STEVE .– Sí, ponme un poco.

Entra PICHU con el guiso de MATTIE FAE.

MATTIE FAE .– Aquí está. Yo quería ponerte en la mesa de los niños, pero no me han dejado.

PICHU .– No habría pasado nada. ¿Dónde dejo esto?

MATTIE FAE .– ¿Donde quieras?

Improvisan saludos, abrazos, apretones de manos, KAREN le presenta a STEVE, etcétera. IVY entra sin ser vista y se sienta.

A PICHU se le cae el guiso de MATTIE FAE. Aterriza en el suelo del comedor con gran estruendo. Todos hablan a la vez.

PICHU .- ¡Dios mío!

BILL .- ¡Lo que faltaba!

MATTIE FAE .- ¡Estaba segura!

BARBARA .- ¡Qué lástima...!

PICHU .- Dios mío, no, no...

STEVE .- Vaya.

MATTIE FAE .- Eres un cretino.

KAREN .- Igual puede salvarse algo.

JOHNNA se va a la cocina a por un trapo húmedo, papel, etcétera.

MATTIE FAE .- No conozco a nadie tan torpe.

PICHU .- Mamá, lo siento...

CHARLIE .- Tampoco es tan grave. Un accidente sin heridos.

PICHU ayuda a JOHNNA a limpiar el desastre.

MATTIE FAE .- ¿Y yo qué? A mí sí me ha herido.

CHARLIE .- No estás herida.

PICHU .- Mamá, por Dios, lo siento...

IVY .- Ha sido un accidente.

MATTIE FAE .- ¡Era mi guiso!

CHARLIE .- Déjalo ya, Mattie Fae.

STEVE .- Si no se rompe algo, no hay fiesta.

CHARLIE .- Jean, no has comido pollo.

BARBARA .- No, es que ella...

JEAN .- No como carne.

CHARLIE .- ¿No comes carne?

STEVE .– Mejor para ti.

CHARLIE .– «No come carne». Bueno. ¿Quién quiere pollo? Toma, Pichu, coge un poco de pollo.

MATTIE FAE .– Pónselo tú en el plato, no sea que acabe incendiando la casa.

CHARLIE .– Ya está bien, Mattie Fae.

VIOLET entra con la fotografía enmarcada de ella y BEVERLY...

VIOLET .– Barb... ¿te importaría poner esto en...?

BARBARA .– Claro...

BARBARA coge la fotografía y la coloca en el aparador.

MATTIE FAE .– Qué bonita.

KAREN .– Entrañable.

STEVE .– Muy bonita, sí.

IVY .– La mesa está preciosa.

BARBARA .– Johnna se ha encargado de todo.

JEAN .– Sí, Johnna...

VIOLET .– Señores, ¿están cómodos? Veo que se han quedado en mangas de camisa. Creía que esto era un funeral y no una pelea de gallos.

Se produce una situación embarazosa. Los hombres vuelven a ponerse la americana, muy violentos. VIOLET habla mientras se sientan.

Creo que alguien debería bendecir la mesa. (*Se miran unos a otros*)
¿Barbara? ¿Podrías tú...?

BARBARA .– No, creo que no.

VIOLET .– Vamos, no es tan...

BARBARA .– Debería bendecir la mesa el tío Charlie. Ahora es el patriarca de la familia.

CHARLIE .– ¿Lo soy? Bueno, supongo que sí.

VIOLET .– A falta de otro.

CHARLIE .– De acuerdo. (*Carraspea*) Señor... (*Todos bajan la cabeza y juntan las manos*)... te pedimos que ayudes a esta familia a superar este doloroso acontecimiento... que bendigas a esta buena mujer y tengas misericordia de, de... ella.

Suena un teléfono móvil, con la música de Falcon Crest. STEVE mete rápidamente las manos en los bolsillos, encuentra el móvil y comprueba de quién es la llamada.

STEVE .– Lo siento, tengo que contestar. (*Sale rápidamente para hablar por el móvil*).

CHARLIE .– Te pedimos que protejas a Beverly en su... en su... en su viaje. Te damos las gracias, Señor, porque podemos reunirnos, aquí, en su casa, para recordar a este buen hombre, con su hermosa familia, sus tres hermosas hijas. Nos sentimos dichosos con nuestra amistad, nuestra camaradería, nuestra... amistad. Te damos las gracias, Señor, por los alimentos que vamos a tomar. Te pedimos que nos ayudes... a mejorar... a mejorar. A ser mejores. A ser mejores personas. (*STEVE regresa y cierra el móvil con un golpe seco*) Reconocemos ahora, más que nunca, la fuerza, la importancia de la familia. Y te pedimos que bendigas y protejas a esta familia. Amén.

MATTIE FAE .– Amén.

STEVE .– Amén. Lo siento, familia.

BILL .– Vamos a comer.

Todos empiezan a comer.

VIOLET .– Barbara, ¿te vendría bien ese aparador?

BARBARA .– ¿Cómo?

VIOLET .– Que si tienes dónde poner ese aparador.

BARBARA .– ¿Ese? Bueno... no. ¿Por qué?

VIOLET .– Voy a deshacerme de muchos trastos viejos y pensé que quizá te gustaría llevarte un recuerdo.

BARBARA .– No, mamá, yo... yo no sé cómo iba a llevármelo hasta Boulder.

KAREN .– Es realmente bonito.

VIOLET .– Quizá se lo lleve Ivy.

IVY .– No, ya tengo uno parecido, ¿te acuerdas de...?

BARBARA .– ¿De qué cosas vas a deshacerte?

VIOLET .– De todo, voy a tirar todos estos trastos. Quiero comprarlo todo nuevo.

BARBARA .– Perdona, creo que no estoy preparada para hablar ahora de cómo vas a deshacer la casa.

VIOLET .– Te comprendo, hija. Lo que tú quieras.

STEVE .– Esta comida está deliciosa.

KAREN .– Está buenísima.

PICHU .– Sí, buenísima.

IVY .– ¿Te gusta la comida, mamá?

VIOLET .– Ya te lo diré cuando la pruebe...

BARBARA .– Todo lo ha preparado Johnna. Ella sola.

VIOLET .– ¡Qué bien! Para eso se le paga. (*Permanecen callados unos segundos*) ¿Todos sabéis que le pago, no?

CHARLIE .– Jean, una cosa, cuando dices que no comes carne...

JEAN .– ¿Sí?

CHARLIE .– ¿... te refieres a cualquier tipo de carne?

JEAN .– Exacto.

BARBARA .– No, ella, bueno...

CHARLIE .– ¿Y es por razones de salud o por...?

JEAN .– Cuando comes carne, ingieres el miedo del animal.

VIOLET .– Que ingieres, ¿qué? ¿El pelo?

JEAN .– No, el miedo.

VIOLET .– (*Dejando escapar una risita*) Creí que habías dicho... Claro, si no se limpia bien...

CHARLIE .– Su miedo. ¿Y eso cómo es? El miedo no puede comerse.

JEAN .– Claro que sí. Piensa en lo que te ocurre cuando tienes miedo. Tu cuerpo produce toda clase de reacciones químicas.

CHARLIE .– ¿De verdad?

PICHU .– Así es.

IVY .– Sí.

PICHU .– Adrenalina, y... y...

JEAN .– Cuando tienes miedo, tu cuerpo experimenta un proceso químico...

PICHU .– Sí, y cortisol...

JEAN .–... especialmente cuando se trata de un miedo atroz, cuando sudas y el corazón se pone a mil por hora...

PICHU .–... ya lo creo...

CHARLIE .– De acuerdo, sí.

JEAN .– ¿Crees que los animales experimentan miedo?

STEVE .– Seguro que sí.

JEAN .– Pues cuando te comes a un animal, te estás comiendo su miedo. Todo el que sintió cuando lo sacrificaron para convertirlo en alimento.

CHARLIE .– Vaya.

STEVE .– Sí, es verdad. Yo trabajé en una fábrica en la que se procesaban alimentos y os aseguro que había mucho miedo flotando en el ambiente...

CHARLIE .– Entonces yo he estado comiendo miedo, ¿cuánto?, tres veces al día durante sesenta años.

MATTIE FAE .– Es que él, si no come carne, no se considera satisfecho.

CHARLIE .– Es la forma en la que me criaron. Una comida no me parece de verdad una comida si no lleva algo de carne.

MATTIE FAE .– Si le preparo un plato de pasta, me dice: Bueno, como aperitivo ha estado bien, pero ¿dónde está la carne?

VIOLET .– «¿Dónde está la carne?». ¿No sale eso en algún anuncio de la tele? Sí, el de la viejecita que dice: «¿Dónde está la carne?».

KAREN .– Dice la ternera. «¿Dónde está la ternera?»

VIOLET .– (*Gritando*): «¡¿Dónde está la carne?! ¡¿Dónde está la carne?!»

Todos se quedan inmóviles. Un poco aturridos.

CHARLIE .– Opino que la ceremonia ha sido muy emocionante.

KAREN .– Sí, ¿verdad?

STEVE .– El cura ha estado muy bien.

VIOLET .– ¡Ayyy! Una obra maestra. *(Hace una peineta con el dedo corazón)*. Impresionante. *(Vuelve a hacer el ademán)* Inolvidable.

KAREN .– A mí me pareció que...

BARBARA .– Maravilloso, ha llegado el momento de la crítica descarnada.

VIOLET .– Yo hubiera preferido un ataúd abierto.

BARBARA .– Eso no era posible en este caso.

VIOLET .– Además, no estamos en 1974. Ha sido una ceremonia muy apropiada para Bev... si se hubiese muerto hace más de treinta años. Una despedida perfecta. Mucho hablar de poesía, de enseñanza. ¡Qué emocionante! ¡Puñetas! No había escrito un poema digno desde 1965. Y enseñar no le gustaba una mierda. Nadie ha hablado realmente de él. Nadie ha recordado que mi Beverly ha sido un alcohólico de renombre mundial durante más de cincuenta años. Nadie ha contado la historia de aquella noche en la que debía dar una charla en la cena de graduación de la Universidad de Tulsa... *(Se ríe)* Se bebió una botella entera de ron. Ron Bocoy White, eso es. Las cosas que recuerda una. Y se levantó para dar la charla. No podía sostenerse en pie. ¡Qué ridículo!

BARBARA .– Sí, mamá, no entiendo cómo no se la ha ocurrido a nadie contar esa historia.

VIOLET .– Podían haberla contado. Te aseguro que a nadie se le ha olvidado. No volvieron a invitarlo a ninguna cena de graduación. *(VIOLET se desmorona)*.

STEVE .– No sé demasiado de poesía, soy más bien de prosa. Pero sus poemas me han parecido extraordinarios. *(Dirigiéndose a BILL)* Y tu lectura ha sido muy buena.

BILL .– Gracias.

VIOLET .– *(Dirigiéndose a STEVE)* ¿Y tú quién eres?

KAREN .– Mamá, es mi prometido, Steve, te lo presenté en la iglesia.

STEVE .– Steve Heidebrecht.

VIOLET .– ¿Heide-qué?

STEVE .– Heidebrecht.

VIOLET .– Heide-a-berrr... alemán, eres alemán.

STEVE .– Bueno, en realidad alemán-irlandés, yo...

VIOLET .– Karen, lo de traerte un ligue al funeral de tu padre me parece fuera de lugar. Sé que los poemas eran románticos, pero no me parece apropiado que mezcles las cosas.

BARBARA .– ¡Jesús!

KAREN .– No es un ligue, es mi prometido. Vamos a casarnos el día de Año Nuevo.

CHARLIE .– Vaya, estas patatas están...

KAREN .– En Miami, espero que puedas venir.

VIOLET .– El caso es que no me parece correcto. Espero que me comprendas.

KAREN .– Yo...

VIOLET .– Steve. ¿Te llamas así? ¿Steve?

STEVE .– Sí, señora.

VIOLET .– ¿Te has casado antes?

KAREN .– Mamá, eso es personal.

STEVE .– No me importa. Sí, señora.

VIOLET .– ¿Más de una vez?

STEVE .– La verdad es que tres veces, antes de ahora tres veces.

VIOLET .– No sé por qué te apetece insistir. Deberías haber renunciado ya.

STEVE .– *(Riéndose)* Vale, vale...

VIOLET .– *(Dirigiéndose a MATTIE FAE)* Has visto cómo lo he calado.

Míralo. Tiene toda la pinta de haber estado casado.

KAREN .– He llevado a Steve a ver nuestro refugio y ya no está.

IVY .– Hace años que no está.

KAREN .– Me he llevado una desilusión.

IVY .– Papá dijo que se estaba llenando de ratas.

BILL .– ¿De qué estáis hablando?

KAREN .– De la cabaña donde nos encerrábamos de niñas. Parecía un fuerte.

Perfecta para jugar a indios y vaqueros.

VIOLET .– ¡Karen! ¡Debería darte vergüenza!

KAREN .– ¿De qué?

VIOLET .– ¿No sabes que ya no se puede decir «indios y vaqueros»? Jugabas a americanos nativos y vaqueros. ¿Verdad, Barb?

BARBARA .– ¿Pero qué te has tomado?

VIOLET .– ¿Cómo dices?

BARBARA .– Te pregunto que qué te has tomado. ¿Qué pastilla te has tomado?

CHARLIE baja la cabeza, parece afligido.

CHARLIE .– Oh, Ooh...

MATTIE FAE .– ¿Qué te pasa?

CHARLIE .– ¡Ooh, oh!

MATTIE FAE .– ¿Qué tienes?

El pánico crece...

PICHU .– ¿Papá...?

IVY .– Tío, ¿estás bien?

CHARLIE .– ¡Me acabo de tragar un bocado enorme de miedo! *(Todo el mundo se ríe)* Me tiemblan las piernas. *(Risas, improvisaciones, etcétera. CHARLIE se echa vorazmente sobre su plato)* El miedo nunca me había sabido tan bien. *(Le guiña el ojo a JEAN).*

STEVE .– *(Riéndose)* Sí, está muy rico, solo hace falta acostumbrarse al sabor.

BARBARA .– *(Burlándose)* La he pillado más de una vez comiéndose una hamburguesa con queso.

JEAN .– No es verdad.

BARBARA .– Hamburguesa doble con queso y beicon. Extra de miedo.

JEAN .– ¡Mamá, eres una mentirosa!

Más risas.

VIOLET .– (*Mirando fija e intensamente a JEAN*) ¿Sabes qué me habrían hecho si hubiese llamado mentirosa a mi madre? Me habrían arrancado la cabeza de un tortazo. (*Silencio*) Bill, he visto que has ordenado el despacho de Bev.

BILL .– No del todo, pero...

VIOLET .– ¿Has encontrado en su refugio algún tesoro oculto?

BILL .– No lo sé todavía, pero estaba trabajando en algunos poemas nuevos.

KAREN .– ¿De verdad?

BILL .– Encontré un par de cuadernos con...

VIOLET .– Chicas, supongo que recordáis que existe un testamento.

BARBARA .– Mamá...

VIOLET .– Ya hablamos de eso hace años, pero...

BARBARA .– Mamá, de verdad, no queremos pensar en estas cosas ahora...

VIOLET .– Pero yo sí. ¿Qué pasa con lo que yo quiero hacer, es que no cuenta para nada?

BARBARA .– Es solo que...

VIOLET .– Aunque os cueste creerlo, Bev hizo algunas inversiones sensatas. Lo habíamos arreglado todo para que nuestras hijas heredasen el dinero. Pero hace unos meses volvimos a hablar del tema y decidimos cambiar las cosas. Decidimos que yo fuese su única heredera. No nos molestamos en hacer un testamento nuevo. Pero debéis saber que vuestro padre quería dejármelo todo a mí. Dejarme el dinero.

BARBARA .– Esta bien.

VIOLET .– ¿Os parece bien? (*Consulta a IVY y a KAREN*) ¿Os parece bien?

IVY .– Sí.

VIOLET .– ¿Karen? ¿Te parece bien?

KAREN, indecisa, mira a STEVE y luego a BARBARA.

KAREN .– Me parece bien.

VIOLET .– Entonces, todos de acuerdo. Os podéis quedar con alguno de estos muebles. Yo no los quiero. No sé qué hacer con ellos. Quizá debería organizar una subasta.

MATTIE FAE .– Sí, una subasta. Es una buena idea...

VIOLET .– Aunque algunas cosas, como la plata, valen un dineral. Si os gustan, os las venderé por menos dinero del que puedo sacar en una subasta.

BARBARA .– También puedes olvidarte de la subasta y así las heredaremos, sin pagar nada, cuando te mueras.

IVY .– Barbara.

Pausa. VIOLET estudia fríamente a BARBARA.

VIOLET .– Sí, es una posibilidad.

PICHU .– Perdona, Bill. Esos cuadernos que encontraste, esos poemas...

VIOLET .– ¿Dónde vives ahora, Bill? Igual te viene bien este viejo aparador.

BILL .– ¿Cómo dices?

VIOLET .– Tú y Barbara estáis separados, ¿no? ¿O ya os habéis divorciado?

Otro silencio.

BILL .– Estamos separados.

VIOLET .– (*Dirigiéndose a BARBARA*) Como tu madre es tonta, pensabas que podías engañarla, ¿verdad?

BARBARA .– ¿Se puede saber qué te pasa?

VIOLET .– Pues nunca he sido tonta. Ahora lo sabes. Nadie puede ocultarme nada. Tu padre pensaba que podía ocultarme las cosas. Pues no. Y siento que a vosotros os vaya mal... todavía podéis arreglarlo. Bev y yo nos separamos un par de veces... claro que no lo llamábamos separación...

BARBARA .– Vuestro matrimonio ha sido modélico. La verdad es que podemos seguir el ejemplo. Por favor, mamá...

VIOLET .– La verdad, cariño, es que no puedes competir con una mujer más joven. No se puede competir con eso. Muy injusto, pero la vida es así. ¿Hay una mujer más joven?

BARBARA .– Ya te has pasado bastante, creo que...

BILL .– Sí, hay una mujer más joven.

VIOLET .– Ya... ¿lo ves? Lo tienes todo en contra, pequeña.

IVY .– Mamá opina que las mujeres pierden atractivo con la edad.

KAREN .– No estoy de acuerdo, no...

VIOLET .– Nunca he dicho que pierdan atractivo. Digo que se vuelven feas. Y no es una cuestión de opiniones, Karen, bonita. Acabas de empezar a comprobarlo por ti misma.

CHARLIE .– Hoy estás muy rara, Vi.

VIOLET .– Acabo de enterrar a mi marido. ¿Cómo piensas que debería estar?

CHARLIE .– Pero no sé por qué tienes que pelearte con todos.

VIOLET .– Tan solo digo la verdad. (*Atravesando con la mirada a BARBARA*)
Algunas personas se sienten muy molestas cuando les dicen la verdad.

CHARLIE .– Violet, todos los que estamos aquí te queremos...

VIOLET .– Ay, qué vergüenza. Y yo portándome mal con todos. Mira, Charlie, vete a tomar por el culo.

BARBARA .– He tenido que identificar el cadáver de mi padre. Hace tres días... Y ahora estoy aquí, sentada, oyendo cómo atacas con saña, uno por uno... a toda la familia.

VIOLET se levanta. Alzando la voz.

VIOLET .– ¿Atacar a mi familia? ¿Te he atacado alguna vez en mi vida? No eres más que una niña mimada. Mattie Fae, dile lo que significa que te ataquen. Explícale tú cómo es un ataque.

MATTIE FAE .– Vi, por favor...

VIOLET .– ¡Dejad de decir que me calme! No necesito vuestros consejos.
Que nadie me ayude. No soy una inválida. Y voy a tardar en morirme.

MATTIE FAE .– Cariño...

VIOLET .– (*Señalando a MATTIE FAE*) ¡Ella me salvó la vida cuando uno de los muchos amantes de nuestra querida madre me estaba atacando con un martillo! Mírale si quieres las marcas de los martillazos en el cráneo. Con confianza, venga, míraselas, que es tu tía. ¿A ti te han atacado? ¿Eso crees? No tienes ni puta idea de lo que es la vida.

BARBARA .– Ya sé que tuviste una infancia muy dura. ¿Y quién no?

VIOLET .– Tú no sabes nada. No tienes ni idea. Ninguna de vosotras sabe lo que es pasarlo mal. ¡Ninguna! Solo esta mujer y el hombre al que acabamos de enterrar. Querida, Barbara, hija mía, se me rompe el corazón solo de pensar que has sufrido. Ojalá pudiera protegerte del sufrimiento. Pero no exageres. ¿Tú quieres entender a tu padre? ¿Estás dispuesta a imaginarte el dolor que soportó a lo largo de su existencia? Pues voy a empezar por el principio. ¿Sabes dónde vivió desde los cuatro hasta los diez años? ¿Lo sabes? (*Nadie responde*) ¿Lo sabes?

BARBARA .– No.

IVY .– No.

VIOLET .– ¡En una furgoneta! Con su padre y su madre, viviendo en una furgoneta. ¿Qué? ¿Quieres añadir algo sobre la dureza de tu infancia? Te voy a resumir la clave de nuestra historia: tuvimos una vida demasiado dura y luego quisimos subir demasiado alto. Lo sacrificamos todo por vosotras. Vuestro padre y yo fuimos los primeros de la familia que acabamos el bachillerato. Él llegó a ser hasta un poeta importante. ¿Y vosotras? Estudiasteis en la Universidad como la cosa más natural del mundo. ¿Y a dónde habéis llegado? (*Señala a KAREN con el dedo*) ¿A qué te dedicas? (*Señala a IVY con el dedo*) ¿A qué te dedicas? (*Señala a BARBARA con el dedo*) ¿A qué te dedicas? ¿Quiénes sois vosotras? Si hubieseis trabajado la mitad que nosotros, cualquiera de las tres sería presidenta de los Estados Unidos. Jamás habéis tenido problemas de verdad. Por eso os dedicáis a inventarlos.

BARBARA .– ¿Por qué nos gritas?

VIOLET .– Porque estamos todas juntas. Después de tanto tiempo, ya era hora de que disfrutásemos de una reunión familiar. Es un día perfecto para decirnos la verdad.

CHARLIE .– Bueno, la verdad es que... estoy empezando a estar lleno.

STEVE .– Amén.

JOHNNNA .– Falta el postre.

KAREN .– He visto cómo preparabas las tartas. Deben estar buenísimas.

De repente PICHU se levanta.

PICHU .– Tengo algo que contaros, una verdad.

VIOLET .– Adelante.

PICHU mira a IVY.

IVY .– (*Suplicando bajito*) Nooo, nooo...

CHARLIE .– ¿De qué se trata, hijo?

PICHU .– Tengo una verdad que contar.

Silencio.

MATTIE FAE .– A ver, Pichu...

PICHU .– Yo...

IVY .– (*Hablando casi para sí misma*) No, así no, por favor...

PICHU .– La verdad es que... es que se me olvidó poner el despertador. Esta mañana. No se fue la luz... simplemente se me olvidó el despertador. Lo siento, mamá. Perdonadme todos... yo... yo.

Sale del comedor, sale de la casa... se detiene en el porche y desaparece.

VIOLET .– Conmovedor.

CHARLIE se gira hacia MATTIE FAE, desconcertado.

MATTIE FAE .– Tú sabrás qué le pasa. Renuncié a entenderlo hace muchos años. ¡Pobre Pichu! Pero esta calamidad es cosa tuya.

IVY .– (*A punto de llorar*) No es una calamidad. Y se llama Charles.

La familia guarda silencio. VIOLET acaricia la muñeca de IVY.

VIOLET .– Pobre Ivy, lo siento.

IVY .– Por favor, mamá.

VIOLET .– Pobre hija.

IVY .– Por favor...

VIOLET .– Siempre se ha compadecido de los más débiles.

IVY .– No la tomes ahora conmigo, ¿vale?, ahora no.

VIOLET .– De repente a todo el mundo le ha dado por opinar que soy un peligro.

IVY .– Por favor, mamá.

VIOLET .– Ya lo he dicho, tan solo me gusta la verdad.

BARBARA .– Eres una drogadicta.

VIOLET .– Esa es la verdad. A eso quería llegar. Yo, escuchadlo todos, soy una drogadicta. Dependo de las drogas, de las pastillas, sobre todo de los tranquilizantes. (*Se saca un frasco de pastillas del bolsillo y lo sostiene en lo alto*) ¿Veis estas cositas azules? Son mis mejores amigas, las únicas, y nunca me fallan. Me comeré vivo a quien intente separarme de ellas.

BARBARA .– Dame esas pastillas...

VIOLET .– Te comeré viva, cariño.

BARBARA se abalanza sobre el frasco de pastillas. Ella y VIOLET se pelean por el frasco. BILL e IVY sujetan a BARBARA. MATTIE FAE intenta sujetar a VIOLET. Los demás se levantan desconcertados.

STEVE .– ¡Joder!

IVY .– Barbara, ¡ya basta!

CHARLIE .– Venga, vamos a tranquilizarnos.

KAREN .– Dios mío...

VIOLET se sale con la suya y le arrebató las pastillas a BARBARA. BILL obliga a BARBARA a sentarse de nuevo en la silla. VIOLET sacude el frasco de pastillas, burlándose de BARBARA. BARBARA da golpes, chilla, se abalanza de nuevo sobre ella, coge a VIOLET del pelo y la levanta volcando varias sillas. Se pelean abriéndose paso por la casa, perseguidas por el resto de la familia.

Se arma la de Caín. Gritos. BARBARA intenta estrangular a VIOLET. Haciendo un gran esfuerzo, BILL y CHARLIE consiguen separar a las dos mujeres. MATTIE FAE y JOHNNNA se acercan corriendo a VIOLET y la atienden.

VIOLET .– Maldita seas... maldita seas, Barb...

BARBARA .– ¡Cierra el pico! (*Dirigiéndose a los demás*) Está bien. Redada general de pastillas. Johnna, necesito que me ayudes en la cocina. Bill, llévate arriba a Ivy y a Jean. (*Dirigiéndose a Ivy*) ¿Recuerdas cómo se hace, no?

IVY .– Sí.

BARBARA .– (*Dirigiéndose a JEAN*) Todo. Registradlo todo, cada escondite, cada cajón, cada caja de zapatos. No hay intimidad que valga. No respetéis ningún sitio. Si algo os parece sospechoso, meterlo en una caja y ya lo examinaremos luego. ¿Entendido?

CHARLIE .– ¿Qué hacemos nosotros?

BARBARA .– Preparadle a mamá un café bien cargado, humedeced una toalla y aguantarle todas las chorradas que diga. Karen, llama al doctor Burke.

KAREN .– ¿Qué quieres que le diga?

BARBARA .– Dile que tenemos una enferma.

VIOLET .– ¡Quietos! ¡No podéis hacerlo! ¡Esta es mi casa! ¡Mi casa!

BARBARA .– ¿No lo entiendes, verdad? *(Con un subidón de adrenalina, se acerca a VIOLET dando grandes zancadas, hablando encima de ella)*
¡Ahora mando yo aquí! ¡Aquí mando yo!

Cae el telón.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Las ventanas ya no están tapadas con plásticos. Ahora puede apreciarse que es de noche a través de las ventanas.

Al levantarse el telón: las tres hermanas están en el despacho. Se están bebiendo una botella de whisky. Hay un colchón hinchable, cubierto con una sábana fina, en el suelo del despacho.

En el resto de la casa: en el comedor están jugando a las cartas. CHARLIE y MATTIE FAE contra JEAN y STEVE. PICHU está solo en la sala de estar, viendo la tele. BILL revisa papeles en el porche. VIOLET, pensativa, en bata, con una toalla envuelta en la cabeza, está sentada junto al descansillo de la primera planta.

KAREN .— ¿De verdad piensa el doctor que deberíamos ingresarla en algún centro? ¿La ha examinado?

BARBARA .— El doctor Burke dice que puede tener lesiones cerebrales. «El cerebro levemente dañado». Yo le contesté que él era «levemente incompetente» y que esperaba que a no mucho tardar estuviese «levemente muerto». Me repitió mil veces que no sabía que tomara tantas pastillas. Por eso está ansioso y quiere encerrarla en un manicomio. Tiene miedo de que lo acusemos de negligencia profesional. Le dije que me lo estaba pensando. Es un irresponsable de mierda...

KAREN .— ¿Por qué le hizo tantas recetas? ¿No sabe...?

BARBARA .— No era solo él. Mamá tenía un médico en cada puerto...

IVY .— Yo sé cómo lo hace. Va al médico, cuenta que tiene espasmos musculares y consigue una receta. Uno o dos días después, vuelve, le dice que ha perdido las pastillas y el médico le hace otra receta. A la semana siguiente aparece con un tirón muscular, y más pastillas. Luego

la dosis es incorrecta, y más pastillas. Así una y otra vez, hasta que el médico sospecha y le dice que no, que no hay más pastillas. Entonces ella saca un fajo de recetas del bolso y lo amenaza: «Iré a la Asociación de Médicos y lo llevaré a los tribunales por recetarme todo esto». Chantajea a esos idiotas y ellos acceden.

BARBARA .— (*Dirigiéndose a IVY*) ¿Tú lo sabías? ¿Sabías que estaba pasando de nuevo? (*IVY se encoge de hombros*) Hoy se ha portado de forma muy discreta en la consulta. Parece que está acabada, pero sabe muy bien lo que hace. Ha usado la táctica de la timidez. Muy callada, muy digna. Yo intenté provocarla, le pedí que hablara de su generación. Vamos, mamá, hablemos de la Mejor Generación de todas las generaciones, de los tiempos duros... Pero nada.

IVY .— Hubiese servido de poco. El doctor Burke pertenece también a la Gran Generación.

BARBARA .— No sé cómo pueden estar tan orgullosos de ellos mismos. Nadie está a su altura. Tal vez alguna generación de la Edad del Hierro podría hacerles la competencia. No lo entiendo. ¿Qué se supone que han hecho? ¡Eran pobres y odiaban a los nazis! Todo el mundo odia a los nazis. ¿Os acordáis cuando la internamos en el psiquiátrico? ¡Qué discurso!

KAREN .— Yo no estaba.

BARBARA .— Nos soltó un gran discurso. Que si iba a salir limpia, que si iba a hacer un sacrificio por su familia...

IVY .—... que si había defraudado a sus hijas, que si iba a demostrarnos que podíamos contar con ella...

BARBARA .— Pero metió en el psiquiátrico un arsenal de pastillas... escondido en la vagina. Esa es la Gran Generación. Nos soltó todo un discurso mientras se metía un frasco de pastillas en el chocho. ¡Por Dios santo!

KAREN .— Jesús, no conocía la historia.

IVY .— No digas chocho.

BARBARA .— ¿Y qué palabra voy a usar para referirme a la vagina de nuestra madre?

IVY .– No lo sé, pero...

BARBARA .– ¿El felpudo de mamá? ¿La cueva de mamá?

IVY .– Déjalo...

KAREN .– ¡Barbara! (*Risas que poco a poco se acaban*) Siento lo tuyo con Bill.

IVY .– Yo también, Barb.

BARBARA .– Si llega a ser por mí, no os habríais enterado.

KAREN .– ¿Crees que puede ser algo temporal o...?

BARBARA .– ¿Quién sabe? Llevamos muchos años casados.

KAREN .– Eso es algo que debemos reconocerles a papá y mamá. Hay que quitarse el sombrero delante de cualquiera que resista casado tanto tiempo.

BARBARA .– Karen, papá se ha suicidado.

KAREN .– Ya, pero aún así...

BARBARA .– Hay algo entre tú y Pichu.

IVY .– No quiero hablar de Charles.

BARBARA .– Porque sabes que es nuestro primo hermano.

IVY .– Déjame en paz.

BARBARA .– No podrás tener hijos.

IVY .– Voy a cumplir cuarenta y cinco años, Barbara. Se me ha pasado la edad de pensar en eso. Y además, no hay peligro, tuvieron que hacerme una histerectomía.

KAREN .– ¿Por qué?

IVY .– Un cáncer.

KAREN .– No sabía nada.

BARBARA .– Ni yo.

IVY .– Solo se lo dije a Charles. Ahí empezó lo nuestro.

BARBARA .– ¿Por qué no se lo contaste a nadie?

IVY .– ¿Y tener que aguantar todos los comentarios de mamá sobre mi esterilidad? No necesita más excusas para tratarme como una mierda.

BARBARA .– Podías habérselo dicho a nosotras.

IVY .– Tampoco tú pensabas contarnos lo de Bill.

BARBARA .– Eso es distinto.

IVY .– ¿Por qué? ¿Porque se trata de mí y no de ti?

BARBARA .– No, porque un divorcio es el reconocimiento público de un fracaso. Un cáncer no es más que un cáncer, no es culpa de nadie. Somos tus hermanas. Podíamos haberte consolado.

IVY .– No hay mucha intimidad entre nosotras.

KAREN .– Yo me siento muy unida a vosotras.

IVY .– (*Recreándose*) Pero si no te vemos el pelo, nunca estás cuando se te necesita, llevas sin venir...

KAREN .– Y qué, pero me siento unida.

IVY .– Te basta con recordar este lugar. ¿Para qué vas a venir? Así eres tú.

KAREN .– Veo que me conoces muy bien.

IVY .– Pues no, no te conozco, y no voy a seguir tragándome el mito de la familia y la unión entre los hermanos. Somos seres aislados. Algunos nacemos reunidos accidentalmente por la genética, una selección de células hecha al azar. Pero ya está.

BARBARA .– ¿Cuándo te has vuelto tan cínica?

IVY .– ¿No lo sabes? ¿De verdad que tú no lo sabes?

BARBARA .– «Una selección de células al azar...»

IVY .– A lo mejor mi cinismo surgió al darme cuenta de que me caía encima la obligación de cuidar a nuestros padres.

BARBARA .– No me vengas con esas, he ayudado en cada una de...

IVY .– Hasta que te cansaste y te quitaste de en medio. Ni tú, ni Karen.

BARBARA .– Tenía que pensar en mi propia familia.

IVY .– Menuda excusa. Como si tener una hija te liberara de otras responsabilidades.

BARBARA .– ¿Me vas criticar por haber tenido a Jean?

IVY .– No te estoy criticando. Puedes hacer lo que quieras. Tú hiciste tu vida. Karen hizo la suya.

BARBARA .– No es culpa nuestra que no hicieras la tuya.

IVY .– En eso tienes razón. Pero no me habléis ahora de lo unidas que estamos. No cuela. No cuela desde hace mucho. Cuando me vaya de

aquí, no pienso sentirme culpable. Haré como vosotras.

KAREN .– ¿Quién dice que no nos sentimos culpables?

BARBARA .– ¿Vais a marcharos de aquí?

IVY .– Sí, Charles y yo vamos a irnos a Nueva York.

BARBARA se echa a reír.

BARBARA .– ¿Y qué demonio vas a hacer en Nueva York?

IVY .– Tenemos planes.

BARBARA .– ¿Qué clase de planes?

IVY .– No es asunto tuyo.

BARBARA .– No puedes irte a Nueva York así por las buenas.

IVY .– No es un capricho. No se trata de algo pasajero. Nunca he sentido nada igual por nadie. Entre Charles y yo hay algo especial, extraordinario, algo que muy pocas personas llegan a conocer.

BARBARA .– ¿A qué te refieres?

IVY .– Nos entendemos.

BARBARA .– ¿Y qué pasa con mamá?

IVY .– ¿Qué pasa con ella?

BARBARA .– ¿Te sientes tranquila dejando aquí a mamá?

IVY .– ¿Y tú? (*No hay respuesta*) Mamá ha sido muy difícil mientras papá vivía. ¿Lo sabes, verdad? Pues imagínate cómo va a ser ahora. No puedes hacerte una idea de lo harta que estoy. Un mes, un año, otro, y otro... Y aunque pudieras, no serviría de nada. Yo sobro aquí. Mamá solo te necesita a ti. Tú eres su preferida.

BARBARA .– ¿Pero qué dices? Mamá me echó en cara que yo era la preferida de papá.

IVY .– Eso no es verdad. No eras la preferida de papá. Yo era la preferida de papá. Tú eras la preferida de mamá.

KAREN .– ¿Y yo qué?

IVY .– ¿No te lo crees? Por favor, Barb, ¿es que has vivido en las nubes?

BARBARA .– Mamá me dijo que le partí el corazón cuando nos fuimos a Boulder.

IVY .– No era el corazón de papá, sino el de mamá. Estaba convencida de que te habías ido para alejarte de ella.

KAREN .– Si eras la preferida de papá, debes haberte tomado el suicidio como algo muy personal.

IVY .– Papá tenía sus propias razones para suicidarse.

BARBARA .– ¿Y cuáles eran esas razones?

IVY .– Yo no hago conjeturas.

BARBARA .– ¿No estás enfadada con él?

IVY .– No. No tenía que darle cuentas a nadie. Si está mejor muerto, y estoy convencida de que es así, ¿quiénes somos nosotras para criticarlo?

BARBARA .– Sus hijas.

KAREN .– Exacto...

BARBARA .– Y yo estoy furiosa de cojones. El muy hijo de puta, tan silencioso, tan melancólico... Un egoísta. Podía haber pensado en mí, en vosotras..., haber contado con sus hijas, haber hablado con nosotras.

IVY .– ¿Y quién te asegura que te hubiese gustado lo que ibas a oír? Saber la verdad no siempre es agradable. ¿Qué pasaría si descubres que nunca le has gustado a Beverly Weston, que nunca le hemos gustado ninguna de las tres?

BARBARA .– Sabes que eso no es cierto.

IVY .– ¿Ah, no? Pues yo no estaría tan segura.

KAREN .– Acabas de decirnos que eras su preferida.

IVY .– Pero solo porque me parecía a él. Su alma gemela.

BARBARA .– Lo siento, pero tu teoría sobre la familia y el azar genético no cuela, no va conmigo. Él estaba obligado a pensar en los demás. Todos lo estamos.

KAREN .– No puedo creer que tengas un concepto tan negativo del mundo.

IVY .– Porque tú vives en Florida.

BARBARA .– ¿Y cuándo pensáis marcharos?

IVY .– Dentro de unas semanas, o quizá en unos días.

BARBARA .– ¿Vas a decírselo a mamá?

IVY .– Me lo estoy pensando.

BARBARA .– ¿Y qué pasa con tu trabajo, con tu casa?

IVY .– Llevo mucho tiempo cuidando de mí misma. No te preocupes. Karen, tú piensas volver a Miami, ¿verdad?

KAREN .– Sí.

VIOLET baja por las escaleras.

IVY .– Ya ves, Barb. ¿No querías saber qué íbamos a hacer con mamá? Karen y yo nos marchamos. Si tú quieres quedarte y ocuparte de ella, es cosa tuya. Si no quieres hacerlo, estás en tu derecho. Pero que nadie intente encasquetármela a mí. Nadie.

VIOLET, débil pero bastante lúcida, golpea la puerta con suavidad y entra.

VIOLET .– Hola. ¿Interrumpo la conversación?

KAREN .– No, no, pasa.

BARBARA .– ¿Te has bañado?

VIOLET .– Sí, un buen baño.

BARBARA .– ¿Quieres algo de comer? ¿O de beber?

VIOLET .– No.

BARBARA .– ¿Y un café?

VIOLET .– No, cariño, estoy bien. (*VIOLET se sienta y suspira. KAREN coge una crema de manos de la mesa y se la aplica*) Mis hijas en la casa. Todas juntas. El simple hecho de oír vuestras voces al otro lado de la puerta hace que me sienta bien. La de secretos que habrán oído estas paredes.

KAREN .– Yo lo contaba todo. Me avergüenzo de lo tonta que era de niña.

VIOLET .– Vamos... no hay que avergonzarse. Enamoramientos, ilusiones secretas... cosas de adolescentes. No hay nada tan tierno y tan

agridulce. Es una parte de vosotras que siempre me ha conmovido. Y no importa que os hayáis hecho mayores. A una mujer siempre le cuesta trabajo olvidarse de sus sentimientos. (*A KAREN, refiriéndose a la crema de las manos*) Huele muy bien.

KAREN .— A que sí. Es de manzana. ¿Quieres?

VIOLET .— Sí, por favor. (*KAREN le pasa la crema de manos a VIOLET*) ¿Os he contado alguna vez la historia de Raymond Qualls? Tampoco es nada del otro mundo. Un chico por el que perdí la cabeza cuando tenía trece años. Un chico de aspecto muy rudo, con sus Levi's hechos polvo y el pelo enmarañado. Y con unos dientes feísimos. Así, hacia fuera. Pero tenía unas botas de vaquero, muy bonitas, de color chocolate, con la piel lustrosa. Estaba muy orgulloso de sus botas. Se le notaba en la forma de andar y de pavonearse, los brazos, los codos. Me convencí de que si conseguía unas botas parecidas, pero de mujer, iba a pedirme que fuese su novia. En cuanto me viera con las botas, diría «esa es mi chica». Y las botas estaban en el escaparate de una tienda del centro. Me puse como loca, le pregunté a mi padre más de cien veces si podía comprarme las botas. Qué obsesión. Pasaba las noches en vela, suspirando por las botas, imaginando las conversaciones que tendría con Raymond cuando me viera con las botas. Un día mi madre me preguntó: «Vi, ¿qué vas a pedirte como regalo de Navidad?», «Mamá, daría cualquier cosa por esas botas». Negocié el regalo, insistí, y mi madre empezó a soltar indirectas. Puso debajo del pino un paquete que tenía el tamaño de una caja de botas, envuelto con un papel de regalo precioso. Oye, Violet, no vayas a hacer trampas, no mires antes de tiempo lo que hay en el paquete. Y sonreía de una forma maravillosa. Cuando llegó el día de Navidad, me levanté como una exhalación, ya te digo, y fui corriendo hasta el árbol. Abrí el paquete dejando el papel hecho trizas. Dentro había unas botas, sí... unas botas de obrero, agujereadas, con los cordones rotos y llenas de barro seco y de mierda de perro. ¡Qué gracia! Mamá se estuvo partiendo de risa durante varios días.

Silencio.

BARBARA .– ¿Y ya está? Por favor, no me digas que la historia acaba así.

VIOLET .– Pues sí, acaba así.

KAREN .– ¿Y nunca conseguiste las botas?

VIOLET .– Nunca.

BARBARA .– Qué horror. Al lado de esto, la historia de los martillazos parece un cuento de hadas.

En otra parte de la casa: JEAN y STEVE ganan la partida de cartas con una exclamación de júbilo. Los jugadores se dispersan.

VIOLET .– Mi madre era una vieja desagradable y mala. Supongo que lo he heredado de ella.

Se produce un momento de silencio embarazoso.

KAREN .– Tú no eres desagradable ni mala. Eres nuestra madre, y te queremos.

VIOLET .– Gracias, cariño.

KAREN besa a VIOLET en la mejilla.

BARBARA .– Escuchadme, chicas, quiero hablar a solas con mamá.

KAREN .– Claro.

KAREN e IVY se marchan.

BARBARA .– ¿Te sigue doliendo la cabeza?

VIOLET .– Ya estoy bien, Barb. No te preocupes por eso.

BARBARA .– Lo siento.

VIOLET .– Por favor, cariño...

BARBARA .– No, quiero que lo sepas. Perdí los estribos y me pasé mucho.

VIOLET .– Barbara, estaba buscando pelea y la encontré. Era el día del funeral, las pastillas..., todos estábamos mal.

BARBARA .– ¿Entonces... hacemos las paces?

VIOLET .– (*Riéndose*) Hacemos las paces.

BARBARA .– Mamá, ¿qué tienes pensado?

VIOLET .– ¿A qué te refieres?

BARBARA .– ¿Deberías considerar la idea de ir a un centro de rehabilitación, o...?

VIOLET .– No, no. No quiero pasar otra vez por eso. Estoy convencida de que puedo conseguirlo yo sola.

BARBARA .– ¿Estás segura?

VIOLET .– Sí. Has tirado todas las pastillas, ¿verdad?

BARBARA .– Todas las que hemos encontrado.

VIOLET .– Todas. No tengo tantos escondrijos.

BARBARA .– Venga, mamá.

VIOLET .– ¿Quieres registrarme?

BARBARA .– Pues... no.

VIOLET .– Si no tengo pastillas, todo irá bien. Me recuperaré en unos días.

BARBARA .– Sé muy bien lo que significa todo esto para ti. Y justo ahora. Tan solo quiero que sepas que estoy contigo. (*No hay respuesta*) ¿Cómo puedo ayudar?

VIOLET .– No necesito ayuda.

BARBARA .– Mamá.

VIOLET .– Que no necesito ayuda. He pasado por varias... (*Se detiene, recobra el dominio*) Ya sé cómo funciona esto: muchas palabras bonitas, pero luego todo el mundo vuelve a su rutina de siempre. Lo sé. Así que no te preocupes por mí. Me las arreglaré. Me apaño sola.

Las luces iluminan la sala de estar, donde PICHU está viendo la televisión. IVY entra en la habitación con cautela.

IVY .– ¿No hay moros en la costa?

PICHU .– Ninguno.

IVY .– ¿Qué estás viendo?

PICHU .– La tele.

IVY .– ¿Me dejas verla contigo?

PICHU .– Claro, no seas tonta. *(Se sienta junto a él en el sofá. Miran la televisión)* Casi lo echo a perder, ¿verdad?

IVY .– Me llevé un buen susto.

PICHU .– ¿Estás enfadada conmigo?

IVY .– No.

Se cogen de la mano.

PICHU .– Intentaba ser valiente.

IVY .– Lo sé.

PICHU .– Quería... que todos supieran que tengo lo que siempre había soñado. Eso significa... que no soy un perdedor.

IVY .– Vamos, vamos. *(PICHU se vuelve para mirarla)* Mi héroe.

Piensa en lo que le acaba de decir. En su cara se dibuja una gran sonrisa. Se dirige al piano eléctrico y lo enciende.

PICHU .– Ven aquí. Puedes ayudarme con los pedales. *(IVY se sienta a su lado en la banqueta del piano)* Lo escribí para ti.

Toca y canta una canción de amor tierna, pero un poco rara. A media canción entra MATTIE FAE. Procede de la cocina, acompañada por CHARLIE, y rompe la magia del momento.

MATTIE FAE .– Aquí tenemos a nuestro gran músico. Prepárate, que nos vamos.

IVY .– ¿Os quedáis todos en mi casa?

PICHU .– Vale.

MATTIE FAE .– No, tenemos que volver y ocuparnos de los dichosos perros.

IVY .– Ya sabéis que podéis quedaros.

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a CHARLIE*) Mira, cariño, nuestro Pichu ha encendido la tele.

CHARLIE .– Gracias, Ivy.

PICHU .– No, yo solo...

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a IVY*) Ve demasiada televisión. Se le ha quedado la cabeza hueca.

IVY .– Eso no es verdad.

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a PICHU*) ¿Qué te pillé viendo el otro día?

PICHU .– No me acuerdo.

CHARLIE .– Mattie Fae...

MATTIE FAE: ¡No se acuerda! Un programa estúpido sobre hombres que intercambian a sus esposas.

PICHU .– No me acuerdo.

MATTIE FAE .– No te acuerdas.

CHARLIE .– Ya está bien, Mattie Fae...

MATTIE FAE .– ¡Qué mala suerte tiene! No encuentra un trabajo en el que le paguen por ver la televisión.

CHARLIE .– Mattie Fae, ha sido un día muy largo...

MATTIE FAE .– Y si lo encontrara dejaría de mirar la televisión..., para no trabajar.

CHARLIE .– Matti Fae...

MATTIE FAE .– (*Dirigiéndose a IVY*) ¿Te ha contado por qué lo despidieron de una zapatería?

CHARLIE .– Vamos a meternos ahora mismo en el coche, y nos vamos a ir a casa. Y si le dices al chico una impertinencia más, te juro que te doy una patada en ese enorme culo que tienes y te dejo plantada en la carretera. ¿Está claro?

MATTIE FAE .– ¿Qué has dicho? ¿Qué demonios has dicho?

CHARLIE .– Por favor, salid fuera.

IVY y PICHU salen de la casa. BARBARA, que iba a entrar durante el intercambio anterior, se para en seco, sin que la vean ni CHARLIE ni MATTIE FAE.

No entiendo tu mala leche. No entiendo el modo con el que tu hermana y tú le habláis a la gente. No puedo comprender por qué no sois capaces de respetar a las personas. No creo que tenga justificación. No la tiene. En mi familia nunca nos tratamos de ese modo.

MATTIE FAE .— Quizá sea porque tu familia es...

CHARLIE .— Será mejor que no te metas con mi familia. Lo digo en serio. Hemos enterrado a un hombre al que quería mucho. Aunque tuviera defectos, era una persona decente, buena y cariñosa. No estoy dispuesto a dejar que martirices más a tu hijo. Estás deshonrando el recuerdo de Beverly. Llevamos treinta y ocho años casados. No los cambiaría por nada del mundo. Pero si no eres capaz de encontrar en tu corazón un poco de piedad para tu propio hijo, no llegaremos a los treinta y nueve.

CHARLIE se marcha. MATTIE FAE se da cuenta de que BARBARA está allí.

BARBARA .— Lo siento, no os estaba espiando. Es que me he quedado helada.

MATTIE FAE .— No te preocupes. ¿Tienes un cigarro?

BARBARA .— No, lo dejé hace años.

MATTIE FAE .— Yo también. Pero creo que necesito volver a fumar. Barbara, hoy, mientras cenábamos, pensé... en esa cena horrible, me pareció que...

BARBARA .— ¿Qué?

MATTIE FAE .— Me pareció que puede haber algo entre Ivy y Pichu. ¿Tú lo sabes?

BARBARA .— Vaya, es eso... bueno, no sé qué decir, es...

MATTIE FAE .— Vale, dime solo si es verdad.

BARBARA .— Sí. Es verdad.

MATTIE FAE .– Pues no puede ser.

BARBARA .– Va a ser difícil convencerlos. Ya los conoces. Ivi y Pichu siempre han ido a lo suyo, y está claro que para ti va a ser más duro...

MATTIE FAE .– ¿Barb...?

BARBARA .– Creo que están muy enamorados. O al menos eso piensan ellos, que es lo mismo. Y estoy segura de que están aterrados por ti y por mamá...

MATTIE FAE .– Cariño, tú...

BARBARA .– Ya sé que no está bien que dos primos salgan juntos, que puede haber complicaciones...

MATTIE FAE .– No son primos.

BARBARA .– Pero lo creas o no, ahora no es tan extraño que dos primos...

MATTIE FAE .– Barbara, escúchame, no son primos.

BARBARA .– ¿Cómo dices?

MATTIE FAE .– Pichu no es vuestro primo. Es vuestro hermano. Vuestro hermano de sangre. No es vuestro primo. Es vuestro hermanastro. Es hijo de vuestro padre. Lo que significa que es hermano de Ivy. ¿Comprendes? Ivi y Pichu son hermanos.

BARBARA .– Pero no. Eso no, no.

MATTIE FAE .– Escucha...

KAREN y STEVE entran.

BARBARA .– No, fuera...

KAREN .– Solo quería...

BARBARA .– Fuera, a la cocina. ¡Ahora! ¡Y que todo el mundo se quede en la cocina! (*KAREN y STEVE regresan a la cocina*) No, tiene que ser un error. Tú... bueno, podría ser... ¿estás segura?

MATTIE FAE .– Completamente.

BARBARA .– Tú y papá.

MATTIE FAE .– Sí.

BARBARA .– ¿Quién lo sabe?

MATTIE FAE .– Ahora tú.

BARBARA .– ¿Y el tío Charlie? ¿No sospecha nada?

MATTIE FAE .– Nunca hemos hablado de esto.

BARBARA .– ¿Cómo es posible?

MATTIE FAE .– Nunca lo hemos hablado.

BARBARA .– ¿Lo sabía papá?

MATTIE FAE asiente.

MATTIE FAE .– Como comprenderás, me siento muy poco orgullosa de lo que pasó. No he querido nunca hablar del tema.

BARBARA .– Yo es que alucino con vosotros. ¿Y qué pasó? ¿Estabais borrachos? ¿Fue una locura?

MATTIE FAE .– No, no estábamos borrachos. Quizá te cueste creerlo, viéndome así, como me has visto todos estos años. Para ti no soy más que la vieja y gorda tía Mattie Fae. Pero soy más que eso, cariño... hay muchas cosas que no sabes de mí. Charlie está bien, claro. Pasa lo de siempre. No sé por qué Pichu me decepciona tanto. Quizás él... bueno, no sé por qué. Supongo que esperaba una vida mejor para él. Cometí un error, es verdad, hace mucho tiempo. De acuerdo. Ya he pagado. Pero el error termina aquí.

BARBARA .– Cuando Ivy se entere de esto, le vais a romper el corazón.

MATTIE FAE .– Puedes estar segura de que no pienso contárselo. Tienes que encontrar la manera de poner fin a esta historia.

BARBARA .– ¿Por qué yo?

MATTIE FAE .– Porque dijiste que ibas a ocuparte de todo.

ESCENA SEGUNDA

Se oyen risitas procedentes de la cocina. JEAN y STEVE se escabullen sin hacer ruido de la cocina y entran en el comedor, compartiendo un porro. Ella lleva una camiseta que le llega hasta las rodillas y unos calcetines blancos. El lleva un pantalón de chándal y una camiseta sin mangas.

El resto de la familia está durmiendo. KAREN duerme en la sala de estar, en el sofá cama. BILL duerme en el colchón que hay en el despacho.

STEVE .– Shhh... (*JEAN resopla, se ríe*) Conseguirás que me pillen.

JEAN .– Creía que no estábamos haciendo nada malo.

STEVE .– Y no hacemos nada malo. Pero a más de un carca no le haría mucha gracia saber que estoy fumando marihuana con una chica que nació durante el mandato de Clinton.

JEAN .– Del primer Bush.

STEVE .– Fantástico. Pero deja de hablar sobre si hacemos algo malo o no. Vas a conseguir que me ponga nervioso.

JEAN .– (*Riéndose*) Estás enfermo...

STEVE .– No voy a poder controlarme.

JEAN .– Dios, tenías razón, esta mierda es muy fuerte.

STEVE .– Es de Florida, pequeña. La mejor del mundo. ¿Te apetece una iguana?

JEAN .– ¿Cómo?

STEVE .– ¿No sabes lo que es una iguana?

JEAN .– Claro que sé lo que es una iguana.

STEVE .– No me refiero a un bicho... mira. Pon los labios junto a los míos e inhala cuando yo exhale.

JEAN .– Vale.

STEVE se pone el porro en la boca. Sus labios prácticamente se tocan mientras él le echa el humo de la marihuana a ella, de forma continua. Ella casi se atraganta.

STEVE .– Aguanta, no lo echés.

Finalmente ella jadea, expulsa el humo, tose.

JEAN .– ¡Qué colocón!

STEVE .– Es una pasada, ¿verdad?

JEAN .– Vaya mierda, tío.

STEVE .– *(Se ríe)* Eso es una iguana.

JEAN .– ¡Cómo me he puesto!

Ella está a punto de perder el equilibrio, casi se cae. Él la agarra y la sujeta.

STEVE .– Cuidado...

JEAN .– Jo, tío, vaya cuelgue.

STEVE .– ¿Estás bien? No vayas a desmayarte ahora.

JEAN .– No, estoy genial. Dios... *(Tose fuerte)* Puedo sentirlo en el pecho.

Él le pone las manos en las tetas.

STEVE .– A ver si lo noto.

Sin inmutarse, ella lo aparta.

JEAN .– Eres un viejo verde.

STEVE .– Esta delantera sí que es un colocón. ¿Cuántos años tienes?

JEAN .– Quince, pervertido.

STEVE .– Enseñamelas.

JEAN .– No, qué pervertido.

STEVE .– Shhh. Vamos, enseñamelas, y yo no miro.

JEAN .– Si no vas a mirar, para qué quieres que te las enseñe.

STEVE .– Está bien, si tú me lo pides, miraré.

JEAN .– (*Poniendo voz de chico duro*) «Déjame ver tus tetas, niñita...»

STEVE .– ¡Venga, somos socios!

JEAN .– ¡No!

STEVE .– Formamos una pareja invencible jugando a las cartas.

JEAN .– ¡Olvídate!

STEVE .– Tú me enseñas las tuyas y yo te enseño el mío.

JEAN .– No quiero ver el tuyo.

STEVE .– ¿Lo has visto alguna vez?

JEAN .– Sí.

STEVE .– No me lo creo.

JEAN .– Sí, lo he visto. No soy virgen.

STEVE .– ¿A no?

JEAN .– ¿Prefieres que te cuente la versión oficial?

STEVE .– No, prefiero creerte.

Él se acerca a ella.

JEAN .– ¿Qué estás haciendo?

STEVE .– Nada.

JEAN .– Vas a conseguir que nos metamos en un lío.

STEVE .– Soy blanco y tengo más de treinta años. Yo no puedo meterme en líos.

El apaga la luz. La oscuridad es absoluta.

JEAN .– Oye... espera...

STEVE .– Calla...

Gemidos, jadeos de STEVE en la oscuridad. Se enciende la lámpara que tienen sobre sus cabezas. JOHNNNA está de pie en la entrada del comedor, blandiendo una sartén pequeña de hierro. JEAN y STEVEN con la ropa revuelta se separan.

JEAN .– Joder...

STEVE .– ¡Mierda! (*JOHNNNA va a por STEVE*) Estate quieta, no sabes lo que estás... (*JOHNNNA blande la sartén, intenta golpearle en la cara a STEVE*) Oye, maldita sea, cuidado. (*Él trata de cogerle la sartén. Ella la blande de nuevo y le golpea en los nudillos*) ¡Coño! Basta ya.

STEVE hace muecas y se coge la mano dolorida. JOHNNNA se abalanza sobre él con fuerza y le da de lleno en la frente. STEVE se cae. JOHNNNA se coloca sobre él, con el brazo preparado por si se recupera, pero él ni lo intenta.

En el resto de la casa: BILL, BARBARA y KAREN se despiertan cada uno en su cama, y se dirigen hacia el comedor. KAREN ve en el suelo a STEVE y chillá.

KAREN .– ¿Pero qué ha pasado? (*JOHNNNA y JEAN se miran. KAREN se acerca a STEVE y le ayuda a incorporarse*) Steve, ¿qué ha pasado? (*Él gime*) Cuéntame qué ha pasado.

JOHNNNA .– Se estaba propasando con Jean...

KAREN .– Cariño, estás sangrando, ¿seguro que estás bien?

Él vuelve a gemir e intenta levantarse. Ahora entran BARBARA y BILL en el comedor. Ambos en pijama.

BARBARA .– Jean, ¿qué haces levantada? ¿Qué está pasando...?

JEAN .– Estábamos, no lo sé...

BARBARA .– ¿Quiénes? Explícate. A ver. ¿Estás bien?

JEAN .– Sí, estoy bien.

BILL .– ¿Qué le ha pasado a Steve?

KAREN .– No lo sé.

BARBARA .– Johnna, ¿qué ha sucedido aquí?

JOHNNA .– Steve se estaba propasando con Jean. Le di con la sartén.

BARBARA .– ¡Propasándose! ¿Qué quiere decir «propasándose?».

BILL .– ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

JOHNNA .– La estaba besando y toqueteando.

Digieren esta información...

Luego BARBARA ataca a STEVE, que para entonces ya ha conseguido ponerse de pie. KAREN se coloca entre ambos. BILL toma a BARBARA por detrás e intenta apartarla.

BARBARA .– Tú eres gilipollas. Yo a ti te mato.

BILL .– (*Dirigiéndose a KAREN*) ¡Llévatelo de aquí!

STEVE .– Pero si yo no he hecho nada.

JEAN .– ¡Mamá, basta ya!

KAREN .– ¡Cálmate!

BILL .– Anda, vamos al cuarto de estar.

BARBARA .– ¿Sabes cuántos años tiene?

STEVE .– (*Dirigiéndose a JEAN*) ¡Diles que no he hecho nada...!

BARBARA .– ¡Tiene catorce años!

JEAN .– ¡Mamá!

STEVE .– ¡Me dijo que tenía quince!

BARBARA .– ¿Es que has perdido la cabeza, coño?

KAREN .– ¡Barbara, para un poco!

KAREN consigue sacar a STEVE del comedor a empujones y llevarlo a la sala de estar. Durante la parte siguiente, se visten y hacen las maletas. BARBARA, BILL, JEAN y JOHNNNA se quedan en el comedor.

BARBARA .– No sé cómo puedes creerte a ese gilipollas de mierda.

BILL .– Yo no me creo nada. Vamos a calmarnos.

BARBARA .– ¿Que me calme? El muy hijo de puta es un psicópata. ¿Pero qué cojones ha pasado?

BILL .– (*Dirigiéndose a JEAN*) ¿Estás bien?

JEAN .– Sí, estoy bien. ¿Se puede saber qué os pasa?

BARBARA .– ¿A nosotros?

JEAN .– ¿Podéis dejar de flipar?

BILL .– ¿Por qué no nos lo cuentas todo desde el principio?

BARBARA .– ¿Por qué no estabas en la cama?

BILL .– Por favor, cariño, tenemos que saber lo que ha pasado aquí.

JEAN .– Es que no «ha pasado» nada. No tenéis por qué hacer un drama de todo esto. No podía dormir, bajé a la cocina a beber agua, él entró... y fin de la historia.

BARBARA .– Ese no es el final de la historia.

BILL .– Ese no es el fin de la historia.

JEAN .– Fumamos marihuana, ¿vale? Fumamos un poco de marihuana y estábamos haciendo el tonto y de repente todo se descontroló.

BARBARA .– Te dije que no fumaras esa mierda. Te lo dije.

BILL .– Y Johnna decidió atacar sin más con la sartén. No me lo creo.

JEAN .– Estáis haciendo el ridículo, sois patéticos, no ha pasado nada.

BILL .– Estamos preocupados por ti.

JEAN .– No, no es verdad. Solo queréis saber a quién hay que castigar.

BARBARA .– Encima...

JEAN .– No sois capaces de distinguir a los buenos de los malos, y queréis que yo lo haga por vosotros.

BARBARA .– Mira, ahórrate el sermón, y dime lo que te ha hecho.

JEAN .– ¡No me ha hecho nada! Y aunque me hubiera hecho algo, ¿dónde está el problema?

BILL .– El problema está, Jean, en que tienes catorce años.

JEAN .– Solo soy un poco más joven que las niñas que te gustan a ti.
(*BARBARA le da un tortazo a JEAN, y JEAN se pone a llorar*) Te odio.

BARBARA .– Yo también te odio. Eres un monstruo.

JEAN intenta marcharse. BILL la agarra.

BILL .– Jean...

JEAN .– ¡Déjame en paz!

JEAN consigue zafarse y sale corriendo.

BILL .– (*Dirigiéndose a BARBARA*) ¿Se puede saber qué te pasa?

BILL se marcha en busca de JEAN.

JOHNNNA .– Con permiso.

JOHNNNA sale y regresa a su habitación del desván. BARBARA recobra la calma en parte y se marcha a la sala de estar. STEVE ya se ha vestido y ha salido de la casa con las maletas. KAREN se está poniendo una sudadera, acabando de recoger las cosas y doblando el sofá cama.

KAREN .– No necesito que me des un sermón.

BARBARA .– ¿Cómo dices?

KAREN .– Me marchó. Nos marchamos. Nos vamos los dos a Florida, esta noche, ahora, Steve y yo, juntos. ¿Tienes algo que decirme?

BARBARA .– ¿No puedes esperar a que hablemos?

KAREN .– Antes de acusar a los demás, deberías preguntarle a Jean qué ha pasado exactamente. Porque no creo que Jean sea inocente del todo. Y que conste que no le estoy echando la culpa. Que diga que no es inocente, no significa que la acuse de nada. Pero quizá ella tenga también su parte de responsabilidad en el asunto. ¿Comprendes? Sí, ya sé que Steve debería tener más juicio, y que Jean tiene catorce años. Lo que digo es que las cosas no son tan fáciles, no todo es blanco o negro, bueno o malo. La vida es más compleja. Todos lo sabemos, todos menos tú.

BARBARA .– Karen...

KAREN .– No lo estoy defendiendo. Ya sé que no es perfecto. No lo somos nadie, ninguno de nosotros, aquí, en el estiércol. Tampoco soy yo un angelito. He hecho cosas de las que no me siento nada orgullosa. No te las puedes ni imaginar. Y es posible que tenga que volver a hacerlas, porque la vida nos pone muchas veces entre la espada y la pared. Después de todo también soy humana. En cualquier caso, deberías ocuparte primero de tus propios asuntos, en vez de leernos la cartilla a los demás.

BARBARA .– De acuerdo...

KAREN .– Nos vemos en enero... Estaré en Belice. ¿A que suena bien?

KAREN sale arrastrando la maleta tras ella. Entra BILL.

BILL .– Voy a llevarme a Jean. Nos vamos a casa.

BARBARA .– Muy bien.

BILL .– Ahora mismo es una carga demasiado pesada para ti.

BARBARA .– De acuerdo.

BILL .– Estoy seguro de que me vas a echar la culpa de todo esto.

BARBARA .– Sí, bueno... *(Cambiando de forma brusca)* He fracasado. Como hermana, como madre, como esposa. Una fracasada. Solo soy eso.

BILL .– No, no es verdad.

BARBARA .– ¿No? Les he pegado a mamá y a Jean en menos de nueve horas. Si te quedas aquí un rato más, acabaré cortándote la polla.

BILL .– Eso no tiene gracia.

BARBARA .– Ahora no soy capaz de hacer las paces con Jean. Tendrá que esperar a que regrese a Boulder.

BILL .– A Jean y a ti os quedan cuarenta años para discutir y hacer las paces.

BARBARA .– (*Desconcertada*) ¿Por qué? ¿Qué va a pasar dentro de cuarenta años?

BILL .– Que te morirás.

BARBARA .– Vaya.

BILL .– Quiero decir...

BARBARA .– Claro, te entiendo.

BILL .– Si tienes suerte.

BARBARA .– Habla por ti.

BILL .– Si tenemos suerte.

Pausa.

BARBARA .– Nunca vas a volver conmigo, ¿verdad que no?, Bill.

BILL .– Nunca digas nunca jamás, pero...

BARBARA .– Pero no.

BILL .– Pero no.

BARBARA .– Aunque las cosas no salgan bien entre tú y Marsha.

BILL .– Cindy.

BARBARA .– Cindy.

BILL .– Aunque las cosas no salgan bien.

BARBARA .– Y nunca voy a entender realmente por qué, ¿verdad que no?

BILL se ve apurado... por un momento parece como si fuera a añadir algo, pero luego:

BILL .– Probablemente no.

Silencio. BILL se dirige a la puerta. BARBARA observa cómo se marcha y empieza a sollozar.

BARBARA .– Te quiero... Te quiero...

Él se detiene un momento, de espaldas a ella. Luego se marcha. BARBARA se queda inmóvil, sola.

ESCENA TERCERA

El despacho: BARBARA y JOHNNNA, en la misma postura que estaban BEVERLY y JOHNNNA en el prólogo. BARBARA ha tomado varias copas. Tiene un vaso de whisky en la mano.

BARBARA .— Una de las últimas veces que hablé con mi padre, estábamos comentando... no sé, yo creía que hablábamos sobre la situación mundial, o algo así..., y me dijo: «¿Sabes?, este país siempre ha sido una casa de putas, pero al menos había esperanza. Ahora no es más que un tugurio de mierda». Después de lo que ha pasado, me doy cuenta de que hablaba de algo más personal. ¿De esta casa? ¿Esta familia? ¿Su matrimonio? ¿De sí mismo? No lo sé. Pero su voz sonaba triste... O no, no era tristeza, porque su voz siempre había sonado triste. Más bien parecía desesperada. Como si ya fuese demasiado tarde. Como si ya hubiese sucedido lo que tenía que suceder. Como si ya hubiese terminado todo, y nadie se hubiera dado cuenta. Este país, este experimento, este orgullo desmesurado. Qué triste si nadie se hubiera dado cuenta. Hoy aquí, mañana quién sabe. *(Cambiando de forma brusca)* La degradación es mucho peor que una catástrofe.

JOHNNNA .— Señora Fordham, ¿va usted a despedirme?

BARBARA .— Llámame Barbara. No, no, todo lo contrario. No me has entendido, y es normal, estoy diciendo unas cosas muy raras. De hecho, quería darte la oportunidad de renunciar. Sé que hay trabajos y trabajos... Y yo estoy aquí. Mira a tu alrededor. Se han ido todos. Tengo que quedarme sí o sí. No voy a decirte que tus servicios no sean necesarios, pero entendería que... Esto me ha caído a mí.

JOHNNNA .— Estoy dispuesta a quedarme. Ya conozco el trabajo. Puedo hacerlo. No me quedo por usted ni por la señora Weston. Ni siquiera por

el señor Weston. ¿Vale? Lo hago por mí.

BARBARA .– ¿Por qué?

JOHNNA .– Necesito el trabajo.

BARBARA se termina el whisky.

BARBARA .– Johnna... ¿qué te dijo mi padre?

Pausa.

JOHNNA .– Hablaba mucho de sus hijas... de sus tres hijas. Eso le hacía feliz.

BARBARA .– Gracias. Me siento mejor. Me siento mejor al saber que sabes mentir. *(Cambio brusco)* Quiero que te quedes. No te preocupes por el dinero. Yo me ocuparé. *(JOHNNA asiente y se marcha. BARBARA vuelve a llenar la copa de whisky. Dice para sus adentros)* Aquí estoy yo, maldita sea.

ESCENA CUARTA

Por primera vez desde que se retiraron los plásticos de las ventanas, vemos la casa con la luz del día.

BARBARA y el JEFE DE POLICÍA GILBEAU están de pie en la sala de estar.

BARBARA .– Se han ido todos.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Era contigo con quien quería hablar.

BARBARA .– Siéntate. ¿Te apetece un café?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No, gracias.

BARBARA .– Oye, Deon, te conservas muy bien. Estás... como más hecho.

Lo digo en el buen sentido. Muy guapo.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Gracias.

BARBARA .– ¿Y de mí? ¿No dices nada? ¿Cómo me ves?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, discúlpame. Estás muy guapa también, mucho.

BARBARA .– ¿Me dijiste que querías un café?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No, no, gracias.

BARBARA .– Y eres el jefe de la policía. La autoridad. Resulta irónico.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Por qué te parece irónico?

BARBARA .– Perdona, creo que me he equivocado. Quería decir incongruente. Admito que me he equivocado. Mira, lo admito. Ojalá pudiera oírlo mi marido. Que se joda. No es irónico, sino incongruente.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Por qué es incongruente?

BARBARA .– Por tu, por tu... tu padre.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Ah, sí, comprendo.

BARBARA .– ¿Todavía está vivo?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, más o menos. Tiene alzheimer.

BARBARA .– Vaya, es terrible.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Está en una residencia, en Nowata.

BARBARA .– Lo siento. Así es la vida. ¿Casado? ¿Estás casado? Ay. Un sofoco. Lo siento. No sé qué me pasa. ¿Quieres un café? Ya te lo he preguntado antes. ¿Estás casado?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Divorciado.

BARBARA .– Bienvenido al club.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿De veras?

BARBARA .– Sí, estoy a punto de unirme al club. Quiero decir que parece que voy a unirme al... al club.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Lo siento.

BARBARA .– ¿Tienes hijos?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Tres hijas.

BARBARA .– Eso está bien. Tres hijas.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No te puedes imaginar...

BARBARA .– Tres hijas, eso es...

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .–... la de veces que he pensado durante todos estos años en las hermanas Weston.

BARBARA .– ¡Las hermanas Weston! Hace siglos que no lo oía. Parece el nombre de un grupo musical.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, supongo.

BARBARA .– Señoras y señores, con ustedes las inquietas hermanas Weston.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Sigue tu marido aquí?

BARBARA .– No, se marchó hace algunos días, una semana, dos semanas... ¿Dos semanas? Regresó a Colorado con mi hija. Con Jean.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– La chica parecía muy agradable.

BARBARA .– Pero es una ninfómana.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Vaya.

BARBARA .– Jean es un nombre estúpido.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– A mí me gusta.

BARBARA .– ¿Sabes por qué le pusimos ese nombre? Jean Seberg era la actriz favorita de Bill. Eso sí que resulta irónico.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– No lo pillo.

BARBARA .– Jean Seberg se suicidó. Con una sobredosis de bar...
barbitúricos.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Vaya.

BARBARA .– Ya ves.

Silencio.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Barbara, ¿estás bien?

BARBARA .– (*En voz baja*) Estoy bien. Como en mi propia casa.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Estaba pensando... estaba pensando que si vas a quedarte un tiempo aquí, podríamos salir a comer. Para ponernos al día. Hace mucho que no nos vemos.

BARBARA .– Mucho.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Te gustaría comer conmigo?

BARBARA .– Sí, no estaría nada mal.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– También vine por otra razón. Me llamó por teléfono una mujer, una tal Chitra Naidu. Es la directora del motel Country Squire. Estaba tirando periódicos viejos y vio la foto del señor Weston junto a la esquela. Lo reconoció. Había dormido dos noches en la habitación 17, las dos primeras noches de su desaparición. Dijo que se registró al llegar y que no volvió a verle hasta el día en que se marchó. Él no llamó por teléfono. No tiene forma de saber si recibió alguna llamada. Pero yo puedo comprobarlo.

BARBARA .– ¿Tienes un... cigarro?

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Sí, claro. (*Busca un cigarro*) Lo que quiero decir es que puedo preguntar a la compañía telefónica.

Le da fuego.

BARBARA .– ¿Para qué? Nadie sabía dónde estaba. Supongo que se escondió allí intentando reunir el coraje suficiente para saltar al agua.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– O armándose de valor para no hacerlo.

BARBARA .– No sé lo que quieres decir. Pero no importa.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– En cualquier caso, pensé que deberías saberlo.

(Un momento triste. Silencio) Bueno... ¿puedo llamarte algún día?
¿Para salir a comer?

BARBARA .– Acércate.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– ¿Cómo?

BARBARA .– Ven, acércate. *(Él no se acerca)* Ven aquí. *(Él se acerca y ella le acaricia la cara)* Qué suave...

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Barbara...

BARBARA .– Calla... tan solo... caricias.

Ella lo besa. Él empieza a abrazarla, pero ella se aparta.

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Barbara.

BARBARA .– Yo...

JEFE DE POLICÍA GILBEAU .– Barbara. ¿Qué has dicho? ¿Que lo sientes?

BARBARA .– Había olvidado el aspecto que tengo.

ESCENA QUINTA

BARBARA, todavía con el camisón puesto, está en el comedor con IVY. La casa tiene un aire fantasmagórico.

En el resto de la casa: JOHNNA está preparando la cena en la cocina.

IVY .– ¿Está limpia?

BARBARA .– Más o menos.

IVY .– O sea que todavía sigue.

BARBARA .– Tiene daños neurológicos, ¿te acuerdas? No voy a registrarla de arriba abajo cada vez que pronuncie mal una palabra...

IVY .– Se nota si es por una cosa o por la otra.

BARBARA .– Está moderadamente bien.

IVY .– ¿Moderadamente?

BARBARA .– No te gusta la palabra. Pues digamos que tolerablemente.

IVY .– ¿Está limpia o no?

BARBARA .– Déjame en paz. Nos arreglamos como podemos. ¿Vale?

IVY .– Estoy nerviosa.

BARBARA .– ¿Por qué?... Santo Dios, Ivy, esta noche no.

IVY .– ¿Y por qué no?

BARBARA .– Estamos empezando a adaptarnos a algo parecido a una rutina. No vengas tú a traernos problemas.

IVY .– Tengo que decírselo, ¿no te parece? Nos vamos a Nueva York mañana.

BARBARA .– No es una buena idea que tú y Pichu sigáis adelante con lo vuestro.

IVY .– ¿Se puede saber por qué me sales ahora con eso?

BARBARA .– Le he estado dando vueltas y me parece un poco raro. Solo eso.

IVY .– No es asunto tuyo.

BARBARA .– Hay muchos peces en el mar. Seguro que puedes encontrar algún hombre con el que no estés emparentada.

IVY .– Resulta que amo a ese hombre con el que estoy emparentada...

BARBARA .– El amor es una gilipollez, un autoengaño. Las personas pueden convencerse de que se han enamorado de una roca pintada de azul. *(Entra JOHNNNA con comida, procedente de la cocina)* Tiene un aspecto delicioso. ¿Qué es?

JOHNNNA .– Barbo.

BARBARA .– Mi plato favorito.

JOHNNNA se retira a la cocina. VIOLET entra al descansillo de la primera planta y se dirige lentamente hacia el comedor.

IVY .– Crees que no debería decírselo.

BARBARA .– Creo que deberías replantearte toda la historia. La idea de Nueva York me parece ridícula. Tienes casi cincuenta años. Ivy, no puedes irte a Nueva York, te vas a romper la cadera. Vamos a comernos el barbo.

IVY .– Eres inaguantable.

BARBARA .– No soy yo la que se está follando a su primo.

IVY .– Me he pasado la vida en este pueblo, año tras año, esperando que alguien se fijara en mí.

BARBARA .– No me vengas con ese rollo de novela sentimental. Borra de tu cara esa mirada trágica y come un poco de barbo.

IVY .– ¿Quién te crees que eres para tratarme así?

VIOLET entra en el comedor.

BARBARA .– Buenas, mamá.

VIOLET .– No sé qué hay de bueno aquí.

BARBARA .– Mira, barbo.

VIOLET .– Barbo.

BARBARA .– (*Gritando*) ¡Johnna! (*Dirigiéndose a VIOLET*) ¿Tienes hambre?

VIOLET .– Ivy, deberías sonreír un poco. Haz como yo.

Entra JOHNNA.

BARBARA .– Trae la comida de mamá, por favor.

Se marcha JOHNNA.

VIOLET .– No tengo hambre.

BARBARA .– Hoy no has comido nada. Ayer tampoco comiste.

VIOLET .– No tengo hambre.

BARBARA .– Pues vas a comer. Harás lo que yo diga. Todos vais a hacer lo que yo diga.

IVY .– ¿Puedo preguntar por qué no os habéis vestido ninguna de las dos?

BARBARA .– Y a ti qué más te da.

VIOLET .– Eso.

BARBARA .– Estamos vestidas. No estamos desnudas, ¿a que no? ¿O es que quieres que nos vistamos de etiqueta para sentarnos aquí?

VIOLET .– Exacto, tú has venido para comer pescado.

BARBARA .– Exacto, tú has venido para comer pescado, y no creo que para eso tengamos que vestirnos de etiqueta.

JOHNNA vuelve a entrar con dos platos de comida.

JOHNNA .– Yo comeré en mi habitación.

BARBARA .– Está bien, gracias. (*JOHNNA sale con su plato de comida. Dirigiéndose a VIOLET*) Come.

VIOLET .– No.

BARBARA .– Cómetelo. Mamá, cómetelo.

VIOLET .- No.

BARBARA .- Cómetelo, hija de puta, cómete el barbo.

VIOLET .- ¡Vete a la mierda!

BARBARA .- No me asustas, ¿comprendes?, así que cómete el pescado de una puñetera vez.

IVY .- Mamá, tengo que contarte algo.

BARBARA .- No, no tienes nada que contarle.

IVY .- Barbara...

BARBARA .- No, no tienes nada que contarle. Cierra el pico y come.

IVY .- Por favor...

VIOLET .- ¿Qué tienes que contarme?

IVY .- Mamá...

BARBARA .- Olvídalo. Mamá, cómete el pescado.

VIOLET .- No tengo hambre.

BARBARA .- Cómetelo, coño.

VIOLET .- ¡Que no!

IVY .- ¡Mamá, tengo que...!

VIOLET .- No me lo como.

BARBARA .- ¡Cómete el pescado, bruja!

IVY .- ¡Mamá, por favor!

VIOLET .- ¡Maldita sea, ya está bien!

BARBARA .- Haced lo que queráis, no tenéis arreglo ninguna de las dos.

IVY .- Tengo que contarte algo.

BARBARA .- Ivy es lesbiana.

VIOLET .- ¿Cómo?

IVY .- ¡Barbara!

VIOLET .- No, no es verdad.

IVY .- No, no soy lesbiana.

BARBARA .- Sí, eres lesbiana, reconócelo y cómete el pescado.

IVY .- Barbara, estoy hasta las narices.

BARBARA .- Cómete el pescado.

IVY .- ¡Barbara!

BARBARA .– Te conviene comerte el pescado.

VIOLET .– Barbara, haz el favor de callarte...

IVY .– Mamá, por favor, es importante...

BARBARA .– Cómeteelpescado, cómeteelpescado, cómeteelpescado... (*IVY se abalanza sobre el plato, lo tira y lo rompe en mil pedazos*) Pero qué coño haces...

IVY .– ¡Tengo algo que decir!

BARBARA .– ¿Vamos a romper cosas? (*BARBARA coge una jarra del aparador y la hace añicos*) ¿Ves? Todos sabemos romper cosas.

IVY .– Charles y yo...

BARBARA .– No quieres romper cosas conmigo, hija de puta.

IVY .– Charles y yo...

BARBARA .– ¡Johnna! ¡Se nos han caído algunas cosas!

IVY .– ¡Barbara, basta! Charles y yo...

BARBARA .– Pichu...

IVY .– Charles y yo...

BARBARA .– Pichu.

IVY .– Charles y yo...

BARBARA .– Pichu...

IVY .– Barbara...

BARBARA .– Tienes que decir Pichu, de lo contrario nadie sabrá de quién hablas.

IVY .– Pichu y yo... (*BARBARA cede. IVY podrá por fin decir lo que quería*)
Pichu y yo...

VIOLET .– Pichu y tú sois hermanos, ya lo sé.

BARBARA .– Pero... mamá.

IVY .– ¿Qué? No, escúchame, Pichu y...

VIOLET .– Siempre lo he sabido. Os lo dije, os dije que a mí no se me escapa nada.

IVY .– Mamá...

BARBARA .– No la escuches.

VIOLET .– Me di cuenta enseguida de que Bev y Mattie Fae tenían un lío. Y Charlie también se habría dado cuenta si no fumara tanta hierba.

BARBARA .– No eres tú la que estás hablando. Son las pastillas.

VIOLET .– Las pastillas no pueden hablar.

IVY .– Espera...

VIOLET .– Vuestro padre se sintió culpable durante más de cuarenta años. Pero Beverly no hubiese sido Beverly sin algo que recriminarse.

IVY .– Mamá, ¿qué estás...?

BARBARA .– Lo siento, cariño...

VIOLET .– Chicas, ahora que sois mayores es mejor que lo sepáis. Nunca se sabe cuándo va a hacer falta un trasplante de riñón. Es mejor que todo el mundo sepa la verdad.

IVY .– Dios mío...

VIOLET .– Aunque no hace falta contárselo a Pichu. No veo qué gana con saberlo, y se le puede partir el corazón, lo tiene muy frágil. (*Dirigiéndose a IVY*) Pero dime, bonita, ¿cómo lo has averiguado?

IVY mira a VIOLET y luego a BARBARA, y de nuevo a VIOLET... se aparta de la mesa de golpe, tirando la silla al suelo.

BARBARA .– Ivy.

IVY .– ¿Por qué me lo has contado? ¿Por qué demonios has tenido que contármelo?

VIOLET .– Oye, ¿a ti qué más te da?

IVY .– Sois unos monstruos.

VIOLET .– Vamos...

IVY .– Nos arrancáis la piel a tiras...

VIOLET .– Estás como una cabra.

IVY .– ¡Monstruos!

VIOLET .– ¿Pero qué te ha dado? A la que le pusieron los cuernos fue a mí. ¿Por qué te enfadas?

*Ivy sale tambaleándose del comedor y se dirige a la sala de estar.
BARBARA va tras ella.*

BARBARA .– Ivy, escucha...

IVY .– ¡Déjame en paz!

BARBARA .– Cariño...

IVY .– ¡No pienso permitir que me hagáis esto!

BARBARA .– Cuando me lo contó Mattie Fae, no sabía qué hacer...

IVY .– ¡No pienso permitir que arruinéis mi vida...!

IVY se marcha. BARBARA sale tras ella y la alcanza en el porche delantero.

BARBARA .– Ivy, haz el favor de escucharme. Yo solo he intentado protegerte...

IVY .– Nos iremos de todas formas, nos iremos, y jamás volveréis a verme.

BARBARA .– No me dejes así.

IVY .– Jamás volverás a verme.

BARBARA .– No ha sido culpa mía. No he sido yo quien te lo ha dicho. No he sido yo. Ha sido mamá.

IVY .– Me da igual.

IVY se marcha. BARBARA vuelve a entrar en casa. Encuentra a VIOLET encendiéndose un cigarro en la sala de estar.

VIOLET .– Lo sabes tan bien como yo, no podíamos permitir que Ivy se fugase con Pichu. Era inadmisibile. El sitio de Ivy está aquí.

BARBARA .– Dice que piensa marcharse de todas maneras.

VIOLET .– Ya verás como no se va. Ivy es encantadora, y yo la quiero mucho, pero no es una mujer fuerte. No es como tú. O como yo.

BARBARA .– Vale. *(De un modo brusco)* Entonces has sabido lo de papá y Mattie Fae todos estos años.

VIOLET .– Claro. Nunca les dije que lo sabía. Pero tu padre se daba cuenta. Sabía que yo lo sabía. Nunca hablamos de eso. Decidí quedar por encima.

BARBARA .– Ya... Quedar por encima.

VIOLET .– Pero te digo una cosa. Si hubiese tenido ocasión, ahora, al final, me habría gustado tranquilizarlo. Puedes creerme, le hubiera dicho: «Espero que todo esto no sea por Pichu, porque tú sabes que yo lo sé, todo, lo sé todo sobre eso». Si lo hubiese pillado en el motel, se lo habría dicho. De verdad: «No tiene importancia. Te sentirás mejor si dejas de culparte y de pensar en esa historia del pasado. No te quites de en medio. Uno no tiene derecho a largarse simplemente porque está deprimido».

BARBARA .– ¿Si le hubieras pillado en el motel?

VIOLET .– Llamé al motel, al motel Country Squire...

BARBARA .–... al motel Country Squire, vale...

VIOLET .–... era demasiado tarde, ya se había marchado. Llamé el lunes, después de lo de la caja de seguridad. Te lo expliqué. Tuve que esperar a que abriera el banco, el lunes por la mañana, para abrir la caja de seguridad. Supongo que debería haberle llamado antes, o haber llamado a la policía, o a Ivy, o a alguien. Pero Beverly y yo teníamos un acuerdo. Tienes que entenderlo. Para gente como yo y como tu padre, que nunca hemos tenido dinero, que no tuvimos nada durante la infancia, para la gente de nuestra generación, ese dinero es importante.

BARBARA .– ¿Cómo sabías dónde estaba?

VIOLET .– Dejé una nota... Que podía llamarlo al motel Country Squire. Y lo hice, lo llamé, lo llamé el lunes.

BARBARA .– Después de abrir la caja de seguridad.

VIOLET .– Teníamos un acuerdo.

BARBARA .– Si hubieras evitado que papá se suicidara, no habría hecho falta que abrieras la caja de seguridad.

VIOLET .– Bueno, yo no sabía lo que iba a pasar.

BARBARA .— ¿Decía papá en la nota que pensaba suicidarse? (*No hay respuesta*) ¿Mamá?

VIOLET .— Si hubiese estado lúcida, probablemente lo habría hecho de otro modo. Pero yo estaba, tu padre y yo estábamos...

BARBARA .— Los dos estabais jodidos. (*Bruscamente*) Estabais jodidos. Estabais jodidos.

VIOLET .— Será mejor que trates de entenderlo, niña engreída. Como mínimo hay una razón clara por la que Beverly se suicidó, y esa razón eres tú. ¿Piensas que habría hecho lo que hizo si tú hubieses estado aquí? Pero no, estábamos él y yo, solos, en esta casa, en la oscuridad, dejados de la mano de Dios, abandonados, toda una vida desperdiciada, una vida entera, sin otra ilusión que cuidaros y haceros las cosas más cómodas. Puedes ensañarte conmigo, pero no te equivoques, tú tienes las manos tan manchadas de sangre como yo. (*No hay respuesta. VIOLET entra en el despacho. BARBARA va tras ella*) Él lo hizo. Fue él quien lo hizo, no nosotras. ¿Vas a hacer como él? ¿Vas a cometer la crueldad de hacerme a mí responsable? ¿Para qué? ¿Para quedar por encima? ¿Para debilitarme? ¿Para poner a prueba mi carácter? Esperé, sí, aguanté, para poder abrir esa caja de seguridad, pero hubiese esperado de todas formas. Eh, Bev, eh, ¿quieres demostrar quién es el más fuerte? Nadie es más fuerte que yo, maldita sea. Cuando no quede nada, cuando todo se derrumbe y desaparezca, aquí estaré yo. ¿Quién es ahora el más fuerte, eh, hijo de puta?

BARBARA .— Sí, tienes razón mamá. Tú eres la más fuerte.

BARBARA besa a su madre... sale del despacho y regresa a la sala de estar. VIOLET la llama.

VIOLET .— ¿Barbara? (*BARBARA coge su bolso y busca las llaves del coche de alquiler*) Barbara. (*BARBARA se queda inmóvil y escucha a su madre*) Barbara, por favor. (*BARBARA sale de la casa*) Por favor, Barbara, por favor. (*VIOLET se dirige a la sala de estar arrastrando los pies*) ¿Barbara, estás ahí? (*Se dirige hacia el comedor*) ¿Ivy? ¿Ivy, estás ahí?

¿Barb? (Se dirige a la cocina) ¿Barb? ¿Ivy? (Gira describiendo un círculo, desorientada, nerviosa. Se dirige hacia el despacho) ¿Bev? (Vuelve a entrar en la sala de estar, avanza dando un traspies hacia el estereo, pone a Eric Clapton,... mira fijamente el plato cuando empieza a girar..., embiste el tocadiscos, ralla el álbum con la aguja. Mira a su alrededor, aterrorizada, desorientada) ¡¿Johnna?! (Va tambaleándose hacia las escaleras y empieza a subirlas a cuatro patas) Johnna, Johnna, Johnna... (VIOLET llega al descansillo de la primera planta. JOHNNNA deja a un lado el plato y se dirige hacia las escaleras. VIOLET, a cuatro patas, sigue subiendo las escaleras hacia el desván. Llega a la habitación de JOHNNNA. Apoya la cabeza en el regazo de JOHNNNA. JOHNNNA le acaricia el pelo, la acuna) Ya no estáis, ni Beverly, y ya no estáis, ni Barbara, y ya no estáis, y ya no estáis, y ya no estáis, y ya no estáis...

JOHNNNA le canta en voz baja.

JOHNNNA .— «Así llega el fin del mundo, así llega el fin del mundo, así llega el fin del mundo...»

VIOLET .—... y ya no estáis, y ya no estáis, y ya no estáis, y ya no estáis...

Cae el telón.